Elementos

de Metapolítica para una Civilización Europea Nº 21



ELITISMO DEMOCRÁTICO
PARETO, MOSCA, MICHELS



UrKultur

Sumario

Trilogía de la Jerarquía

Sebastian J. Lorenz

El líder carismático

Iniciamos esta trilogía para "desmitificar el mito de la igualdad": nosotros creemos en la "igualdad de todos los hombres" desde un punto de vista jurídico, social y espiritual, pero consideramos que, como seres políticos que somos, los humanos se dividen organizativa y funcionalmente, en tres categorías: los líderes y la élite dirigente, las castas o clases productivas y la masa informe –y uniforme- de la mediocridad. Y es que, para empezar, nos encontramos en un momento político en el que suscita el replanteamiento de los liderazgos, que, desde un análisis puramente sociológico no es sino una "crisis del carisma", entendido éste como un don personal del líder o jefe sobre la masa y no como la "gracia gratis data" teológica, según la cual un Dios (o cualquier otra divinidad) concedía una cualidad sobrenatural a un individuo para bien de la Iglesia (o cualquier otra confesión), pues ésta se exinguió en los dos primeros siglos del cristianismo, mientras aquélla tuvo su máxima expresión en el siglo pasado (léase Hitler, Stalin, Mussolini, Churchill) y también su más profunda decadencia.

El "dirigente natural", según la expresión weberiana, brota de las circunstancias adversas en épocas de conflicto psíquico, físico, económico, ético, religioso o político; se hace a sí mismo, pero no constituye clase alguna, sino que dirige una élite directorial minoritaria sobre una masa popular con la que mantiene una especie de unión o atracción mística. El auténtico carisma sólo conoce una determinación y control internos. Su depositario se encarga de la tarea adecuada y exige obediencia a un grupo de seguidores, en virtud de su misión y en proporción al éxito conseguido, pero sus pretensiones de liderazgo fracasan si sus objetivos no

son reconocidos por aquellos a los que se considera enviado. Sólo se convierte en jefe a base de probarse a sí mismo, pero su poder no deriva de la voluntad de aquellos en el sentido de una elección, sino que sucede todo lo contrario: reconocer a alguien como dirigente carismático es el deber de aquellos a quienes dirige su misión.

Históricamente, los precedentes de la realeza fueron los depositarios de los poderes carismáticos como garantía frente a las desgracias o las empresas grandiosas, pero en ellos había una confluencia de roles dispares, a saber, el patriarca, el jefe o el héroe guerrero, etc, que no encontramos en los ejemplos contemporáneos, pues teóricamente debían estar libres de ataduras con este mundo, o sea, libres de las ocupaciones rutinarias como pueden ser los cargos institucionales, la dedicación a las propiedades, el sexo o la familia. El carisma de ayer tiene su base en la estructura patriarcal; el de hoy, en la permanencia y estabilidad burocráticas. En este sentido, el complejo proceso jerárquico-burocrático sólo es la imagen contrapuesta del patriarcalismo indoeuropeo convertido en racionalismo y modernidad.

Sin embargo, la existencia de la autoridad carismática, como puede comprobarse a diario, es terriblemente inestable. No es el abandono de la divinidad o del supuesto don sobrenatural, sino la renuncia de los seguidores ante la falta de una fuerza personal constantemente demostrada, expresada en "pruebas de éxito", ya que su responsabilidad respecto a ellos no existe salvo en una cosa: la de ser realmente líder emanador de autoridad y cumplidor de su misión. Las disputas internas se resuelven en un acto de jurisdicción individual, libre de obstáculos revisionistas, en oposición al concepto tradicional y formal de la justicia. Pero si la decisión tomada por el hasta ahora dirigente natural indiscutible e indiscutido no es aceptada por el "séquito" con devoción y sumisión, sino que, por el contrario, levanta aires de conspiración, rebelión o, sencillamente, de contestación, es que ha llegado la hora de replantearse seriamente la legitimidad del carisma, merced a la pérdida de virtud del mismo, y aguardar con la esperanza impaciente una nueva crisis que estimule el desarrollo de un nuevo depositario, ya que, sin duda, aparecerá, igual que la espuma, en medio del caos.

En la teoría germánica de la "*Führung*", muy interesante para el estudio de la responsabilidad del líder carismático, se establecía un sistema que obligaba personalmente al jefe por sus decisiones erróneas o sus repetidos fracasos. Pero, ¿ante quién era responsable? Por su carácter autónomo, originario y autoritario, únicamente un nuevo líder carismático, en nombre de la nación, la comunidad o la asociación política, podía derribar al antiguo, invocando su responsabilidad como justificación de su acción y traducida en la expulsión del jefe culpable. Ya sabemos que, en la práctica, la condición del *Führer* fue indiscutible y que la teoría del poder fue evolucionando hacia la unicidad del liderazgo y a la infalibilidad de sus acciones.

Recordemos que el objetivo de Carl Schmitt no era otro que la reconstrucción política de un Estado alemán vigoroso, donde el *Führer* constituiría la ley suprema o norma fundamental –la *führerschatf* (decisión del líder) de Heidegger-, el movimiento nazi la acción política y el pueblo alemán la base étnica, vinculada al soberano por lazos comunitarios de sangre, lealtad y fidelidad, puestos a prueba incluso en situaciones excepcionales como la guerra o la rebelión interna. Mientras, Carl Gustav Jung, el látigo de Freud y Alder, decía que el líder alemán era "el altavoz que amplifica el murmullo inaudible del alma alemana" porque "Hitler escucha y obedece", según la creencia de que el auténtico *Führer* es siempre dirigido por la voluntad del pueblo.

Los auténticos liderazgos humanos no suelen ser electivos, sino que resulta ser el más capaz en condiciones adversas o situaciones decisivas el que se erige en jefe portador de la autoridad que proporciona el carisma y al que nadie se atreve a hacer oposición. Por eso, las jerarquías de los partidos políticos no son verdaderas máquinas engendradoras de líderes, pues representan una autoproclamada y artificial élite fundamentada en la transmisión del poder otorgado por la voluntad del pueblo soberano, que ni siquiera les conoce ni mantiene con ellos ninguna relación de atracción o magnetismo. Es inútil la búsqueda del carisma en los partidos actuales, pues éste ha dejado de existir, sacrificado en aras del consenso, la negociación o la presión entre los distintos intereses, facciones y patrocinadores financieros. Y si lo hay, seguramente se encuentra donde nadie osaría pensar: en los extrarradios y suburbios de la llamada metapolítica, por eso pasan desapercibidos, esperando su oportunidad.

La élite dirigente

Las comunidades no pueden dirigirse, ni históricamente nunca lo han sido, por individuos aislados, ni por colectivos abstractos e inorgánicos. En el primer caso (véanse si no los ejemplos de Franco, Hitler o Mussolini), el sistema político, si depende de un solo individuo, normalmente no le sobrevive: su duración no va más allá de la vida natural del fundador y líder. En el segundo caso, el poder carece de estabilidad, rigor e identidad, y del vacío de poder se puede pasar a la multiplicidad de centros de poder, de la misma forma que de la anarquía a la componenda circunstancial. Es preciso que el poder sea administrado por una minoría especializada o cualificada: una clase política dirigente. Todos los períodos de esplendor histórico, si bien han tenido a un protagonista prioritario, éste ha sido un integrante más, con la función de líder de una pequeña minoría operante, verdadera levadura de las masas y auténtico polarizador, canalizador y orientador de las energías nacionales. Éstos son los "conductores de masas" de Gustave Le Bon.

Podemos distinguir dos tipos de clase política: la "abierta", identificada plenamente con los regímenes democráticos (el estado mayor de los partidos políticos) y la "cerrada" o aristocrática, cuyos ejemplos serían los estados totalitarios. Dado que toda aristocracia puede degenerar en oligocracia, el regulador

sería un Estado en el que los gobernados se hallasen protegidos contra la arbitrariedad, el capricho y la tiranía de los dirigentes, en base a la doctrina de la unidad política y la división de poderes como contrapesos que aseguran la ecuanimidad y la rectitud de los dirigentes. De ahí que un gobierno sea justo cuando su élite está colocada al servicio de la población e injusto cuando antepone sus intereses particulares a los de la generalidad.

La historia de la humanidad es la historia de sus élites, luchando unas contra las otras en una perpetua superación. No puede concebirse una sociedad en la que la jerarquía sea estable. En todas las sociedades humanas, incluso en las organizadas en castas, razas, clases o religiones, la jerarquía terminó modificándose: la diferencia entre las sociedades, bajo el punto de vista de las élites, consiste precisamente en que ese cambio se produzca de una forma más o menos rápida. La historia de las sociedades huamanas es, en gran medida, la historia de la sucesión de las "aristocracias". La élite degenerada de los antiguos patricios romanos fue sustituida, tras la caída del Imperio y el nacimiento de la Europa medieval, por la "aristocracia de sangre" germánica, cuyos sucesores, ya constituidos en la realeza y la nobleza europeas, formarían la élite dirigente de un viejo continente desestructurado y dividido en pequeñas naciones. En la actualidad, la "élite" ha degenerado en plutocracia, burocracia y tecnocracia.

Respecto a esta "sucesión de aristocracias", Thomas Molnar, filósofo de la contrarrevolución, llegaba a la siguiente conclusión: la eclosión revolucionaria se produce, no en el momento en que el régimen anterior mantenía posiciones dictatoriales, sino cuando daba muestras de mayor liberalismo. Así sucedió con Luis XVI y Nicolás II, o con los regímenes de Salazar y Franco. Incluso las élites directoriales que se encontraban a su alrededor no tenían excesiva fe en el futuro. Estamos ante el problema de la degeneración de las élites. Toda minoría dirigente que no esté dispuesta a librar una batalla para defender sus posiciones, está abocada a la plena decadencia; no le queda más que dejar su lugar a otra nueva élite cuyas cualidades de mando estén más marcadas. Ésta será también una concepción fundamental entre los autores de la llamada "*Konservative Revolution*" alemana como Spengler o Jünger, aunque su "elitismo" tampoco les hizo comulgar con ninguna de las innumerables ligas o clubes *"volkisch"* –éstos eran demasiado "populistas"- o *"bundisch"* –éstos más selectivos dentro de un colectivismo germánico-.

Un ejemplo práctico de cómo puede llegar a funcionar una élite adiestrada nos lo ofrece el extinto comunismo. El motor material de la subversión estaba consituido por la élite dirigente marxista, el "apparatchik", el partido comunista y la internacional bolchevique. El comunismo apareció en un momento de quiebra de las oligarquías burguesas –al igual que el Islam arrastró los estados débiles y divididos- para instaurar una nueva religión por la fuerza de las masas dirigidas por una minoría conspiradora y revolucionaria.

En la actualidad advertimos que el poder corresponde, en cualquier estado moderno, a una nueva clase dirigente tridimensional: los técnicos (mercenarios a sueldo de los políticos), los burócratas (gestores del dinero público) y los banqueros (empresarios de la especulación financiera), como consecuencia de la tendencia generalizada que consiste en hacer depender, cada vez más, la política de la economía. En una sociedad burocratizada y que, progresivamente, irá llegando a estadios técnicos más elevados, el poder debe estar en manos capacitadas –una élite directorial- y el contacto con las masas, contacto necesario para evitar la anulación del individuo en lo anónimo e impersonal, debe estar asegurado, como aconseja Max Weber, por "jefes carismáticos" que sepan, no sólo ganar la adhesión y la simpatía del pueblo, sino también interpretar sus deseos, sentir sus necesidades, para instruir a la élite en las nuevas directrices: la "nueva burocracia" no basta para lograr estos objetivos, la soberanía no reside en los edificios parlamentarios ni en las oficinas administrativas, sino en la voluntad del pueblo que debe ser accionada por sus dirigentes y ejecutada por el líder.

Para terminar, un inciso. Como en ocasiones anteriores ya hemos hablado de la "élite bancaria" (la usurocracia), ahora le toca el turno a la nueva clase "burocrática" que rige nuestros destinos político-económicos. R.H. Crossman ya nos avisó del peligro que suponía la instauración de un "nuevo feudalismo creado y alimentado por el despotismo burocrático" y Thomas Balongh en "*The Establishment*" los denunciaba como "nuevos mandarines del sistema", que se adueñan de los mecanismos del estado, de los medios de producción y distribución estratégicos, repartiendo favoritismos, nepotismos, subvenciones y concesiones de cargos en miles de departamentos especializados. Por supuesto, hablamos de los "burócratas políticos" y no de los "burócratas funcionarios". En este sentido, la "burocracia política" no es un instrumento o un medio de la democracia, sino un enemigo de la libertad individual y del propio sistema, un "estado dentro del estado", en definitiva, la "corruptocracia".

El orden de las castas

El instinto gregario de la especie humana para formar grupos sociales no es más que el impulso de agresividad reorientado hacia fuera e inhibido hacia dentro del grupo. Pero esta inhibición produce el nacimiento de una jerarquía natural que impone el orden de la sociedad y aumenta la cohesión interna ante la presión exterior. En las sociedades primitivas se descubre rápidamente la existencia del "caudillaje", especialmente por los hallazgos arqueológicos funerarios, que muestran siempre un tipo de sociedad estratificada en nobles, plebeyos y esclavos. Por tanto, la primitiva sociedad paradisíaca de Rousseau, donde reinaba la igualdad del hombre en su estado salvaje, bien podría ser una emoción literaria, pero carece de base histórico-científica alguna.

Pero si la clase es una exigencia de la condición social del ser humano, es obvio que no fue inventada por el hombre, sino que surgió de situaciones tribales

intrínsecas a la naturaleza del hombre. De esta opinión era Spengler, que oponía una clase superior, la nobleza de la tierra y de la sangre como nexo del campesino con la propiedad –teoría que Darré no pudo llegar a materializar-, a otra que sería la anticlase, la no-raza, la clase sacerdotal, microcósmica y desligada del mundo real. Aparece también la burguesía por la antítesis del mundo urbano –la ciudad- con el rural –el campo-, la cual inventa una falsa nobleza mercantil, una aristocracia del dinero; y, por último, la "cuarta clase", la masa informe que persigue cualquier forma de distinción o rango que la eleven de su mediocridad.

Para Ortega y Gasset no merecía la pena discutir el problema de la existencia de clases sociales, pero hacía una original matización: incluso dentro de cada clase hay masa y minoría, los hombres creadores y los consumidores. El aristocratismo orteguiano es esencialmente dinámico porque establece el ciclo de la civilización como fruto del esfuerzo de una minoría egregia que ofrece al hombre-masa las ventajas y comodidades que, de otro modo, jamás hubiera alcanzado, y sobre cuyo origen "no puede ni quiere conocer". Por ello, las diferencias de clase de su doctrina no están basadas en la desigualdad económica, sino en la distinción máxima de la inteligencia, la voluntad, la exigencia en sí mismo y el servicio a la comunidad.

Y cuando se habla de clases es de obligada referencia la cita de Marx con su descripción de la lucha de clases –después Hitler alimentaría la lucha de razas como superación de la anterior-, derivada del sistema de desarrollo y distribución de las fuentes de producción, como transición hacia una sociedad sin clases. Pero ni la existencia de clases puede vincularse con la economía (la historia lo denuncia), ni su abolición total es posible (la historia lo confirma), si partimos del hecho de que el hombre "no puede vivir fuera de la sociedad" y ésta no puede existir sin un orden jerárquico.

Así, el cerrado sistema de castas hindú, dividido en brahmanes (sacerdotes), kshatriya (nobles y guerreros), vaisya (cuidadores del ganado) y sudras (servidores) –omitimos deliberadamente a los "intocables"-, demuestra que las clases nada tienen que ver con la economía y que la milenaria sociedad india ha podido vivir su cultura social en torno a las teoría del dharma y del kharma como expresión de la movilidad social enmarcada en una supuesta reencarnación o renacimiento del individuo. Este sistema de castas o estratificación de clases responde, por otra parte, a la estructura ideológica "trifuncional" estudiada por Dumezil -soberanía política y religiosa, nobleza militar y servidumbre productiva-, fundamento social y organizativo de todos los pueblos indoeuropeos (y de otros pueblos conquistados por ellos).

Para Nietzsche es la naturaleza la que establece separaciones entre los individuos "espirituales", los "más fuertes y enérgicos" y los "mediocres", que son mayoría frente a "los menos" que, no obstante, son también los más perfectos; en consecuencia, el orden natural impone un "sistema de castas", la jerarquía como ley

suprema que separa a los tres tipos anteriores, norma necesaria para la conservación de una sociedad que posibilite la existencia de tipos superiores e inferiores. El filósofo alemán se remontaba, obviamente, a la civilización indo-aria para ejemplarizar su sistema jerárquico racial, en cuya cúspide sitúa a la "bestia rubia" germánica, antítesis de los representantes degenerados del judeo-cristianismo, dividiendo su sociedad ideal en "brahmanes", guerreros y sirvientes, además de los "chandalas", casta donde serían arrojados los mestizos, los tarados y los incapacitados : «El orden de las castas, la ley más elevada y más excelsa, es tan sólo la sanción de un orden de la naturaleza, una legitimidad natural de primer rango, sobre la cual ninguna arbitrariedad, ninguna "idea moderna" puede prevalecer. En toda sociedad sana, tres tipos, condicionándose mutuamente y gravitando diferentemente, se separan fisiológicamente entre sí; cada uno de ellos tiene su propia higiene, sus propias actividades laborales, sus propios sentimientos especiales de perfección, y su autoridad propia».

La ciencia de la etología, que estudia comparativamente el comportamiento animal y humano, ha demostrado que en el mundo animal, sea salvaje o doméstico, impera el principio de jerarquía como algo instintivo dentro de un grupo homogéneo. La jerarquía, pues, es una consecuencia del principio de sociabilidad que también se halla en numerosos mamíferos y otras especies con división de funciones. El hombre, como animal político y social, debe vivir en sociedad por imperativo sociobiológico y, dado que ésta no puede existir sin una organización funcional, separación de poderes, dedicaciones diferentes, distribución de tareas y misiones, la desigualdad social se convierte, además, en una necesidad de la vida comunitaria. Las castas tienen su origen en la inexorable desigualdad humana entre los que están destinados a mandar y los que están resignados a obedecer –y los que obedecemos y, en conciencia, nos rebelamos espiritualmente- y no en unas supuestas diferencias económicas, conquistadas o heredadas, como factor determinante del estatus social.

La mayoría de las utopías igualitarias –cristianismo, revolución francesa, independencia americana, declaración de derechos humanos, marxismo, demoliberalismo, etc- han intentado, sin conseguirlo, hacer "tabla rasa" de toda la humanidad. Ella, tan desigual! Sólo en el orden económico, centro de sus aberrantes especulaciones, sería posible la imposición de la igualdad, si no fuese porque también a nivel individual –como sucede con los pueblos en el colectivo- la prosperidad material y espiritual es, así mismo, hija de cualidades específicas y diferenciales como son la inteligencia, la belleza, la voluntad y el trabajo. Mientras, los predicadores del igualitarismo equiparan la riqueza mental con la imbecilidad, el trabajo con la holganza, la tenacidad con la debilidad, el espíritu con la fealdad, la salud con el vicio. Proclamemos, pues, la imperiosa necesidad de la desigualdad humana como condición para un futuro más justo y más social, por descontado, pero menos igual.

La teoría de las élites en Pareto, Mosca y Michels

Rosendo Bolívar Meza

«La historia es un cementerio de aristocracias».

Wilfredo Pareto

Introducción

Debido a la falta de líderes capaces, sigue siendo imprescindible anaiizar la teoría de las élites. Es además apremiante la necesidad de educar en la moralidad y en la eficacia de la acción política a los hombres llamados a dirigir y gobernar a las masas. A principios del siglo XXI se tienen evidencias más que suficientes para señalar la urgencia de líderes responsables, comprometidos, eficientes, honestos, cultos y capaces de regu los destinos de la sociedad, independientemente de los regirnenes.políticos o tipos de gobierno de que se trate.

La teoría de las élites no esѕ en sí misma una corriente conservadora, ya que es un hecho contundente que aun en los sistemas más democráticos las minorías guían y las mayorías son guiadas y manipuladas. Lo que sí es una expresión conservadora de ella, es que plantea un cambio lento, gradual y controlado desde arriba, sin reconocer del todo las ventajas y virtudes del método electoral como mecanismo de recambio de la clase en el poder. El estudio de las elites no es exclusivo de la Italia de Benito Mussolini o de la Alemania de Adolfo Hitler. Antes del advenimiento del fascismo y del nacionalsocialismo varios pensadores, invocando el liberalismo, habían serialado y examinado la distancia que separa a gobernantes y gobernados y sometieron a examen los postulados de la democracia liberal.

La teoría de las élites, que afirma que en todas las sociedades la dirección política, administrativa, militar, religiosa, económica y moral es ejercida por una minoría organizada, es más antigua de lo que comúnmente se cree.

Desde Maquiavelo esto quedó claro, él afirmó en sus "Discursos"que en cualquier ciudad, no importa como esté ordenada, en los niveles de comando hay apenas unas cuantas personas. Más adelante, Saint-Simon estableció que la dirección política debe estar confiada a quienes tienen la capacidad de hacer progresar la ciencia y conducir la producción económica. Alumno de Saint-Simon, Augusto Comte sostuvo que el mando de la sociedad debía corresponder a una aristocracia científica. Por su parte, Hipólito Taine explicó la Revolución Francesa de 1789 como la necesidad de que una nueva clase dirigente sustituyera a la antigua, que había perdido sus aptitudes para el comando.

Marx y Engels llegaron a la conclusión de que el Estado es el representante de la clase poseedora de los instrumentos de producción económica. Cabe destacar que percibieron que ias revoluciones no han sido más que el reemplazo de una elite por otra ya quq como sefialó Engels refiriéndose a la Revolución Francesa de 1848, hasta aquella fecha

«... todas las revoluciones se habían ireducido a la sustitución de una determinada dominación de clase por otra: pero todas las clases dominantes anteriores sólo eran pequeñas minorías, comparadas con la masa del pueblo dominada. Una minoría dominante era derribada, y otra minoría empuñaba en su lugar el timón del Estado y amoldaba a sus intereses las instituciones estatales. Este papel correspondía siempre ai grupo minoritario capacitado para la dominación y llamado a ella por el estado del desarrollo económico y, precisamente por esto y sólo por esto, la mayoría dominada, o bien intervenía a favor de aquella en la revolución *o* aceptaba la revolución tranquilamente. Pero, prescindiendo del contenido concreto de cada caso, la forma común a todas estas revoluciones era la de ser revoluciones minoritarias. Aun cuando la mayoría cooperase en ellas, lo hacía -consciente o inconscientemente- al servicio de una minoría; pero esto, o simplemente la actitud pasiva, la no resistencia por pane de la mayoría, daba ai grupo minoritario la apariencia de ser *el* representanre de todo el pueblo» (Engels, s/f: 678).

Aunque diversas corrientes del pensamiento han percibido el papel histórico de las élites, esta teoría ha ejercido poca influencia en el desempeño político y social, siendo además poco estudiada.

Para ella, las clases políticas se forman según dos tendencias: la aristocrática, que se gesta desde arriba, y la democrática, que proviene de abajo. La primera se caracteriza por la organización militar burocrática y la segunda por la organización del sistema electoral. Esta última estimula un proceso de rotación o circulación de la élite controlado, ya que por lo general la clase política cuenta con los medios idóneos para orientar la voluntad de los electores.

La minoría dominante o élite posee estructura, cualidades superiores y control de fuerzas sodes, además de conexiones y parentescos. Su éxito y su poder radican en que es una minoría organizada en contraposición con una mayoría desorganizada. La desorganización de la mayoría deja a cada uno de sus miembros impotentes ante el poderío organizado de la minoría. Por ser un grupo reducido puede lograr lo que la mayoría no puede: comprensión mutua y una acción concertada. La élite actúa con base en la razón y el conocimiento, mientras que la

no élite es impulsada primordialmente por el sentimiento.Para promover sus intereses y buscar apoyo la élite apela al elemento sensible de las masas.

Es muy importante resaltar que para la reotía de las élites la verdadera lucha por el poder se da dentro de la clase gobernante, lo cual no excluye la posibilidad de que también se beneficie la mayoría de la sociedad o incluso toda ella. En realidad, la sociedad avanza cada vez que la minoría gobernante mejora o es reemplazada por otra de superior calidad: por el contrario, si la clase dominante se hunde en la decadencia sin que ninguna otra minoría proponga una solución más adecuada para los problemas de la época, el resultado será el estancamiento o la lenta desintegración.

Cuando el poder de la élite gobernante se encuentra amenazado y, por alguna razón, renuncia a hacer frente a la fuerza con la fuerza, se debilita y cualquier pequeño grupo puede imponerle su voluntad. Si por cuestiones de conveniencia la élite en el poder no usa la fuerza y recurre al fraude y al engaño para desbaratar al adversario, sólo logrará con el tiempo que el poder pase de una minoría a otra, o que se dé una nueva composición de sí misma. Para los teóricos de esta línea de pensamiento el ideal de reemplazar el uso de la fuerza por la ley es una penosa ilusión.

Como veremos a continuación, Vilfredo Pareto, Gaetano Mosca y Robert Michels, dieron una nueva forma de interpretación al estudio de la sociología política de fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Con sus aportaciones modificaron las concepciones tradicionales de la democracia liberal. Es importante rescatar que en términos generales hay elementos que comparten los tres autores. La teoría de las élites puede (englobar los conceptos de circulación de las elites de Pareto, de clase política de Mosca y de ley de hierro de la oligarquía de Michels.

La circulación *de* las *elites* en Pareto

Vilfredo Pareto (1847-1923), nació en Italia siendo hijo de padres franceses. Vivió treinta años en la Suiza de habla francesa. Fue en Italia donde recibió su educación secundaria. Estudió física y matemáticas en la Universidad y Escuela Politécnica de Turin; allí escribió su tesis "Los principios fundamentales del equilibrio de los cuerpos sólidos". Así, el concepto de equilibrio que luego aplicaría a los fenómenos sociales fue extraído desde el campo de la física. A lo largo de su existencia insistió en que el enfoque metodológico de las ciencias naturales debía ser el mismo que el de las ciencias sociales. Con su obra, Pareto ataca las teorías liberal-democráticas y marxistas y, al igual que Max Weber, elaboró su propia concepción de la sociología en un intenso debate con el fantasma de Marx.

No se sabe a ciencia cierta en qué medida Pareto pudo haber influido sobre Benito Mussolini, ni siquiera si hubo algún contacto directo entre ellos. Sin embargo, cuando Mussolini llegó al poder, Pareto lo vió con simpatia, aunque resaltó la necesidad de conservar algunas libertades. Para Pareto el fascismo no sólo parecía confirmar sus teorías, sino también ofrecer esperanzas de una nueva era. Su identificación con el nuevo orden se puso de manifiesto en el hecho de que en 1923

aceptó su nombramiento como senador, cargo que había rechazado de gobiernos prefascistas.

En directa oposición a la teoría marxista de la lucha de clases, presentó su teoría de las élites según la cual la circulación de las elites es la sustancia real de la historia. Insistió en que los conflictos de: clases están destinados a continuar eternamente, que sus formas pueden cambiar, pero su esencia sigue siendo la misma. Para él, en el estrato superior de la sociedad, en la clase selecta, están ciertos agregados que se conocen como aristocracias. Hay casos en donde la mayoría de los que pertenecen a ellas tienen las características para permanecer ahí, y otros en los que un número notable de sus integrantes no los poseen. Pueden tener participación más o menos importanre en la clase selecta de gobierno, o bien estar excluidos de ella. Concibe que las aristocracias no son eternas, motivo por el cual "1a historia es un cementerio de aristocracias". Éstas se menguan no sólo por el número, sino también por la calidad, ya que disminuye en ellas la energía y se modifican las circunstancias que les ayudaron a adueñarse del poder y a conservarlo.



La clase gobernante es restaurada, no sólo en número sino en caldad, por familias que vienen de las clases inferiores, que le aportan energía y le proporcionan elementos originales para mantenerse en el poder. Se restituye también por la pérdida de quienes más han decaído (Pareto, 1980: 70-71).

Las élites y las aristocracias no perduran, ya que degeneran en el transcurso del tiempo. Toda élite necesita organizarse con refuerzos provenientes de las clases inferiores, con sus mejores elementos. Con la decadencia de una élite, una nueva élite llena de fuerza y vigor se forma en el seno de las demás clases. La lucha y la circulación de las élites es la esencia de la historia; por lo tanto, los levantamientos populares no siempre tienen consecuencias positivas para el pueblo, sirven sólo para facilitar la caída de la vieja élite y el surgimiento de la nueva.

Pareto considera que la diferencia que existe entre los grupos sociales se expresa en el hecho de que los individuos son física, moral e intelectualmente diferentes. Algunos individuos son superiores a otros, por ello usa el término de élite para referirse a la superioridad: en inteligencia, carácter, habilidad, capacidad y poder. La élite o clase selecta es la que tiene los índices más elevados en el ramo de su actividad y se divide en dos: la clase selecta de gobierno, la que directa o indirectamente tiene notable participación en el ejercicio del poder, mientras que el resto lo conforma la clase selectano de gobierno. En conjunto constituyen el estrato o clase superior de la sociedad, El estrato inferior o no elite está formado por los individuos que no tienen influencia, y corresponde a la mayoría de la población (Pareto, 1980: passim).

La élite y su manejo de la masa

En toda sociedad organizada siempre ha existido una clase gobernante poco numerosa que se mantiene en el poder, en parte por la fuerza y en parte por el consentimiento de los gobernados, que son muchos más. Para conservar su dominio, la clase gobernante mopta elementos de la clase gobernada tanto para el uso de la fuerza, como para el desarrollo del arte.

Las élites emplean a las clases inferiores rindiendo un homenaje puramente verbal a sus sentimientos, recurriendo a la demagogia con el fin de conservar o tomar el poder. El equilibrio y la declinación de una elite, así como el surgimiento de otra, dependen del grado de éxito con que una elite pueda inventar fórmulas que apelen al sentimiento de la masa. El grupo gobernante se fortalece al cooptar a los elementos más destacados de la no élite, y provoca que la no elite se debilite por la pérdida de esos integrantes. Esta circunstancia, según Pareto, da estabilidad a las sociedades, pues la clase gobernante sólo necesita absorber un número pequeño de nuevos individuos para impedir que la clase sometida tenga líderes.

Pareto considera que el carácter de una sociedad es, ante todo, el carácter de su élite. Para él la élite no es ni enteramente abierta ni enteramenre cerrada.Las dases dirigentes tratan de salvaguardar su posición de poder y utilizan la astucia cuando no disponen de la fuerra. Como están sujetos a la presión de las masas deben renovarse constantemente mediante una aportación proveniente de las clases inferiores. Saben que la movilidad social es el mejor antídoto contra las revoluciones.

Ya dijimos que el mantenimiento y la caída de una élite, y el surgimiento de otra, se suceden en función del grado de éxito con el que una minoría puede inventar fórmulas que apelen a la parte sensible de las masas. Éstas tienen sentimienros inmutables, mientras que la élite es acriva en la explotación de ellos.

La lucha por el poder entre elites

Según Pareto, la élite logrará sus fines más eficazmente mientras más ignorantes permanezcan las masas, ya que al tener conocimiento de que son manipulados pueden oponérsele. Admite, sin embargo, que la estupidez y la aquiescencia de las masas no es necesariamente permanente (Parero, 1980: 133-134; Touchard, 1981: 620; Zeitlin, 1970b: 199-200, 216 y 218). Parte de la premisa de que la verdadera lucha por el poder no se realiza entre las masas y los líderes, sino entre los líderes existentes y los líderes nuevos, desafiantes y en ascenso. Aún cuando parezca que la nueva elite está guiada por la buena voluntad y el deseo de las masas, de hecho no es así. Para él existen varios elementos que la clase gobernante puede utilizar para defenderse y eliminar a los individuos capaces de arrebatarle el poder, éstos son:

1. La muerte.

2. Las persecuciones que no llegan hasta la pena capital como la cárcel, la ruina económica, la separación de los despachos públicos, etcétera.

3. El exilio o el ostracismo.

4. Llamarlos a formar parte de la clase gobernante con tal de que la sirvan, dándose así una amalgama o reunión de elites (Pareto, 1980: 267-270).

Por otro lado, entendida como la sustancia real de la historia, la circulación de las élites tiene pocas consecuencias positivas para las masas. Si la rotación esa, la clase gobernante *se* derrumba y arrastra consigo a toda la nación. El equilibrio se rompe (Pareto, 1980: 63). Gracias a la circulación de la elite, ésta se encuentra en un estado de continua y lenta transformación. De vez en cuando se realizan repentinas y violentas perturbaciones, pero después el nuevo grupo minoritario vuelve a modificarse lentamente.

Cuando se agudizan las diferencias entre las clases gobernante y sometida estalla la revolución, que se produce por el entorpecimiento de la circulación de la élite, o por la acumulación de elementos decadentes en los estratos superiores incapaces de mantenerse en el poder y rehuyen el uso de la fuerza, mientras que en los estratos inferiores crecen personajes de calidad superior que poseen las virtudes necesarias para ejercer el gobierno y que están dispuestos a recurrir ala fuerza.

Por lo general, en las revoluciones los individuos de los estratos inferiores son capacitados por sujetos de los estratos superiores, ya que en éstos se dan las cualidades intelectuales útiles para disponer la batalla, pero les faltan los elementos que son suministrados precisamente por los individuos de los estratos inferiores.

La élite y el uso de lafuerza

Las mutaciones violentas se producen bruscamente y, por tanto, el efecto no sigue de modo inmediato a la causa. Cuando una clase gobernante ha permanecido largo tiempo por la fuerza, y se ha enriquecido, puede subsistir un poco más todavía sin la fuerza, comprando la paz de los adversarios y pagando no sólo con oro, sino también con sacrificios, el decoro y la reverencia que hasta entonces ha disfrutado y que constituye un cierto capital. En un primer momento, el poder se preserva mediante concesiones y erróneamente se cree que se puede seguir sosteniendo así indefinidamente (Pareto, 1960: 71-72).

Hay quienes condenan la violencia si es usada por los gobernados, pero otros la reprueban si es promovida por los gobernantes.Todos los gobiernos aplican la fuerza y todos alirman que su empleo se justifica. La fuerza en la sociedad la ejerce tanto quien quiere conservar ciertas uniformidades del poder establecido, como quien quiere transgredirlas, y la violencia de éstos se opone y contrasta con la de aquéllos.

Cuando quien está en favor de la dase gobernante critica el uso de la fuerza, en realidad censura su aplicación por parte de los disidentes que se quieren sustraer a las reglas de la uniformidad: si por el contrario dice que aprueba este recurso, realmente suscribe el uso que de el1.a hacen las autoridades para obligar a los disidentes ala uniformidad. Por otro lado, quien es favorable ala clase gobernada, si reprocha el ejercicio de la fuerza en sociedad, lo que está haciendo es desaprobarlo cuando se da por parte de las autoridades para obligar a los disidentes a la

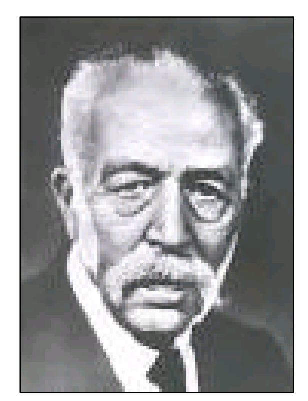
uniformidad: por el contrario, si alaba el uso de la fuerza, se refiere al uso que de ella hacen quienes quieren sustraerse a ciertas uniformidades sociales.

Así como caen los gobiernos que no saben o no pueden servirse de la fuerza, ningún gobierno dura haciendo exclusivamente uso de ella. De la misma manera, cuando la elite gobernante es cada vez menos capaz de usarla, falta a su principal deber como clase gobernante (Pareto, 1980: passim).

La clase política en Mosca

Gaetano Mosca (1858-1941), nacido en Italia, dedicó su obra a refutar las teorías democráticas y colectivistas prevalecientes, en particular el marxismo. Como Pareto, quiz0 destruir *lo* que consideró una fantasía rousseauniana-marxista, según la cual una vez establecido el colectivismo comenzaría una era de igualdad y justicia universal, donde el Estado ya no sería órgano de una clase y tampoco habría explotadores ni explotados.Toda la producción intelectual de Mosca pretendió ser una refutación de esta "utopía" contra la cual expone su propia teoría, más "realista", sosteniendo que siempre habrá una clase gobernante.

En 1908 fue elegido miembro de la Cámara de Diputados en Italia. Así, a diferencia de Pareto, quien se había aislado de la vida política y elaborado un sistema rígido, estuvo empetíado de manera activa en la política italiana. Esto contribuyó, quizá, a la formación de una teoría más flexible.



En su obra recupera el pensamiento original de Saint-Simon: un sistema de dos clases con una minoría dominante y una mayoría dirigida y donde, una vez que determinada sociedad llega a cierta etapa de desarrollo, el control político, en el más amplio sentido de la expresión -la dirección administrativa, militar, religiosa, económica y moral-, es ejercido siempre por una clase especial o por una minoría organizada (Meisel, 1962: 22). Mosca argumenta que incluso en las democracias subsiste la necesidad d.e una minoría organizada y que, a pesar de las apariencias en sentido contrario y para todos los principios legales sobre los que se basa el gobierno, es ella la que conserva el control real y efectivo del Estado.

Considera al liberalismo como el justo medio entre la aristocracia y la democracia, Es el sistema mediante el cual los funcionarios son elegidos desde abajo, es decir, directa o indirectamente por los subordinados. Se les escoge de un conjunto limitado de hombres sabios, experimentados, responsables y devotos, que son los más capaces para gobernar: la minoría aristocrática, caracterizada por tener autoridad pero no poder irrestricto. Estos límites en el poder, frenos y contrapesos, constituyen para Mosca la esencia del liberalismo.

Parte de la premisa de que los muchos, especialmente si son pobres e ignorantes, jamás han dirigido a los pocos, sobre todo si éstos son ricos e inteligentes, por lo que, en abierra crítica al marxismo, señala que la dictadura del proletariado no podría ser más que la de una clase muy restringida ejercida en

nombre del proletariado, Para Mosca, las masas dominadas ejercen presiones sobre el poder e influyen en las medidas que adopta la clase dominante. El descontento popular puede provocar el derrocamiento de una clase, pero otra parecida surgirá inevitablemente de las masas, la cual desempeñará las funciones de una clase dominante.

La élite como minoría organizada

El poder de la clase dominante y la inestabilidad de su predominio reposan en el hecho de que es una minoría organizada, acompañada, según Mosca, por una mayoría desorganizada. El estado de desorganización de la mayoría deja a cada uno de sus integrantes en una situación de impotencia frente a la minoría. Toda agrupación humana requiere jerarquía, y esto exige que unos manden y otros obedezcan, es decir, una división entre gobernantes y gobernados. Los primeros, que son siempre los menos, desempenan todas las funciones políticas, monopolizan el poder y disfrutan de las ventajas que van unidas a él. Los segundos, más numerosos, son dirigidos y regulados por los primeros, ya sea pot- métodos legales o por mecanismos arbitrarios y violentos.

Así pues, la historia de la humanidad no ha sido otra cosa más que la lucha entre la tendencia que tienen los elementos dominantes a monopolizar en forma estable las fuerzas políticas, y a transmitirle su posesión a sus hijos en forma hereditaria, y el impulso que empuja a su relevo y cambio y la afirmación de fuerzas nuevas (Mosca, 1984: 106,126 y 305).

Para Mosca, una organización política relativamente perfecta es aquella donde quienes detentan el poder supremo poseen una posición económica independiente. Más aún, las características predominantes de la clase política consisten en su actitud de dirigir, así como en sus cualidades o condiciones intelectuales, morales, económicas y militares.

Los grados académicos, la cultura científica y las aptitudes especiales probadas abren las puertas a los cargos públicos. En este caso, los individuos que se mueven de posición social mantienen sus actitudes intelectuales, pero modifican sensiblemente las morales, ya que el servil se puede volver arrogante y el humilde orgulloso. Por otro lado, quien asciende desde abajo suele desarrollar los sentimientos de justicia y equidad.

El predominio de la minoría organizada es evidente sobre la mayoría desorganizada. La primera, además de su estructura, posee atributos que le otorgan superioridad material, intelectual y mor4 o bien, son herederos de quienes los poseen. Por ello, Mosca señala que todas las clases políticas tienden avolverse hereditarias, si no de derecho, al menos de hecho.

La clase política

La clase política no justifica exclusivamente su poder con sólo tenerlo de hecho, sino que procura darle una base moral y hasta legal, haciéndolo surgir como consecuencia necesaria de doctrinas y creencias generalmente reconocidas y

aceptadas en la sociedad regida por esa clase. Una clase política trasciende cuando ha sabido tomar la iniciativa de una reforma oportuna de las clases dirigentes, en donde el mérito principal de las clases populares ha consistido en su capacidad congénita de extraer de su entraña iiuevos elementos idóneos para conducirlas.

Cuando cambian las fuerzas políticas se deben afirmar actitudes originales en la conducción del Estado. Por el contrario, si las viejas fuerzas políticas no conservan sus actitudes, se transforma la composición de las clases políticas.Ellas declinan inevitablemente cuando ya no pueden ejercer las cualidades mediante las cuales legaron al poder, o cuando éstas pierden importancia en el ambiente social en que se desarrollaban.

En todo organismo político hay siempre una persona que está por encima de la jerarquía de toda la clase política y que dirige el timón del Estado. Este hombre, que es jefe de Estado, no puede gobernar sin el apoyo de una clase dirigente que haga cumplir y respetar sus órdenes.

La clase política necesita un estrato social que le ayude a gobernar: la clase media. Sin ella ninguna organización sería posible, ya que el primer estrato no bastaría por sí sólo para encuadrar y orientar la acción de las masas. Los nacidos en la clase media tienen los medios para procurarse la instrucción necesaria, además de que en el mismo entorno familiar adquieren la noción práctica de los recursos indispensables para hacer carrera administrativa y burocrática.

Relación élite-masa

En la lucha entre las diversas fracciones de la clase dirigente, una de ellas busca el apoyo de las masas. A ella se unen los individuos que, nacidos en las clases menos favorecidas, han sabido elevarse por sobre ellas en virtud de su especial inteligencia y energía, o por su audacia excepcional. Esta fracción de la clase dominante explota la simpatía de las masas exagerando y evidenciando el egoísmo, la tontería y los privilegios materiales de los ricos y poderosos, denunciando sus vicios y errores reales e imaginarios, prometiendo satisfacer el sentimiento de justicia.

Cuando una fracción de la clase política, que comienza a ser marginada del poder por sus intentos renovadores, aspira a derribar al gobierno, trata siempre de apoyarse m las mayorías que la siguen fácilmente cuando están contra el orden de cosas constituido. Así, la plebe se convierte en un instrumento necesario de casi todas las sublevaciones y revoluciones, por lo que con frecuencia aparecen al frente de los movimientos populares hombres de una condición social superior. Por otro lado, puede ocurrir el fenómeno opuesto, es decir, que la parte de la clase política que tiene en sus manos el poder y se resiste a las corrientes innovadoras, recurra a las clases bajas que permanecen fieles alas antiguas ideas y al antiguo tipo social (Mosca, 1955: *328-332* y Mosca, 1984 passim).

En las propias clases inferiores existe una minoría dirigente contraria aquienes ejercen el poder. Adquiere mucha influencia sobre las masas, inclusive por encima de la del grupo gobernante. Cuanto mayor sea el aislamiento entre las clases

y el descontento entre los estratos inferiores, mayor será la posibilidad de que éstos apoyen el derrocamiento del gobierno exisrente. Entonces puede suceder que una clase dominante reemplace a la otra, lo cual beneficia poco o nada a las masas.

El aislamiento de las masas, los antagonismos entre cultura, creencias y educación de las diversas clases sociales, puede producir que se forme en el seno de la masa otra clase dirigente, a menudo antagónica, de la que matiene el poder. Cuando esta plebe está bien organizada, puede plantear serios problemas a quienes gobiernan.

Las masas dominadas ejercen presión sobre los dominadores, es decir, sobre la clase política. Inclusive, el descontento popular es capaz de provocar su derrocamiento. Del mismo modo, las clases dirigidas siguen a los dirigentes siempre y cuando compartan opiniones y creencias. La presión de las masas avivada por su descontento puede generar cierta influencia en la clase política. Si el descontento es de grandes proporciones y llega a derribar a la clase dirigente, aparece necesariamente en la masa otra minoría organizada que pasa a sustituir a la clase política.

Por ello, al igual que Pareto, Mosca considera que toda clase política debe renovarse con elementos de las clases inferiores, quienes mantienen despiertos los ancestrales instintos de lucha. El aislamiento produce la degeneración de la clase, pues pierde la aptitud para atender los asuntos propios y los de la sociedad. Si esto ocurre, el régimen político se desploma al primer choque con el enemigo externo o interno (Zeitlin, 1970a: 2:!4 y 228; Mosca, 1984 passim).

La falsa ilusión del sufragio universal

Mosca nunca creyó en la efectividad del sufragio universal por considerar que se funda en la falsa creencia de que los electores eligen a su representante, cuando la verdad es que el representante se hace elegir por ellos. A la soberanía popular, como resultado del sufragio universal, la consideró un mito muy peligroso, puesto que a través de ella el pueblo llega a. creer que gobierna y que los funcionarios elegidos están para servirle.

La democracia parlamentaria, según la concibe Mosca, se basa en el supuesto jurídico de que el representante es elegido por la mayoría de los votantes. Sin embargo, los hechos revelan algo muy distinto. Cualquiera que haya tomado parte en una elección sabe muy bien que el representante no es elegido por los votantes, sino que, en general, se hace elegir por ellos: o bien, si esta formulación resulta demasiado desagradable, lo hacen elegir sus amigos. De un modo u otro, una candidatura es siempre obra de un grupo de personas unidas por un propósito común, de una minoría organizada que inevitablemenre impone su voluntad a la mayoría desorganizada.

Teóricamente, cada votante tiene libertad de elección; sin embargo, en la práctica, su opción es muy limitada, ya que si no quiere desperdiciar su voto tendrá que suftagar por alguno de los candidlatos que tiene posibilidad de triunfar porque los respalda un grupo de amigos o partidarios. Por ello, para los individuos aislados

que constituyen la inmensa mayoría del electorado, sólo quedan dos alternativas: abstenerse o votar por uno de los candidatos que tienen cierta probabilidad de ganar (Mosca, 1984 213 y 227; Meisel, 1962: 106-108).

Así pues, para Mosca, la participación política de las masas mediante elecciones es una mentira. Los verdaderos triunfadores son los sujetos que saben imponerse en ese ambiente especial, y muchas veces amficioso, creado por el sistema electivo. Son ellos, quienes deciden., los que seleccionan a los representantes.

La ley de hierro de las oligarquías en Michels

Robert Michels (1876-1936), pensador italiano discípulo de Mosca. También articuló sus tesis desafiando lo propuesro por el marxismo, pero no tanto como Mosca y Pareto. Rechazó los aspectos teóricos que consideró utópicos del marxismo, pero conservó los elementos del método anaIítico. Concibió que:

«... no hay contradicción esencial entre la doctrina de que la historia es el registro de una serie continua de luchas de clases, y la doctrina de que las luchas de clases invariablemente culminan en la creación de nuevas oligarquías que llegan a fundirse con las anteriores» (Michels, 1991b: 178).

En 1911 apareció su texto principal: Los partidos políticos, en él desarrolló su teoría de las élites. Lo que Marx no había previsto, según Michels, era que la democracia conduce de modo necesario a la oligarquía, Es a esto a lo que Michels considera como la Ley de hierro de la oligarquía.

La tendencia a la oligarquía

La propensión hacia la oligarquía es un proceso común a todas las organizaciones importantes, ya que todas requieren de una especialización de las tareas, una distinción cada vez más inequívoca entre la masa y sus dirigentes. Partiendo de la premisa de que es inherente a la naturaleza del hombre anhelar el poder, y una vez obtenido tratar de perpetuarse en él, la democracia exige una organización que conduce de manera necesaria a la oligarquia.

La organización, como arma de los pocos en su lucha contra los muchos, conduce a la oligarquía, ya que propicia cambios importantes en la masa organizada, e invierte completamente la posición respectiva de los conductores y los conducidos. Como consecuencia de ella, todas las agrupaciones llegan a dividirse en una minoría de directivos y una mayoría de dirigidos. Con el avance de la organización la democracia tiende a declinar. Además, el aumento de poder de los líderes es directamente proporcionala la dimensión de la organización, ya que si ésta es fuerte necesita un liderazgo de la misma magnitud.

Toda organización implica especialización y responsabilidad de los líderes, los cuales se hacen expertos en conducir a las masas. Así, la democracia termina convirtiéndose en una forma de gobierno de los mejores: en una aristocracia. Tanto

en lo material como en lo moral, son los líderes quienes han de ser considerados como los más capaces y los más maduros.

La oligarquía surgida de la democracia está amenazada por dos peligros graves: la rebelión de las masas y la transición hacia una dictadura. De estos dos peligros, uno viene de abajo, mientras que el otro nace del seno de la misma oligarquía. Se tiene entonces el peligro de la rebelión y el de la usurpación.

La organización del Estado necesita una burocracia numerosa y complicada. En ella se apoyan las clases políticas dominantes para asegurar su dominio y retener en sus manos el timón del Estado.

La organización política conduce al poder, pero éste es siempre conservador. Quien lo ha adquirido procura aumentar sus prerrogativas. Se esforzará siempre por consolidarlo, extenderlo y sustraerse del control de las masas. La organización es la que da origen al dominio de los elegidos sobre los electores, de los mandatarios sobre los mandantes.

Toda organización requiere de una especialización técnica para una conducción experta. Ello propicia que el poder de determinación se convierta en uno de los atributos específicos del liderazgo. De este modo, los líderes, que al principio eran los órganos ejecutivos de la voluntad colectiva, se emancipan de la masa y se hacen independientes de su control. La organización es un poder oligárquico fundado en una base democrática. El poder de los líderes elegidos sobre las masas electoras es casi ilimitado, por lo que la estructura oligárquica ahoga el principio democrático básico (Touchard, 1981: 622; Zeitlin, 1970c: 250; Michels, 1991a: passim; Michels, 1991b: 10-11, 153 y 189).

La apatía de las masas

Según Michels, las masas necesitan del liderazgo y se sienten contentas de que otros se ocupen de sus asuntos. Las considera apáticas, por lo que forzosamente requieren un *guía*. Su incompetencia es casi universal en todos los aspectos de la vida política, y esto constituye *el* fundamento más sólido del poder de los líderes. La pericia de éstos también conduce a la oligarquía, puesto que las masas incompetentes se someten a ella dándole una autoridad que a la larga destruye la democracia.

Las masas nunca se rebelan en forma espontánea, es decir, sin líderes; las revueltas o revoluciones son conducidas por dirigentes quienes, una vez que han tomado el poder en nombre del pueblo, se transforman en una casta relativamente cerrada, alejada de la gente y opuesta a ella.

Las masas son políticamente indiferentes e incapaces, lo cual constituye el fundamento más sólido del poder de loa líderes. Es fácil engañarlas y escribir en su nombre. Se inclinan más a seguir a hombres mediocres que a personas de talento y cultura política. Una prueba notable de su debilidad es que no tiene capacidad de organización, motivo por el cual busca dirigentes. El fracaso de innumerables huelgas y agitaciones políticas se explica por la falta de líderes.

Para las masas es una cuestión de honor depositar la conducción de sus asuntos en manos del líder; le ceden su autoridad restringiendo con ello su propia voluntad, lo cual a la larga destruye el principio de la democracia. La apatía de las masas, y su necesidad de conducción, tiene como contraparte el apetito natural de los líderes por el poder. A la masa le gusta encontrar personas que se ocupen de sus asuntos, y su necesidad de dirección se acompaüa de un genuino culto a los líderes, considerados héroes.

La masa alienta una gratitud sincera hacia sus líderes pues considera que es un deber sagrado. For lo general, este sentimiento de gratitud se manifiesta en la reelección continua de los líderes que lo han merecido, perpetuando el liderazgo. Como consecuencia de lo prolongado de la función, comienza la transformación de los líderes en una casta cerrada. Puede ocurrir también que cuando las masas conciben una violación a sus derechos destituyan o desconozcan a sus dirigentes.

Aún otganizada, la masa es incapaz de solucionar los problemas que la aquejan. Es impotente y se encuentra desarmada ante quienes la conducen. Su inferioridad intelectual y cultural le hace imposible comprender lo que el líder persigue. La incompetencia de las masas a nivel político constituye el fundamento más sólido del poder de los líderes. Esta incompetencia proporciona a los líderes una justificación práctica y moral. Puesto que el grueso de la población es incapaz de velar por sus propios intereses, es menester que cuente con expertos que atiendan sus asuntos. Además de la indiferencia de la masa hacia la política, ésta siente cierta gratitud hacia quienes hablan o escriben en su defensa. Ciertos líderes se constituyen como defensores y consejeros del pueblo, pues mientras la masa concurre cotidianamente a su labor, los líderes, por amor a la causa, a menudo suften persecución, prisión y exilio.



La elección de líderes por la masa presupone que ésta posee la capacidad para reconocer y apreciar la competencia de los primeros. Por su lado, los grupos gobernantes necesitan de las elecciones para legitimatse periódicamente. Cada grupo político pretende identificarse como colaborador de todos los ciudadanos del país, y proclamar que lucha en nombre de todos y por el bien de todos. Apela al apoyo de ciertas clases cultas y pudientes que no poseen todavía privilegios políticos (Michels, 1991a:passim; Michels, 1991b: 10-11, 153 y 189).

El liderazgo y la organización

En Michels queda claro que el liderazgo es un fenómeno ineludible en toda forma de organización social, que se hace incompatible con los postulados más esenciales de la democracia. La sociedad no puede existir sin una dase dominante o política sujeta a una renovación parcial frecuente, El Estado no puede ser sino la organización de una minoría, la cual busca imponer al resto de la sociedad un orden legal.

Los líderes provienen en su mayor parte de la clase media y, por consiguiente, poseen una superioridad cultural o intelectual. Esta supremacía se expresa asimismo en la superioridad económica (el dinero y sus equivalentes) y la superioridad histórica (la tradición y la transmisión hereditaria).

Los líderes carismáticos y fuertes están dotados de extraordinarias cualidades congénitas, muy por encima de la generalidad. Por esos atributos se les identifica como capaces de realizar diversas proezas. Sólo el líder carismático tiene la capacidad de superar el conservadurismo que produce la organización y de soliviantar alas masas en apoyo de grandes cosas, tiene una profunda fe en sí mismo, producto de un pasado de luchas victoriosas que lo hacen tener conciencia de sus aptitudes. Por otra parte, su futuro depende de las pruebas que pueda dar "su buena estrella".

El líder, orgulloso de su condición de indispensable, se transforma con facilidad de servidor en amo de su pueblo: quienes inicialmente estaban sujetos a obligaciones para con la masa, a la larga llegan a ser sus señores. Una v a electos, por lo general, son inamovib1es. Toda oposición a su voluntad esjuzgada antidemocrática, ya que el elegido actúa legalmente como representante de la voluntad colectiva (Michels, 1991a:passim; Michels, 199ib: 19, 177 y 188).

Los líderes y la prensa

Michels define a la prensa como un elemento importante para la conquista, preservación y consolidación del poder por parte de los líderes. Es el medio más adecuado para difundir su famay popularizar sus nombres. Ellos apelan a la prensa para ganar o retener la simpatía de las masas, y para conservar en sus propias manos la orientación del movimiento. Utilizan a la prensa para atacar directa o indirectamente a sus adversarios, buscando con ello el apoyo de las masas.

Ciertos hombres no están acostumbrados a enfrentar una oposición sistemática. Se enervan al verse forzados a una resistencia prolongada. En este sentido, es fácil comprender por qué con disgusto y desilusión abandonan la lucha o constituyen una camarilla privada para una acción política independiente.

Conflictos por el liderazgo

Para Michels las pugnas más comunes entre líderes se dan por lo siguiente: entre los más ancianos y los más jóvenes, por la diversidad de su origen social, por tipo de actividad, entre estratos, entre grupos locales y grupos nacionales. Destacan las diferencias objetivas y de principio, de conceptos filosóficos, de táctica y de estrategia. Existen luchas que obedecen a razones personales como antipatía, celos, intentos audaces por apoderarse de los primeros puestos, demagogia, etcétera.

En otras ocasiones surge la desconfianza entre los líderes, sobre todo contra quienes aspiran a comandar sus propias organizaciones, es decir, contra los herederos eventuales que están prontos a suceder a los viejos sin esperar su muerte. Cuando los líderes veteranos se resisten con firmeza y no ceden terreno a los que le siguen, éstos abandonan su actitud de lucha y buscan satisfacer sus ambiciones por

un camino diferente. En la batalla contra los aspirantes jóvenes, por lo general el líder antiguo puede estar seguro de contar con el apoyo de las masas, ya que ésus sienten una desconfianza natural hacia todos los recién venidos.

Puede ocurrir igualmente que los viejos busquen atraerse a las fuerzas de otros movimientos que aún no tienen líderes poderosos, para eliminar desde el principio toda competencia e impedir la formación de corrientes intelectuales diferentes y vigorosas. Todo gobierno, aun el más autocrático, mantiene la posibilidad de corromper a los líderes de cualquier movimiento peligroso para su autoridad. También, los viejos líderes suelen cooptar a los nuevos o a los opositores, ofreciéndoles cargos secundarios que no les dan influencia notable. Con ello, comparten con sus antiguos adversarios la responsabilidad de mando.

Por otro lado, los líderes del gobierno siembran entre las masas desconfianza hacia sus contrapartes de la oposición, al calificarlos de incompetentes, profanos, charlatanes, corruptos, demagogos y farsantes, presentándose como si ellos fueran los exponentes de la voluntad colectiva (Michels, 199la:passim).

Respecto a la masa, ésta tiene mayor sujeción a sus líderes que a sus gobiernos, y soportan abusos de poder de los primeros, que nunca tolerarían a estos últimos.

Los liderazgos emergentes

Es verdad que la masa es incapaz de gobernar, pero también de ella puede surgir quien se eleve por encima de la multitud y alcance el grado de líder y llegue a gobernante. El surgimiento de figuras carismáticas afecta a los que ya están en el poder, pues corren el peligro de verse obligados a dejar su lugar a los recién venidos, o a compartir su dominio con ellos. En este caso se está ante la formación de una nueva elite.

Cuando hay una lucha entre líderes y masas siempre salen victoriosos los primeros si logran mantenerse unidos. Es muy raro que ocurra lo inverso. Las masas suelen rebelarse ocasionalmente, pero son casi siempre sometidas. Sólo cuando se da una incapacidad abierta de las clases dominantes, las masas aparecen activas en la escena de la historia y derriban el poder de las oligarquías.Todo movimiento autónomo de las masas significa un desacuerdo profundo con la voluntad de los líderes.

En las grandes agitaciones políticas y sociales que emprenden las msas contra la voluntad de sus líderes, éstos retoman pronto la supremacía que pudieran haber perdido por un momento. Entonces suele suceder que los líderes, por encima de la voluntad de las masas y en oposición a ellas, ignoran todos los lazos que los unen con la masa, haciendo las paces con el enemigo y ordenando suspender la agitación. En estos casos las masas suelen mostrarse molestas, pero nunca se rebelan, pues les falta poder para castigar la traición de los jefes (Michels, 1991a: 191-192).

En situaciones normales, no revolucionarias, los sujetos más talentosos, los líderes revolucionarios potenciaies, están expuesros a una gran variedad de

influencias seductoras. La lucha real no se entabla entre masas y líderes, sino entre los líderes ya existentes y los emergentes, desafiantes y en ascenso.

El ascenso de nuevos aspirantes al poder siempre está sembrado de dificultades, cerrado por obstáculos de todas clases. sólo superables con el favor de la masa. Es muy raro que la lucha entre los viejos lídérics y los nuevos termine con una derrota completa de los primeros. El resultado del proceso ya no es una circulación de elites, sino una reunión de elites; es decir, una amalgama de estos dos elementos. Quienes representan la nueva tendencia, mientras su andar es aún inseguro, procuran enconrrar toda clase de vías laterales, para evitar que los poderosos los derriben. Pretextan que sus divergencias de opinión con la mayoría son insignificantes [...] y expresan su pena de que los viejos líderes muestren carencia de verdaderos sentimientos democráticos (Michels, 1991a: 206-207).

Michels profundiza la teoría de la circulación de las elites, tomando en cuenta el análisis del cambio social. Este ca.mbio, si no se presenta en forma revolucionaria, surge como una amalgama de nuevos y viejos elementos, por medio de un proceso de cooptación que conduce a una combinación de intereses.

Las revoluciones populares suelen terminar por destruir a sus líderes. Sin embargo, no es la masa la que se levanta contra ellos, sino que son éstos los que se han devorado entre sí, con ayuda de: las masas.

La revolución social no produce cambio real alguno en la estructura interna de la masa. Los hombres que la conducen terminan por experimentar un distanciamiento gradual de ella, y son atraídos hacia la órbita de la clase política. Quizá aporten a esta clase ciertas ideas frescas que la enriquezcan.

Tan pronto como los líderes recién constituidos han logrado su objetivo y triunfan enarbolando los derechos agraviados de la masa, al derrocar a la odiosa tiranía de sus predecesores y al alcanzar el poder a su turno, sufren una transformación que los hace muy semejantes a los nranos destronados. "Los revolucionarios de hoy se transforman en los reaccionarios de mañana' (Michels, 199ia:passim).

Los defectos del sitema democrático

En la parte final de "Los partidos políticos", Michels defiende el sistema democrático, a la vez que advierte sus defectos. Propone practicar la democracia como forma de vida social, ya que ésta sería el menor de los males. La lectura de Michels debe hacerse tomando en cuentaque los defectos de la democracia provocan el retorno de la aristocracia.

Cuando las democracias han conquistado ciertas etapas de desarrollo experimentan una transformación gradual, adaptándose ai espíritu aristocrático, y en muchos casos también a formas aristocráticas contra las cuales lucharon ai principio con tanto fervor. Aparecen entonces nuevos acusadores denunciando a los traidores; después de una era de combates gloriosos y de poder sin gloria, terminan por fundirse con la vieja clase dominanre, tras lo cual soportan, una vez

más, el ataque de nuevos adversarios que apelan al nombre de la democracia. Es probable que estejuego cruel continúe indefinidamente (Michels, 1991b: 195-196).

Conclusiones

De esta exposición de las ideas centrales de Pareto, Mosca y Michels, podemos concluir que los tres consideran que en todas las sociedades, desarrolladas o no, aparecen dos grupos de personas: la élite que gobierna y las masas que son gobernadas. El primero, siempre el menos extenso, desempeña todas las funciones políticas, monopoliza el poder y goza de las ventajas que éste conlleva, mientras que el segundo, el más numeroso, es directamente controlado por el primero.

Tanto Mosca como Pareto coinciden en rechazar la lógica, la teoría y la filosofía del sociaismo en su versión radical y marxista por su abstraccionismo y por lo que consideran su poca utilidad práctica, mientras que Michels recupera en ciertos casos el método marxista.

Mosca desarrolla su análisis de la clase política utilizando el método histórico comparativo aplicado en el terreno político-institucional. Pareto también emplea el método histórico, pero con una perspectiva multidimensional, en la cual los fenómenos sociopoliticos se estudian en un plano analítico-abstracto conforme a la psicología social, la antropología cultural, la estructura económica y la movilidad social. Por su lado, Michels examina básicamente dos instituciones: el partido y el sindicato, y los tipos y formas de liderazgo que en ellos se presentan.

Los tres están de acuerdo en que la minoría o élite la integran los que tienen los índices jerárquicos más altos en su rama, es decir, los mejores en su actividad. Quienes están calificados para pertenecer a la elite gobernante son los que poseen cualidades para ejercer las funciones de gobierno.

Los líderes de las masas son parte de la élite del poder porque desarrollan propósitos y mantienen intereses derivados de su posición como elementos privilegiados. Por ello, muchas de las iniciativas de las organizaciones de masas reflejan la voluntad y los intereses de los líderes y no su propia voluntad o sus intereses. A pesar de ello, las elites no deben ni pueden ignorar los sentimientos de las masas.

En las luchas entre líderes y masas los primeros están destinados a ganar. Aunque las segundas se rebelan, sus revueltas son siempre sofocadas; además, nunca se rebelan en forma espontánea, sin líderes. El proceso de la revuelta presupone que conducen a las masas ciertos elementos dirigentes propios quienes, una vez que han tomado el poder en nombre del pueblo, se transforman en una casta relativamente cerrada, alejada del pueblo y opuesta a él.

La lucha entre la vieja y la nueva élite sólo ocasionalmente culmina en la completa derrota de la primera. Por ello, modificando un poco lo expuesto por Pareto, el resultado de este proceso no es una circulación de las élites, sino más bien una reunión de ellas: una amalgama de los dos elementos.

De la masa puede salir la élite potencial, aquella de la cual se nutre la nueva élite. Puede ser un puente entre la élite y el resto de la sociedad, ya que desempeña

funciones menores de dirección, por lo que se vuelve una fuente de reclutamiento para los escalones superiores de influencia.

Como las élites y las aristocracias no perduran porque degeneran rápidamente, necesitan vigorizarse y renovarse con elementos provenientes de las masas, con los mejores de ellos. Cuando se da la decadencia de una elite, se constituye una nueva, llena de fuerza y vigor, en el seno de las clases inferiores.

Es inevitable que los representantes del pueblo se integren a la elite. De haber sido designados para representar y defender los intereses de todo un grupo, pronto desarrollan intereses especiales propios, convirtiéndose así en una minoría bien organizada, poderosa y dominante. En situaciones no revolucionarias, los elementos más talentosos de las masas, los potenciales líderes revolucionarios, sou tentados a engrosar las filas de la elite mediante la cooptación.

Para lograr su continua renovación, la elite gobernante debe estar, como lo concibió también Max Weber, en manos de aquellos que viven para la política, que la interpretan como vocación, que son económicamente independientes y dorados de un alto sentido de la moral. Si, por el contrario, la elite gobernante está formada por quienes viven de la política, quienes la hacen por oficio y para vivir, la tendencia es la de transformarla en una clase política cerrada que frena y obstaculiza la renovación y la circulación de las élites políticas.

La lucha entre las élites y la circulación de las mismas es la esencia de la historia, por ello, los levantamientos populares no tienen verdaderas consecuencias positivas para el pueblo. Sirven sólo para facilitar la caída de la vieja élite y el surgimiento de la nueva. Las élites usan a las clases inferiores, apelando a sus sentimientos, con el fin de conservar o tomar el poder. En realidad la lucha no se da entre una aristocracia y el pueblo, sino entre dos aristocracias que luchan por el poder.

Los líderes de la clase sometida dispuestos a emplear la fuerza pueden derribar a la clase gobernante si ésta no es capaz de asimilar o cooptar a la élite de la clase sometida. Toda élite cerrada, que no se renueva, es muy vulnerable e insegura. En cambio, cuanto mayor disposición tiene la clase gobernante a absorber a los elementos más capaces de la no élite, más segura será su dominación, pues de esta manera frustra la posibilidad de que los elementos talentosos de las masas se conviertan en líderes del pueblo dispuestos a usar la violencia.

Del mismo modo, la cerrazón y exclusión de una élite puede propiciar la autocracia, la cual debe evitarse en la medida de lo posible, ya que conduce al aislamiento de los dominadores y eventualmente a su caída. Mientras más cerrada a los individuos ambiciosos de las clases inferiores esté una élite, mayor es su vulnerabilidad y degeneración, ya que sólo en ellas puede reclutarse a los elementos vigorosos y enérgicos que la élite necesita para renovarse.

Wilfredo Pareto y la Sociología

Santiago Rivas

Tradicionalmente, el marxismo ha observado la sociología con ciertas reservas. Luckacs, por ejemplo, escribe: "El nacimiento de la sociología como disciplina independiente hace que el tratamiento del problema de la sociedad prescinda de su base económica... La función científica, en armonía con la general evolución económica y política, se convierte en una metodología y en una ideología hostil al progreso y por varios aspectos reaccionaria". Efectivamente, no en vano Luckacs, notorio marxista, heterodoxo a sus horas, advirtió que una ciencia tal como la sociología (ciencia del comportamiento humano en su totalidad) tenía un carácter global al comprender en sí a los elementos de otras ciencias, como la economía, la biología, otras ciencias de la naturaleza e incluso la misma filosofía. Por tanto, la sociología, por definición, huye de las prácticas dogmáticas y sectarias del economicismo marxista y tiene como única referencia la realidad. Como ciencia que es la sociología, no puede admitir tópicos indemostrables y, para sus análisis, desecha toda la mitología demoliberal sobre la "bondad humana", el igualitarismo, de la misma manera que desecha el determinismo marxista como ideología esclerotizada.

No es raro, partiendo de estas premisas, que de una forma u otra la sociología fuera coincidente con el fenómeno de los fascismos. Por lo menos una parte de esta ciencia le sirvió como base ideológica, mientras que otra era totalmente coincidente con él. Tampoco es raro que algunos de los sociólogos que coincidieran más directamente con el fenómeno del nacionalismo revolucionario fueran declarados "prohibidos" después del año 1945. Julien Freund, en su obra sobre Wilfredo Pareto, se extraña del incomprensible cerco de silencio que la ciencia oficial trazó a su entorno. Pero olvida que, si la historia no ha hecho homenaje a Pareto, no es por los principios que estableció sobre las élites, sino porque, siendo consecuente con sus teorías científicas, aceptó el cargo de

representante del gobierno fascista italiano en la Sociedad de Naciones. Los ejemplos podrían multiplicarse... Wernert Sombart fue "olvidado" tras explicar el nacimiento del capitalismo a través del análisis del pensamiento judío; Gaetano Mosca, enfrentado a las tesis igualitarias, maestro de Pareto y superador de las funciones de los partidos políticos con su noción de "clase política dirigente". Y un largo etcétera...

Gaetano Mosca... un ilustre desconocido... Murió en 1941, unos años después de que Pareto y sus sistemas pudieran fácilmente identificarse. En su libro "Elementos de la ciencia política", Mosca parte de la base de que las comunidades no pueden dirigirse, ni históricamente se han dirigido, ni por individuos aislados ni por colectivos abstractos e inorgánicos. En el primer caso (observemos el ejemplo del franquismo), el sistema político, si depende de un solo individuo, normalmente no le sobrevive: su duración no va más allá de la vida natural del fundador y líder. En el segundo caso, el poder carece de estabilidad, rigor e identidad, y del vacío de poder se puede pasar a la multiplicación de los centros de poder, de la misma forma que de la anarquía a la componenda circunstancial.

Es preciso que el poder y su administración sean administrados por una minoría especializada y cualificada: una clase política dirigente. Todos los períodos de esplendor histórico, si bien han tenido un protagonista prioritario –Cesar, Napoleón-, éste ha sido un integrante más, con la función de líder, de una pequeña minoría operante, verdadera levadura de las masas y auténtico polarizador y canalizador y orientador de las energías nacionales.

Mosca distingue dos tipos de clase política: aquella que él llama "abierta" y que identifica prácticamente con los regímenes democráticos (lo que Burnham asimilará al estado mayor de los partidos políticos), y la "cerrada" o aristocrática, cuyos ejemplos serían los estados orgánicos. Dado que toda aristocracia puede degenerar en oligarquía (principio que describió Platón a la perfección), el "regulador" para Mosca es un Estado en el que "los gobernados se hayan mejor protegidos contra la arbitrariedad, el capricho y la tiranía de los dirigentes". Mosca aparece aquí contagiado de algunos "tics" liberales: encuentra en la doctrina liberal de la unidad de poder y la división de funciones los contrapesos que aseguran la ecuanimidad y rectitud de los dirigentes. La teoría política de Maquiavelo, a pesar de sus interpretaciones populares, iba por el mismo camino, a modo de predecesor del liberalismo, una especie de liberalismo principesco y autoritario.

La noción de Mosca de clase política interesa en la medida en que, perfeccionada, adquiere una mayor coherencia y rigurosidad doctrinal con Wilfredo Pareto.

Pareto, de madre francesa, nació en Italia, aunque residió la práctica totalidad de su vida en Suiza. Hasta la mitad de ésta tuvo concepciones extremadamente liberales en el terreno económico, criticando cualquier tipo de ingerencia estatal en la vida económica. En realidad, las concepciones políticas de Pareto siempre fueron muy vagas y, en cualquier caso, habría que situarlas en el arco comúnmente aceptado como "de derechas". Se adhirió al fascismo no por fe revolucionaria sino, como escribió él mismo a su amigo Carlo Placci, porque el fascismo "es el único movimiento que puede salvar a Italia de males mayores". En muchos artículos

afirmó siempre que los valores más importantes que debían anteponerse a cualquiera otros eran la libertad, el orden, el respeto a las leyes y la propiedad privada.

Al igual que Mosca, su obra no es tan importante porque se defina bajo tal o cual etiqueta política, sino porque el análisis histórico que realiza sobre el Estado y el poder le llevan a una concepción objetivamente pragmática. Sus contribuciones principales son dos: la "teoría de la élite" y la "teoría sobre la circulación de las élites".

Pareto contrapone la noción de "élite" a la de clase social: las sociedades no están dirigidas por "clases sociales", sino por élites. Las élites (que, para evitar dudas, señala que son sinónimas de "pequeñas minorías) dan forma a las sociedades y las caracterizan según su voluntad: una sociedad, toda sociedad, es lo que son sus élites. El problema de la decadencia de una sociedad, por lo tanto, está íntimamente ligado al problema de la decadencia y degeneración de las élites gobernantes, políticas. Todas estas conclusiones y las que seguirán parten de un hecho fácilmente comprobable (si se nos permite decirlo, de una perogrullada): "Toda sociedad está dividida en dos capas: una capa superior, de la que forman habitualmente parte los gobernantes, y una capa inferior, naturalmente asociada a los gobernados". En su "Curso de Sociología" enlaza esta concepción con la noción de "jerarquía": "La sociedad se nos aparece como una masa heterogénea, jerárquicamente organizada. Esta jerarquía existe siempre, excepto en las poblaciones salvajes que viven en estado de dispersión". Y en su libro "Los sistemas socialistas", se muestra asimismo tajante: "Las sociedades humanas no pueden vivir sin una jerarquía".

Pero la noción de élite no viene siempre acompañada de una connotación positiva, como se podría pensar. De la misma forma que hay élites entre los delincuentes también las hay entre los militares. La noción de élite no tiene un carácter absoluto, y está presente en cualquier campo de la actividad humana, lo que acarrea la negación del igualitarismo demoliberal y la superación del estrecho concepto de Mosca sobre la legitimidad del gobierno: un gobierno es justo cuando su élite está colocada al servicio de la población, e injusto cuando antepone sus derechos particulares a la generalidad.

Si preguntásemos a Pareto qué ve en la historia y en su eterno devenir, nos contestaría que la historia de la humanidad es la historia de sus élites, luchando las unas contra las otras en una perpetua superación. Es lo que él llama la circulación de las élites.

"Se podría concebir una sociedad en la que la jerarquía fuera estable: pero esta sociedad no tendría absolutamente nada de real. En todas las sociedades humanas, incluso en las sociedades organizadas en castas, la jerarquía terminó por modificarse. La diferencia entre las sociedades consiste en esto: que este cambio pueda ser más o menos lento o rápido. El hecho, a menudo olvidado, es que las aristocracias desaparecen y que esto es la historia de nuestras sociedades. La historia de las sociedades humanas es, en gran parte, la historia de la sucesión de las "aristocracias" (Manual de Sociología).

En cierta forma, la "teoría de la circulación de las élites" es muy asimilable a la "doctrina de la degeneración de las castas" expuesta por Julius Evola en su famosa obra "Rebelión contra el mundo moderno". Difiere exclusivamente en su terminología y en el concepto general de la obra: lo que para Evola son las castas burguesa y proletaria, tiene para Pareto un carácter de élites degeneradas. Curiosamente, Pareto emplea un cierto simbolismo "tradicional" cuando distingue entre "leones" y "zorros": los "leones", cuando están al frente de la sociedad, anteponen cualquier prebenda al beneficio colectivo; los "zorros", por el contrario, buscan el lucro ante cualquier coyuntura. Hoy, la sociedad occidental está dirigida por "zorros", es decir, por las élites burguesas en decadencia. ¿Cuál es el signo inequívoco de que una élite está en decadencia? "Un signo que anuncia casi siempre la decadencia de una aristocracia es la invasión de sentimientos humanitarios y de una débil sensiblería que la convierte en incapaz de defender sus posiciones".

Thomas Molnar asimila varios conceptos expuestos por Pareto en "Los sistemas socialistas". Molnar no puede calificarse bien de sociólogo, aunque su texto más importante, "La Contrarrevolución", analiza, según el método sociológico, las características del fenómeno contrarrevolucionario desde 1789 hasta nuestros días, colocando en el mismo cajón de sastre a Tane y Mussolini, a Hitler y a Krause. Tampoco es historiador, ya que no tiende a exponer todos los avatares de la contrarrevolución, sino sus imbricaciones filosóficas y sociológicas. Mucho menos es político ni politólogo, ya que, si hace causa común con todos los conservadores del mundo (participó en el Congreso Internacional para la Defensa de la Cultura, organizado por el profesor Armando Plebe), no ambicionó cargos ni efectuó tareas de propaganda al servicio de ningún partido en concreto. Lo llamaremos, para entendernos, "el filósofo de la contrarrevolución".

Molnar analiza todos los procesos revolucionarios que se han sucedido desde 1789 hasta nuestros días y extrae una única conclusión: la eclosión revolucionaria se ha producido no en el momento en que el régimen anterior mantenía posiciones odiosas y francamente dictatoriales, sino cuando daba muestras de mayor liberalidad y condescendencia para con los revolucionarios. Luis XVI, por ejemplo, al igual que Nicolás II, concedió grandes beneficios a las fuerzas revolucionarias, incluso se negó a exterminar a la subversión con todas sus fuerzas. Se dice que cuando los revoltosos se aproximaban a Versalles, algunos consejeros alarmados preguntaron a Luis XVI si debían disparar para dispersar a la multitud; el rey dio su negativa aduciendo que se produciría una carnicería (el joven teniente Bonaparte, que se encontraba muy cerca, no dudo en musitar: "¡Qué imbécil!"). Nicolás II concedió a la Duma y le otorgó amplios poderes representativos. Los gobiernos personalistas de Franco y Salazar sucumbieron en el momento en que empezaron a hacer concesiones: unas concesiones que fueron dadas como muestras de fortaleza cuando en realidad eran signos de debilidad, pues conquistada una posición nada hace pensar en su estancamiento hacia la inmediata superior. Esto es una muestra por parte de los gobiernos de que carecen de fe en su propia misión: ni Nicolás II creía en el carácter divino de su monarquía ni Franco estuvo convencido nunca de su pretendida "democracia orgánica"; tampoco las élites directoras que se encontraban a su entorno tenían excesiva fe en el futuro, y muchas veces se preguntaron si no tendrían razón los "revolucionarios": el momento en que la

"republique des letters" se infiltró en el palacio de Versalles es perfectamente comparable a cuando Arias Navarro introdujo en los últimos gobiernos de Franco a los personajes encargados de conducir la "transición": las élites políticas estaban degeneradas, carentes de fe en su propia misión.

Molnar expresaba el criterio de Pareto: "Toda élite que no está dispuesta a librar una batalla para defender sus posiciones, está en plena decadencia, no le queda sino dejar su lugar a una nueva élite cuyas cualidades estén más marcadas. Sueña cuando imagina que los principios humanitarios que ha proclamado le serán aplicados: los vencedores harán resonar en sus oídos el implacable "Vae victis". La cuchilla de la guillotina se preparó a la sombra cuando al fin del siglo XVIII las clases dirigentes francesas empezaron a desarrollar su "sensibilidad".

Molnar y Pareto coinciden en observar que el principio del fin de un gobierno se inicia cuando se castra todo espíritu de resistencia. "Las aristocracias no duran siempre. Cualquiera que sea su causa, es evidente que tras un cierto tiempo desaparecen. La historia es un cementerio de aristocracias". Mussolini conocía perfectamente los textos de Pareto y era consciente de sus tesis; cuando afirmó, en 1936, que "el deber de todo régimen es durar", era asimismo consciente de que su poder personal no podría eternizarse: el Partido Fascista fue concebido desde sus orígenes como la clase dirigente de recambio o, si lo preferimos, como la nueva élite. Un periodista del primer semanario de Falange Española, "FE", comentando el discurso de Mussolini, anotó: "¿Quién sucederá a Mussolini? El partido sucederá a Mussolini, el partido se encargará de la renovación de las élites dirigentes". El Partido Fascista estaba concebido de tal manera que la renovación de las élites no supusiera una liquidación del sistema. Por otra parte, la renovación de las élites llevaba consigo la perpetua tensión en el interior del movimiento: ni un momento de respiro, ni un momento de relajación... las jerarquías no son estáticas, sino dinámicas en todo el movimiento fascista, pues es la lucha diaria, constante, la que promueve las jerarquías.

Jules Monnerot es conocido especialmente por su libro "Sociología del comunismo", texto que Simone de Beauvoir calificó como "biblia del anticomunismo", no sin cierta razón. El libro, actualmente anticuado tanto a nivel político como a nivel ideológico, intenta demostrar que el comunismo es el "Islam del siglo XX", que aparece en un momento de quiebra de las oligarquías burguesas (de la misma manera que el Islam arrastró en su formidable expansión a los estados débiles e interiormente divididos, como el reino visigodo) para instaurar el profetismo de una nueva religión de la técnica y de la dialéctica. La más importante afirmación de Monnerot es que "la empresa comunista es ante todo una empresa religiosa (...) El comunismo se presenta a la vez como religión secular y como estado universal. Religión secular que drena los sentimientos, organiza y hace eficaces los impulsos que rebelan a los hombres contra las sociedades en las que han nacido, acelera ese estado de separación de sí mismas y de escisión de una parte de sus fuerzas vivas, precipita los ritmos de disolución y de destrucción". Dejando aparte que el libro de Monnerot sea un producto de la guerra fría, existe en él un trasfondo de veracidad que hace su lectura aconsejable todavía hoy, no solo porque demuestra que el natural instinto religioso del hombre ha sido aprovechado (como

el luchador de akido aprovecha las fuerzas del adversario para vencerle) en beneficio del marxismo, sino porque investiga los mecanismos de los que se vale la subversión para lograr sus fines.

Monnerot enlaza con Pareto en su análisis sobre el motor material de la subversión: la élite dirigente marxista, el "apparatchik" (el hombre del aparato, en la jerarquía orgánica comunista), el partido comunista y la internacional. Coincide asimismo con Thomas Molnar en la impotencia de los "contrarrevolucionarios" mientras no asimilen las técnicas modernas de propaganda y manipulación de masas, mientras no sean conscientes de que su victoria solamente es posible mediante planteamientos coherentes de carácter global. También coincide, junto a Max Weber, en la importancia de los "jefes carismáticos".

Max Weber fue llamado por algunos "el Maquiavelo alemán"; su amplia obra sociológica, política y filosófica excede con mucho el marco de posibilidades de este trabajo y merece un ulterior trato aparte. Weber, poco antes de la subida al poder del Partido Nacional Socialista, expuso la teoría de que en una sociedad burocratizada y que progresivamente iría llegando a estadios técnicos más elevados, lo que implica un aumento constante de la burocracia, el poder debe estar en manos capacitadas (una élite directora) y a la vez en contacto con las masas, contacto necesario para evitar la anulación del individuo en lo anónimo e impersonal. Ese contacto debe estar asegurado por los "jefes carismáticos" que sepan no solo ganar la adhesión y la simpatía del pueblo, sino también interpretar sus deseos e instruir nuevas directrices. La burocracia no basta para lograr estos cometidos que no solo son generacionales, sino también éticos y morales.

Otros dos sociólogos, Robert Michels y James Burham, completan el cuadro de observaciones sociológicas sobre las élites, la clase política dirigente y la realidad social. Para Michels, por ejemplo, el fenómeno capital del siglo XX es la tendencia de las sociedades hacia el bonapartismo. El término "bonapartismo" evoca la figura de Napoleón I, personalidad en la cual es indispensable distinguir su aspecto político del militar. El segundo es incuestionable: fue un genio en la maniobrabilidad de los ejércitos. El primero tiene otro significado: la burguesía nacida de la Revolución Francesa, a fin de salir del sangriento marasmo en que le había sumido las disputas entre los partidos y las sectas, resueltas todas con la guillotina, entregó el poder a un dictador al cual confió sus destinos. La misma imagen se ha repetido a lo largo de los siglos en diferentes ocasiones. La tendencia al bonapartismo enlaza con el "jefe carismático" de Max Weber y con la "clase política dirigente" de Pareto. Todas estas ideas se complementan entre sí.

Michels, sin embargo, va más lejos. En su libro "Ensayo sobre las tendencias oligárquicas de la democracia" se dedica a destruir los mitos democráticos: el poder no reside en el pueblo, ya que "cuando se produce un conflicto entre dirigentes y dirigidos (las masas), los primeros resultan siempre victoriosos si saben permanecer unidos, si no ofrecen fisuras" . La "ley de broce de las oligarquías" puede formularse en el siguiente parágrafo: "los pueblos tienen tendencia a dejarse dominar (basta ojear las obras de Gustav Le Bon sobre la psicología de masas para darse cuenta de ello) en momentos de crisis por una minoría de especialistas". En otra obra posterior, "Sociología del partido político en la democracia moderna",

Michels es todavía más duro al juzgar el régimen democrático: aun suponiendo que el hombre fuera igual en capacidad a sus semejantes, aun suponiendo un mismo nivel de conocimientos, los medios de información de masas y la manipulación de los canales mediáticos por los partidos políticos condicionarían hasta tal punto cualquier elección democrática que ésta carecería de valor real.

James Burham, otro de los "maquiavélicos", considera la marcha hacia el bonapartismo como una tendencia natural de los tiempos de la modernidad. Es más, considera que ciertas formas de bonapartismo son la consecuencia extrema del régimen liberal, coincidiendo sorprendentemente con Evola. En efecto, el bonapartismo siempre actúa "en nombre del pueblo" y "por voluntad de la nación", fórmulas semejantes a los juramentos democráticos y al espíritu de la declaración de independencia de los Estados Unidos de América, primer texto político de carácter democrático-moderno. Debemos retener esta tendencia como normal, lo cual no quiere decir que sea, en sí, positiva o negativa; es positiva en tanto está dirigida conscientemente al servicio de una ética y de una moral y asume una tradición occidental; es negativa, por el contrario, cuando se convierte en un mero formalismo o excusa por el cual una oligarquía económica tiende a conservar y retener el poder. Burham no fue el primero en advertir que el capitalismo está llamado a desaparecer y que el socialismo no está capacitado para reemplazarlo, al tener objetivamente sus mismos fines y ser su evolución la misma. Pero sí ha sido el primero en advertir que el poder corresponde, en cualquier Estado moderno, cada vez más, a una nueva clase política dirigente: los técnicos ("En la sociedad directorial la soberanía está localizada en las oficinas administrativas"). Asimismo advierte las tendencias sinárquicas de los tecnócratas ("Los problemas de los técnicos y de los managers son los mismos en cualquier latitud, están hechos para entenderse, mientras que los políticos están hechos para pelearse") y la tendencia general a hacer depender cada vez más la política de la economía. Las tendencias internacionales confirman esta hipótesis de manera rotunda, de manera que no podemos hablar ya de una hipótesis, sino de una constatación.

La tecnocracia representa en la actualidad una clase política dirigente privada de cualquier norma ideológica que no sea la efectividad y la producción a todo riesgo. Una clase que domina el planeta, más allá de las esferas de la influencia política; una casta que puede considerarse una caricatura de la casta sacerdotal: los nuevos sacerdotes de la técnica, descomprometidos y egoístas con la realidad social, dominan el mundo de hoy...

Con Pareto y Burham, y con toda la tendencia sociológica, hemos recorrido la temática central de la resistencia de lo político ante lo económico. Hemos llegado, otra vez, a la identidad entre el capitalismo y el socialismo marxista, a su lógica correlación de fines últimos.

Actualidad de Wilfredo Pareto

¿debe el ejército llevar el fusil o el rosario?

Julius Evola

Aun prescindiendo de su sistema sociológico, cuya validez puede ser objetable desde muchos puntos de vista, Wilfredo Pareto es un autor que siempre es leído y releído con placer, además por su estilo claro y vivaz, por un anticonformismo, un valeroso amor por la verdad y por una insufribilidad hacia las ideologías, los mitos y las mentiras de aquel mundo burgués pre-fascista existente en la época en la cual él había concebido sus obras principales. Tal mundo es el que hoy en día ha resucitado, pero de manera más virulenta, por lo cual muchas de las consideraciones de Pareto mantienen un carácter de sorprendente actualidad.

Aparte de su aversión congénita hacia todo tipo de democracia, en el campo de la sociología positiva Pareto ha hecho una importante contribución al principio antidemocrático al demostrar la ley de la "circulación de las élites", cuya validez es cada vez más notoria. Es decir que Pareto ha acertado en sostener que en cualquier tipo de sociedad el fenómeno de la existencia de una élite, de una minoría que domina, es una cosa constante. Así pues una jerarquía en mayor o menor medida elaborada representa un dato sociológico siempre presente, aun en los casos en los cuales la misma es negada de palabra. Lo que sucede es que las élites pueden modificarse, que grupos sociales diferentes, pueden, "circulando", sustituirse el uno al otro y eventualmente desplazarse entre sí, justamente en su acción formativa de una élite. Pareto se ha limitado a demostrar el fenómeno estructural sociológico de carácter general de la élite; él no ha desarrollado una filosofía de la historia para descubrir cuáles cualidades de élite se han sucedido en el transcurso de los tiempos conocidos por nosotros. Desde el punto de vista tradicional, es dable constatar un proceso de regresión que en nuestros días está alcanzando un límite.

Pareto no ahorra dardos cuando hace frente a los mitos de las que él denomina como "las religiones laicas del mundo burgués", que se han sustituido a las verdades y valores de otros tiempos: Humanidad, Democracia, Progreso, Libertad, Voluntad del Pueblo, Igualdad, moralismo puritano, etc. Todas estas palabras escritas habitualmente con mayúscula, del mismo modo como antes se escribía tan sólo el nombre de Dios, y objeto todas de un nuevo culto y de un nuevo fanatismo. Será interesante recordar algunos pasajes de su obra principal, Tratado de sociología general.

Comencemos con el igualitarismo. Objetivamente toda igualdad es un absurdo. Pareto dice que si en algún momento los sentimientos de igualdad pueden alcanzar algún impulso, ello se debe al hecho de que los mismos no tienen nada que ver con la verdadera igualdad, puesto que se refieren no

"a un valor abstracto, como todavía creen ciertos ingenuos intelectuales, sino a los intereses directos de personas que quieren sustraerse a desigualdades que les resultan contrarias e instituir nuevas que les sean favorables, siendo para éstas la meta principal".

En otras palabras, toda ideología igualitaria es tan sólo un instrumento, usado hipócritamente para una finalidad destructiva. Luego de un análogo análisis efectuado por Tácito, también Vico había notado cómo se exalta y enarbola la igualdad primero para destituir a los superiores, luego para mancomunarse a éstos y finalmente para ponerlos por debajo de los que son inferiores, instituyendo así nuevas desigualdades con una jerarquía al revés. Refiriéndose a Esparta, a las antiguas estirpes nórdicas y también a Inglaterra, Pareto recuerda que como efectivamente "iguales" o "pares" (en griego omoioi) valieron de hecho tan sólo los miembros de una aristocracia sumamente restringida a los cuales se les imponía la estricta observancia de difíciles y rigurosos deberes de casta. Nada de esto es pues lo que corresponde al igualitarismo nivelador de nuestros días.



Además Pareto ataca la interpretación difamatoria del régimen feudal, presentado por al historiografía "progresista" como un régimen de violencia y de atropellos. Él escribe:

"Es una cosa absurda representarse a la antigua feudalidad de Europa como una cosa impuesta exclusivamente a través de la fuerza; en cambio se mantenía en parte por sentimientos de recíproco afecto los cuales se observaron también en otros países, en donde existía la feudalidad, como por ejemplo en Japón... De manera general, ello se verifica en todos los ordenamientos sociales en donde existe una jerarquía, la cual, tan sólo cuando está por desaparecer y para dar lugar a otra cesa de ser espontánea, para ser impuesta exclusivamente y de manera predominante, a través de la fuerza".

Pareto recuerda justamente el papel que en los sistemas tradicionales tiene el principio de la "fidelidad", concebida en términos tales por lo que jurarla equivalía a

un sacramento, convirtiendo en "mártires a aquellos que sacrificaban la propia vida para mantenerla y malditos en cambio a aquellos que la violaban". Varias citas interesantes son hechas a tal respecto.

El realismo de Pareto resulta del siguiente pasaje :

"Todos los gobiernos usan la fuerza y todos sostienen tener un fundamento en la razón. En los hechos, con o sin sufragio universal, es siempre una oligarquía la que gobierna y la que sabe dar a la "voluntad del pueblo" la expresión que ella desea... desde los votos de la mayoría de una asamblea elegida de manera variada, hasta el plebiscito que dio el imperio a Napoleón III y así sucesivamente, para terminar con el sufragio universal sabiamente conducido, comprado y manipulado por nuestros politiqueros. ¿Quién es este nuevo dios que tiene por nombre el de "sufragio universal"? No se encuentra mejor definido, ni es menos misterioso, menos afuera de la realidad que las cosas referentes a tantas otras divinidades: ni tampoco faltan en su teología, como en las otras, tantas contradicciones patentes".

Con respecto a las nuevas hipocresías, afirma Pareto:

"En los tiempos bárbaros un pueblo llevaba la guerra a otro, saqueaba sus tierras, sustraía sus dineros, sin tantos discursos; en nuestros tiempos en cambio esto se lo sigue haciendo, pero se dice actuar en nombre de los "vitales intereses" y ello sería un inmenso progreso".

De una manera no muy distinta se echa mano a los ideales, a los valores morales, al "derecho" a fin de enmascarar los verdaderos fines. Se cita el caso de la guerra de los Boxers en China a comienzos del siglo XX, la que en realidad fue combatida por los europeos para imponer el comercio del opio. Por lo tanto no hay duda respecto del modo en el cual Pareto habría juzgado los casos más recientes y notorios: la etiqueta de "Cruzada europea", aplicada por los Norteamericanos (y propiamente por parte de Eisenhower) a su intervención en la segunda guerra mundial, y la macabra farsa del proceso de Nüremberg celebrado en nombre de la "humanidad" y de la "civilización". ¡Cómo era mejor la cruda franqueza de quien se limitaba a declarar: Vae victis? (1)!

Pareto se indigna cuando escucha hablar de la llamada "voluntad popular" y pone de relieve la adulación demagógica del "pueblo". En otros tiempos, él dice, por ejemplo, incluso los reyes podían ser duramente atacados por su misma nobleza o por los papas,

"mientras que hoy nadie tiene el valor suficiente como para reprender al "pueblo" y menos que menos el de resistírsele abiertamente; lo cual no obsta de que lo engatusen, lo engañen, lo exploten como ya en otra época los sicofantes y los demagogos explotaban al demos de Atenas."

Es obvio que esto puede valer en aun mayor medida en relación al más reciente y sacrosanto tabú constituido por la "clase obrera".

Pareto resalta también que la proclamada "libertad de pensamiento" de los "tiempos del Progreso" es comprendida en modo tal de que se la reivindica para sí y se la niega en cambio a los adversarios. Ello no tan sólo en el plano social, sino también en el religioso: los ortodoxos y tradicionalistas, en nombre de tal libertad,

deberían tolerar a los herejes y revolucionarios, pero éstos no piensan para nada en reconocerles a los primeros la libertad de pensar como quieren y de defender la propia tradición: para ellos éstos carecerían de tal derecho, puesto que son unos "oscurantistas". Y de una intolerancia puede hablarse en lo que se refiere a la misma "libre democracia"; se observa que pocas sociedades son tan fanáticas como las que proclaman justamente la libertad (véase el caso de los Estados Unidos). Se podría agregar el caso de más recientes acontecimientos en los cuales la "libertad" ha sido impuesta a pueblos que no la reclamaron para nada (2). Resulta superfluo recordar luego todas las intrigas e intervenciones armadas de las potencias comunistas para "liberar" a otras naciones. Del mismo modo que en un nuevo maniqueísmo, a la democracia se le asocian el humanitarismo y el pacifismo a la manera de ángeles de la luz que combaten y se oponen a entidades denominadas retrógradas y que salvan y defienden a la mísera humanidad de las insidias de éstas.

Respecto de las ideas humanitarias, Pareto resalta que el influjo que pueden tener en las personas representa una señal de debilitamiento del impulso que tiende a la conservación del individuo, de la sociedad y del Estado.

"Los charlatanes se creen que sus declaraciones puedan ser sustituidas por los sentimientos que mantienen el equilibrio social y político".

Por lo cual Pareto afirmó siempre la necesidad de un Estado fuerte, del Estado que actúa sobre el plano de las realidades y no de ficciones cuyo subsuelo verdadero nunca parece. En consecuencia, él reconoció el significado que tuvo el Estado prusiano y no pudo no simpatizar con el fascismo.

Sobre tal línea él combatió el mito anti-alemán y el de una falsificada "latinidad". En contra de aquellos católicos sectarios que quieren ver en el catolicismo latino el principio de todo orden y de toda disciplina y en el protestantismo en cambio la matriz de toda anarquía (con tales antítesis se deleitaron más tarde por ejemplo Guido Manacorda y Francisco Orestano en el mismo período fascista), Pareto resaltaba (#1856) que, si bien Italia sea católica, "los sentimientos de disciplina son menos poderosos que en Prusia"; así como reconocía que en Alemania regían impulsos sumamente más concretos y eficaces, es decir que "la fe monárquica, el espíritu militar, la sumisión a la autoridad eran muy débiles en Italia".

Justamente en relación a la actitud que predominaba en Alemania, Pareto hace observaciones que hoy en día en Italia se deberían compartir plenamente:

"Se pretende que si las fuerzas revolucionarias o aun tan sólo populares chocan contra las fuerzas del orden las primeras tengan cualquier derecho y las segundas en cambio solo posean deberes, principalmente el deber de soportar todo antes de hacer uso de las armas: injurias, golpes, pedradas, todo es perdonado si es que viene del pueblo... mientras que la fuerza pública debería tener una paciencia inagotable, si es golpeada en una mejilla ella debería ofrecer la otra, los soldados (se refiere aquí a un período en el cual el ejército era empleado para combatir los desórdenes) deben ser santos ascetas; no se entiende por qué se le pone en sus manos un fusil o una daga en vez de un rosario del Santo Progreso".

Es decir que Pareto a la concepción democrática vigente en nuestros días contraponía la visión prusiana que todo Estado verdadero debería hacer propia, en el sentido de que "reaccionar en contra de los insultos y los golpes no sólo es concedido, sino impuesto a la fuerza pública; un oficial es deshonrado si se deja rozar impunemente por el más leve de los golpes".

Pareto también fue un anticonformista en el dominio de la moral sexual. Él escribió una pequeña obra que saliera primeramente en francés, Le virtuisme, en la cual estigmatizaba al puritanismo sexófobo, que no es sino la contracara del pansexualismo de nuestros días. Él puso de relieve que el moderno "virtuismo" sexual no encuentra su equivalente en ninguna gran civilización del pasado. Roma antigua lo ignoró, pues puso en primer plano la dignidad y la medida. Pareto relata dos ejemplos referidos al famoso Catón el censor. Éste estaba presente en las Floralia, fiesta romana en la cual en el escenario en un determinado momento una joven tiene que ser totalmente desvestida. El director del espectáculo, al darse cuenta de la presencia de Catón entre el público, dudaba si ofrecer tal escena. Entonces Catón se retiró, para no privar al público de una diversión. Otra vez Catón vio a un joven discípulo salir de un prostíbulo. No le dijo nada. Tan sólo cuando ello se repitió otras veces le dijo que no había nada malo en tales visitas, pero que él no debía confundir el prostíbulo con su habitación.

He aquí una graciosa reflexión de Pareto:

"¿Si se tiene la manía de proteger, por qué ocuparse tan sólo de la seducción de las mujeres y descuidar la de los hombres? ¿Por qué no se inventa alguna otra expresión, como la de "trata de blancas" que valga también para los "blancos"?".

Y también:

"Entre los dogmas de la actual religión sexual (el "virtuísmo" burgués) se encuentra aquel de que la prostitución es un "mal absoluto" que no se discute... de la misma manera que no se discute un dogma religioso; pero bajo el aspecto experimental queda por saber si la prostitución es, o no es, el oficio que mejor se vincula con la índole de ciertas mujeres, a las cuales, más que cualquier otro oficio que podría encarar, le resulta grato, y si es o no es, dentro de ciertos límites, útil a toda la sociedad".

Y él pone de relieve el carácter "honesto" de la prostitución de la mujer, la cual en el fondo comercia con lo que le pertenece, su cuerpo, con respecto a la prostitución que debe denunciarse en tantos hombres públicos de hoy en día que comercian indignamente con los bienes colectivos y de otros, traicionando la confianza obtenida a través de la seducción de las masas....

NOTAS:

1- "¡Hay de los vencidos!" Tal expresión fue usada por lo galos vencedores de Roma en ocasión de una protesta del cónsul romano vencido en razón de que la balanza con la que pesaba el vencedor el botín a pagar estaba excedida.

2- Las recientes invasiones a Afganistán y a Irak así lo atestiguan en manera cada vez más clara y contundente.

La clase política en Gaetano Mosca

Francesco Leoni

El nacimiento de la moderna «ciencia política» italiana tiene su origen con la *Teórica dei governi e governo parlamentare* de Gaetano Mosca, que lleva fecha de 1882-1883.

El examen de esta primera obra (la *Teórica dei governi...)* requiere unas palabras preliminares sobre las condiciones políticas de la Italia de aquella época, antes que sobre las influencias culturales.

Fue escrita en los años 1882-1883 y por aquel entonces la unidad del país era un hecho reciente: la guerra antiaustríaca y las revoluciones de 1859-1860 llevarían al Piamonte a constituir el Reino de Italia, pero del que quedaban excluidos el Véneto, Roma y los territorios limítrofes. El Véneto será arrebatado a Austria con la guerra de 1866 y hasta el año 1870 Roma y los últimos territorios papales no entraron a formar parte del Reino de Italia.

Así pues, desde 1870 Italia era solamente una unidad territorial (si bien permanecían aún fuera Trento y Trieste).

En los doce años que van desde la unificación a la fecha de inicio de la *Teórica* se habían puesto de manifiesto notables dificultades causadas por la falta de una efectiva fusión nacional y por la imposibilidad de gobernar masas de pueblos con tradiciones centenarias diferentes, pobres, ignorantes y totalmente desacostumbrados a la libertad, en todos sus aspectos.

La exigua y heterogénea clase dirigente, cuyo núcleo fundamental todavía era piamontés, sufría considerablemente en la iniciativa.

En los primeros años después de la unificación, la derecha, siguiendo las doctrinas de Cavour, conseguiría mantener el poder y concluir con el gran esfuerzo del reordenamiento administrativo y financiero. Pero fue debilitándose, hasta que en el año 1876 el gabinete de Minghetti, último jefe de la derecha, se vio obligado a dimitir y De Pretis, líder de la izquierda, formó el nuevo ministerio. Este traspaso fue considerado por muchos como una especie de revolución.

Sin embargo, no solamente el programa y la política del nuevo ministerio continuaron la antigua vía, sino que, además, desde entonces comenzó el fenómeno del «transformismo», haciendo desaparecer de hecho las diferencias entre la derecha y la izquierda. Y se desarrolló el fenómeno que, como veremos, será el centro de atención de Gaetano Mosca, por el que cualquier diputado parecía preocupado exclusivamente de sus «clientelas», las cuales, de hecho, lo condicionaban fuertemente y a través de él condicionaban el gobierno.

Se malogró de esta forma la posibilidad de un verdadero «liderazgo» en el país, y ello pareció aún más grave debido a que, además de la cuantía y gravedad de los problemas de la joven Italia, vendría a añadirse la formación de un proletariado urbano-industrial.

Ante esta situación, muchos se preocupaban y buscaban remedios; la crítica a quien gobernaba surgía de diversos sitios.

Tal vez fue Mosca el primero en desarrollar una crítica que iba, sin duda, más allá de lo contingente, para pasar a atacar las instituciones democrático-parlamentarias y al mismo principio de soberanía popular sobre el que se fundaban.

Y sobre todo que después de él, en efecto, esta crítica a fondo se convierte en relativamente común en Italia y sin duda contribuyó a dar paso a los numerosos atentados a las instituciones y, finalmente, al propio fascismo.

En relación con las influencias culturales, bastará con recordar dos puntos.

En primer lugar Mosca, como él mismo sacó después a la luz, especialmente en los *Elementi di scienza política*, era sobre todo un estudioso de la historia y como tal, había leído y admirado al historiador Taine, en cuya obra la idea de una minoría dominante sobre la mayoría, como una realidad histórica externa, figuraba ya (esta influencia quizá fue la más relevante para su doctrina).

Y además, Mosca refleja el positivismo que impregnaba la cultura de entonces y su metodología, si bien toscamente esbozada, revela de inmediato esta influencia predominante.

De la *Teórica dei governi,* la parte considerada más importante, también por el Mosca maduro, es la teórica, que constituye el primer capítulo. En él, Mosca hace,

lo primero de todo, un preámbulo metodológico del gusto positivista, que repetirá sustancialmente en sus obras más maduras.

Observa el retraso en la evolución de la sociología con respecto a las ciencias naturales, y lo atribuye a la mayor cantidad de observaciones investigadas, a la imposibilidad de proceder a experimentos, a la dificultad de reunir suficientes documentos históricos para el pasado y a la existencia de prejuicios transmitidos de generación en generación.

No obstante, y según Mosca, el proceso de la ciencia histórica en los últimos decenios había puesto a disposición tantos y tan variados «materiales» científicos, que era ya imposible comenzar a desarrollar una ciencia auténtica y propia en el campo social.

Con ello, Mosca se presenta abiertamente como sociólogo de orientación positivista que desea trabajar esencialmente con el método histórico-comparativo.

Así, en la *Teórica* el joven estudioso palermitano enuncia, si bien de manera aún embrionaria respecto a los *Elementi,* las dos teorías fundamentales relativas a la existencia y al funcionamiento de la «clase política» y de la «fórmula política».

La teoría de la «clase política» postula la existencia, en el seno de cualquier tipo de organización social, de una minoría «organizada» que detenta el poder en los centros de decisión efectivos. La «fórmula política» consiste en el conjunto de ideologías, creencias y mitos que la clase política «produce», basados en una cultura político-social, para justificar su dominio sobre el resto de la sociedad.

La metodología de la ciencia política está identificada en la comparación interdisciplinaria de las ciencias humanas, esto es, en la historiografía entendida, a la manera de Spencer, como «sociología comparada». «Clase política», «fórmula política» y «comparación interdisciplinaria de las ciencias humanas» son los tres fundamentos de la ciencia política de Mosca, pero sobre todos ellos prevalece, como clave interpretativa, la teoría de la clase política. Desde finales de 1884, efectivamente, Mosca subrayaba que «no se debe olvidar nunca que no es la fórmula política la que determina el modo de formación de la clase política, sino al contrario: es ésta la que adopta siempre la fórmula que más le conviene».

Con el cambio social se relaciona también la «fórmula política», y por esto es importante, igualmente, para el orden social. La fórmula política corresponde, dice el mismo Mosca, al principio de soberanía de los juristas. En efecto, la fórmula política es una justificación del poder de hecho en términos abstractos que la minoría necesita para conseguir la obediencia de las masas. Una invención de la minoría (como escribe Meisel) a la necesidad de las masas de «ser engañadas», pero que, así considerado, tiene sólo el efecto de dejar hacer «la buena acción para un fin equivocado», porque el poder de la minoría está fundado en una superioridad real.

Escribe Mosca: «Cualquier clase política, de cualquier forma constituida, no confiesa nunca que ella manda por la sencilla razón de que está compuesta por

unos elementos que son... los más aptos para gobernar, sino que encuentra siempre la justificación de su poder en un principio abstracto, en una fórmula (que nosotros llamaremos la fórmula política) que dice que todos los funcionarios reciben su autoridad del soberano, el cual, a su vez, la recibe de Dios; eso es hacer uso de una fórmula política. La otra creencia, que todos los poderes tienen su base en la voluntad popular, es otra fórmula.»

Es aquí, precisamente, donde se expone de manera evidente el ataque de Mosca al sistema democrático-parlamentario. Mosca prosigue: «Como ella es un hecho constante, nos lleva a decir que corresponde a una verdadera necesidad de la naturaleza humana. Parece que sea intrínseco del carácter humano el querer creer que se somete antes a un principio abstracto que a una persona, la cual manda porque tiene el hábito.»

Para nuestros fines, es oportuno destacar que en realidad la mayoría tiene necesidad de esos principios «abstractos», o parecen asegurar que las órdenes no lo son en interés de uno o de unos pocos, sino en el interés. Y, por otro lado, estos principios abarcan no sólo una superioridad real, sino que también, según las motivaciones otorgadas por el autor a la clase dirigente, desea el poder por sí mismo y por los privilegios que van unidos, o sea, cubren y promueven precisamente los intereses de pocos en contra de los muchos que deben obedecer.

La fórmula política es importante, asimismo, por otras razones. Mosca considera estas fórmulas políticas como un auténtico velo, lanzado fríamente o por cálculo nacional sobre la realidad, sin profundas raíces morales o intelectuales en los grupos nuevos y viejos de la clase dirigente. La clase política «siempre adopta la fórmula que más le conviene».

Pero él reconoce igualmente, y quizá haya una pequeña contradicción, que hay siempre una relación entre la fórmula y la composición de la clase política; por ello, aquélla cambiará con el cambio de esta última. Y de aquí la utilidad científica de la fórmula que nos revela y nos permite explicar el cambio social.

La clase política, dice Mosca, siempre da «una base moral y también legal» a su poder, conectándolo con «doctrinas y creencias generalmente reconocidas y aceptadas». He aquí la «fórmula política». Raras veces dos fórmulas son idénticas; al contrario, sólo entre fórmulas de pueblos del mismo «tipo social» hay una fuerte afinidad. En la base de la fórmula pueden existir, repite Mosca en la *Teórica,* creencias sobrenaturales o «conceptos racionales», que siempre corresponden a la necesidad de no ceder sólo a la fuerza, sino a un «principio moral».

El concepto, ya mencionado, de «tipo social» nos introduce en la parte nueva de la *Teórica.* Mosca afirma que «la humanidad se divide en grupos sociales», o «tipos sociales», sobre la base de una lengua, religión, intereses; sencillamente, experiencias comunes. De particular importancia son las religiones universales, que

dan a la gente una impronta lo bastante potente como para formar los «tipos sociales» más relevantes de la historia.

Surge el problema de la relación entre tipos sociales y organismos políticos. Mosca nos dice que un organismo político cuya población sigue una religión universal debe «tener una base jurídica y moral sobre la cual se apoye su clase política». En cierto modo, se trata de dos cultos, uno al lado del otro. Si los sentimientos, las tradiciones, los intereses en los cuales se basa el organismo político, y que la clase política administra e interpreta, no están bien diferenciados y asentados, la religión tiene todas las ventajas. «El Estado acaba entonces convirtiéndose en pelele de algunas de las religiones o doctrinas universales, por ejemplo, del catolicismo o de la democracia social».

Posteriormente, Mosca desarrolla una parte de su discurso sobre el tipo social. Y entre las posibilidades que examina se encuentra aquella en la que, dentro de un organismo político, residen dos tipos sociales. En este caso, la clase dominante proviene normalmente de uno de los dos, pero el tipo subordinado tiene entonces su clase dirigente. (Con ello se entiende una subélite, como, por ejemplo, la existente entre los negros en algunos Estados donde predominan los blancos, o mejor, una clase dominante manejada por los blancos.)

En realidad conviven dos tipos sociales ya que, o la clase política se funda sobre una fórmula no admitida por la mayoría, o bien entre la clase política y la mayoría de la población hay diferencia «de costumbres, de cultura, de hábitos».

De este modo, Mosca se ve obligado a reconocer la importancia del consenso: «La mayor o menor unión moral entre todas las clases sociales explica la fuerza o la debilidad que en ciertos momentos muestran algunos organismos políticos.» Esta diferenciación interna, dice Mosca, es típica de las «sociedades burocratizadas», probablemente porque introducen el elemento de impersonalidad en las relaciones entre gobernantes y gobernados: «Pero a menudo sucede que la burocratización se ve acompañada de un cierto grado de exclusión por parte de la minoría dominante, creándose una potencialidad notable de conflictos internos.»

De cualquier modo, es únicamente un aspecto del problema. Mosca observa justamente que el peligro interno puede asociarse con el peligro externo. ¿Qué sucederá entonces? Nuestro autor es, en cierta manera, optimista. Cree que las clases harían frente común, dentro del mismo organismo político, si el choque fuese con otro tipo social fundado en otra raza o religión.

Esta diferenciación puede ser aprovechada por «una fracción de la clase política», que se apoyará en la plebe descontenta, o bien puede ser importante sólo para el cambio interno dentro de la misma clase política, en los puestos de gobierno. O sea, «se forma en medio de la plebe otra clase dirigente» que puede competir con aquélla en el desempeño del poder. Se forma, como él dice, «un Estado dentro del Estado».

Mosca es radicalmente pesimista sobre la suerte de una clase política que gobierna una Sociedad-Estado así dividida. Al no producirse el cambio, esto es, la adquisición de los mejores de la plebe, la clase política se empobrece y decae. Entre otras cosas, queda también «persuadida» del poder, y al primer choque violento, cae.

Mosca, entonces, introduce un nuevo concepto, el de «defensa jurídica». Este concepto es muy importante, porque permite desarrollar un discurso orgánico sobre los temas sociológicos fundamentales de la socialización y del control social. El punto fundamental es, naturalmente, la explicación de la ordenada convivencia de los hombres en sociedad. Aquí, Mosca, antes de nada, nos habla de lo que se llama «sentido moral», o «ese conjunto de sentimientos» por los cuales la «tendencia natural» a actuar correctamente por sí mismos viene frenado por la «natural compasión» hacia los otros.

Sin una explicación profunda del hecho, Mosca nos dice que el sentido moral garantiza el respeto por las normas dadas de convivencia sólo para una restringida élite virtuosa. Pero a su lado hay una élite negra que, aparentemente, no siente esa «natural compasión» por los otros. Así, «tiene tendencias claramente reacias a toda disciplina social». Entre las dos élites está la inmensa mayoría de conciencias mediocres (la masa, diríamos nosotros), que, a lo que parece, pueden ser disciplinadas solamente gracias al «miedo al daño o al castigo».

Los mecanismos sociales que regulan esta disciplina del sentido moral forman eso que Mosca llamó la «defensa jurídica». «La disciplina del sentido moral —escribe, en efecto, Mosca— es confiada tanto a las religiones como a toda organización legislativa.» Por tanto, Mosca se limita a comparar el control de la religión, apoyado en la amenaza de sanciones ultraterrenales, con el control del Estado, sostenido por la amenaza de sanciones legales, y encuentra que este último es, de ordinario, más eficaz.

Esto le lleva a hablar de la «organización política»: un buen gobierno, dice, es lo más importante: puede y debe garantizar «incluso los derechos que comúnmente se entienden como privados, esto es, la tutela de la propiedad y de la vida».

E intentando definir este «buen gobierno», aparece preocupado, principalmente, de que haya una división real y un equilibrio de poderes. Pero la división de poderes no debe ser sobre el papel, como, según él, proponía Montesquieu. Cada «órgano político» debe representar una distinta «fuerza política». Y después enumera las condiciones varias de este equilibrio real: separación entre poder temporal y espiritual, entre poder económico y político, entre poder militar y político. Tampoco la riqueza debe concentrarse en manos de unos pocos frente a masas de desesperados.

Una vez más, Mosca señala que la existencia de una clase económicamente independiente y culta, como la *gentry,* es una de las condiciones ideales para el buen

gobierno que tiene en mente. Esta, en realidad, pertenece ya al pasado. Y no le queda a Mosca más que aferrarse a la común esperanza de nuevas fuerzas políticas procedentes de los nuevos estratos de cultura científica.

Por cuanto queda dicho, demuestra ya una actitud en principio favorable a la democracia liberal. En efecto, Mosca pasa a criticar doctrinas políticas similares a la suya y renueva la crítica del gobierno fundado sobre el sufragio universal, el cual permite la participación de un cierto número de «valores sociales» y la organización de muchas «fuerzas políticas», que los diputados deben tener en cuenta, porque la «discusión pública» consiste en un cierto control público sobre las asambleas electivas.

En definitiva, Mosca se nos muestra siempre más inspirado por los principios liberales, aun cuando es un elitista (un elitista liberal), en el sentido de que no cree en la democracia como progresiva participación de las masas y autogobierno popular.

Criticando a Comte y a Spencer, Mosca escribe que «es espontáneo y al mismo tiempo indispensable» (ya que los hombres, además de ser producto de naturaleza, son portadores de exigencias imprescindibles de la existencia) que, «donde haya hombres, habrá una sociedad, y donde esté una sociedad, habrá un Estado. Esto es, una minoría dirigente y una mayoría que es dirigida por ella».

Así pues, el consenso de la mayoría, «en una forma dada de régimen político, depende de la difusión y del ardor en la fe que la clase gubernativa tenga en la fórmula política con la que justifica su poder». Es, por tanto, en gran medida un hecho de engaño y manipulación, o, sin más, de plagio de la masa.

Igualmente, el viejo juicio elitístico sobre la naturaleza humana no ha cambiado. La naturaleza hace que cada uno «tienda a preponderar sobre sus semejantes». Y es justamente por esto, por lo que no se cree ya en una futura y mítica clase dirigente que gobierne espontáneamente por el bien general, y se invoca la «multiplicidad de las fuerzas políticas» y el «control recíproco» en el interior de la clase política como garantía, «hasta cierto punto», del buen gobierno.

Concluida esta polémica, Mosca pasa a examinar algunas instituciones que juzga especialmente relevantes para el estudio del poder: iglesias, partidos y sectas, a los que da un origen común: la tendencia de los hombres a reunirse en grupos, con jefes y gregarios, para mejor combatirse entre ellos. Y así confirma el carácter ambiguo de la sociedad para un elitista, cooperativo y conflictivo a un tiempo, si no cooperativo porque es conflictivo.

La parte más interesante del análisis es, quizá, la relacionada con las iglesias. Este análisis recuerda vagamente al weberiano. De hecho, en Mosca existe la idea del fundador de religiones como jefe carismático, la posterior distinción entre los apóstoles y la muchedumbre, la sistematización de la palabra del maestro por parte del séquito. La idea de iglesia que se caracteriza, de algún modo, por el fenómeno

de la adscripción (se nace en una iglesia). Las consideraciones sobre las necesidades de adaptar la «doctrina» a las masas.

De conformidad con cuanto él mismo había escrito sobre el tipo social, Mosca afirma que la religión puede determinar un «cierto doblegamiento en los sentimientos humanos, cuyas consecuencias pueden ser importantes».

Asimismo, Mosca pone de manifiesto que la Iglesia que tiene en mente se vio, paso a paso, implicada en las cosas de este mundo y en los medios mundanos como las riquezas, que le son necesarias para conservar y acrecentar su poder. Tampoco cree que las religiones desaparezcan del camino de la humanidad, porque piensa que no han sido inventadas por un «Ente extra-humano», sino por los hombres mismos.

A este interés nuevo por las religiones se une directamente el creciente interés por el tema «revolución», o sea, por el cambio rápido y violento. Ello le lleva a tratar también de la burocracia y, sobre todo, del ejército.Mosca distingue entre revoluciones de palacio de la ciudad-estado y las revoluciones en los Estados modernos, caracterizados por grandes burocracias y ejércitos permanentes. Le parece que estos dos elementos condenan de ordinario toda conspiración al fracaso, si bien es verdad que la excesiva concentración burocrática puede facilitar la sustitución, radical e incluso sin choques, del gobierno. Sobre las revoluciones contemporáneas, manifiesta su creencia en la función preparatoria de las sociedades secretas y en el papel de los «desplazados» (el que suscribe), que imagina siempre preparados a lanzarse a la revolución. Pero, naturalmente, es fundamental para el éxito el concurso de las masas, que se mueven sólo en circunstancias especiales, como las crisis económicas.

A continuación, Mosca observa que la revolución en los Estados modernos únicamente vence si consigue apoderarse de las dos «instituciones» claves: ejército y burocracia. Posteriormente vuelve a afirmar su amor por los ejércitos permanentes, concordes con la ley y obedientes a la autoridad civil.

Estos son considerados por Mosca como el resultado de un «sabio desarrollo de esos sentimientos en los cuales está basada la defensa jurídica». Constituyen esa doble garantía para el orden. Por ello, los exalta, defendiendo el reclutamiento diferenciado de clase para oficiales y tropas, y teme por su intacta conservación.

Comienza incluso a notar que si decayesen, y con ellos el espíritu militar, la civilización europea estaría en peligro. Frente a peligros desastrosos, internos y externos, que sólo un ejército permanente en plena eficacia puede conjurar, Mosca llega a la «grave y terrible conclusión» de que quizá, y después de todo, la guerra «sea un hecho que, de vez en cuando, sea necesario», precisamente porque es lo más completo en organización y espíritu militar.

Con ello cree haber ya demostrado que siempre, en cualquier parte, existe una minoría de gobernantes y una mayoría de gobernados, que cada régimen se

funda sobre formas políticas y creencias difusas y que, al fin y al cabo, la mejor defensa jurídica, entendida ahora como «mayor respeto al sentido moral por parte de los gobernantes», se obtiene a través de la participación de distintas fuerzas políticas en el gobierno y su recíproco control.

Parecía haber puesto en evidencia los límites de las doctrinas filosóficas y religiosas, que si bien pueden producir un «desdoblamiento» importante de la naturaleza humana, no pueden cambiarla radicalmente.

Por último, cree haber aplicado con éxito su teoría en el estudio de las revoluciones y de los ejércitos permanentes. A continuación pasará a tratar aquellos que él considera son los mayores problemas de entonces en Europa, como:

— ¿Pueden sobrevivir las religiones dogmáticas?

— ¿Puede durar el parlamentarismo?

— ¿Cuál será «el porvenir de nuestra civilización en relación con la democracia social»?

A la primera pregunta encuentra difícil proporcionar una respuesta segura. Sin embargo, le parece que las religiones están radicadas en la necesidad que tienen los hombres de hacerse ilusiones. A este propósito observa que también los trabajadores que dejan de ser católicos y se hacen socialistas no dejan de creer en el *ipse dixit.*

Este hecho le sugirió la idea de que si las creencias revolucionarias hicieran «bancarrota» dentro de pocas generaciones, las religiones podrían ratificar su poder sobre las masas y restituir bases más sólidas al orden. Así, Mosca prosigue que el eclipse de la religiosidad había sido hasta entonces la idea favorita de la clase dominante («Estado»), pero verosímilmente ésta es la Iglesia a la que deberían acogerse, que no tiene nada que ganar al combatirse y, por el contrario, todo que ganar uniendo las fuerzas contra la democracia social. No cree siquiera que el regreso de la religión y, por tanto, de la potencia eclesiástica deba necesariamente chocar con las libertades intelectuales, como se ha considerado siempre, pues científicos y clérigos hablan a dos públicos muy distintos: uno de élite y el otro de masa.

Es sólo entre la vieja religión y la nueva de la democracia social cuando, al disputarse entre ambas las masas, el conflicto es inevitable. Sabiamente avanza, sin embargo, el temor de que esta lucha entre «las dos religiones» por el control de las masas pueda alcanzar tal dramatismo que también las libertades intelectuales de la élite deberían desaparecer y no quedaría espacio alguno al pensador independiente.

El posterior intento de responder a la segunda pregunta muestra, definitivamente, cómo Mosca es ya distinto del hombre que una docena de años antes atacaba tan claramente el sistema parlamentario. Reconoce la verdad de dos críticas que él mismo había probado anteriormente en la *Teórica,* esto es, la

preponderancia concedida al «rico» y la manipulación de toda la administración pública. Son defectos graves, dice ahora Mosca, pero es necesario tener en cuenta que en aquélla está la naturaleza.

A quien no se le atribuye el mérito de las esperanzas (como es sabido, se la atribuyen todos los «demócratas»), las ventajas del sistema aparecerán superiores a las desventajas. Combatir el parlamentarismo está bien para quien cree en la democracia, pero no para quien cree en la doctrina de la clase política.

El Mosca joven era, pues, incoherente. El Mosca maduro cree aún en la doctrina de la clase política, al menos en el sentido de que el gobierno no es un asunto del pueblo. Pero más coherente, y sobre todo más realista, se conforma ahora con un sistema que consienta a todas las fuerzas políticas organizadas a participar en el juego, ya que con ello, como se ha visto, se actúa en el más elevado grado de defensa jurídica.

Añade Mosca: «la supresión del sistema parlamentario» llevaría a un absolutismo burocrático, con graves limitaciones a la libertad. Mosca da algunos consejos para mejorar la organización política y alguna esperanza en su natural evolución. La clase política puede estabilizarse por sí sola pasando el tiempo. Pero es preciso garantizar que los magistrados estén fuera de toda manipulación; los funcionarios van, como se suele decir, «responsabilizándose». Se necesita un control financiero efectivo.

El remedio más bienhechor consistiría en la «descentralización» que, para Mosca, no debe ser sólo a favor de los entes locales, sino, y sobre todo, de aquella clase «acomodada y culta» que Mosca se obstina en invocar. Pero la cosa más importante, en gran medida, para nuestro autor es combatir la teoría democrática puesto que, según él, no es verdad que todos los hombres puedan colaborar racional y responsablemente a contribuir a la historia.

Nadie hubiera acabado más alejado de la batalla que el elitista contemporáneo Mills contra «la élite del poder», en nombre de los «valores del iluminismo, razón y libertad» y por la participación política de tendencia generalizada. Según Mosca, el orden elitístico es, en principio, «bueno»; la minoría debe mandar y la mayoría obedecer: «A cada uno su propio cometido si el mundo quiere ir bien o, de cualquier modo, lo menos malo.» Por ello, es perjudicial tanto la idea de igualdad política como la de igualdad social, por no decir que cada ensayo se ponga en práctica.

Mosca se lanza, con todo el vigor de que es capaz, a la lucha contra Rousseau y aquellos que considera sus secuaces. Rousseau es responsable de todas las adversidades de nuestro tiempo por haber afirmado que el hombre es bueno por naturaleza y ha sido descarriado por la sociedad. A él hay que remontar no solamente la democracia moderna en general, sino la democracia social, que quiere

la igualdad política y económica... Y Mosca continúa después combatiendo abiertamente a los partidarios de la democracia social.

En primer lugar, los comunistas, a los que recuerda la eterna verdad de la clase política: «También en las sociedades organizadas como ellos pretendían existirán siempre los que administren la riqueza pública y siempre estará la gran masa de los administrados, que se deberán contentar con la parte que quieran atribuirla.» Siempre dominantes y dominados, privilegiados positivamente, en el sentido económico, los primeros, y privilegiados negativamente los segundos.

Además, la reducción a una sola fuerza política, que controla el gobierno y la economía (todos trabajarán para el Estado), daría lugar al más tiránico de los regímenes. Presagio de máxima coherencia con su teoría, evidentemente bastante seria. Pero Mosca se convertía en un mal elitista cuando, por el contrario, alababa el Estado presente, sobre el cual «un buen trabajador [...] nunca tiene que temer del jefe-división, del diputado, del ministro», mientras sabemos que sólo en los países más liberales, si acaso, cesa la presión manipuladora en mil formas contra el disidente.

Creyendo así dar el último golpe a los comunistas, Mosca vuelve a insistir en la idea de que la sociedad ha hecho al hombre malo, sosteniendo esta vez que ello implica que la sociedad ha sido hecha no por el hombre, sino por fuerzas extrahumanas.

La objeción no se ajusta perfectamente a Rousseau, como es evidente. Pero aún menos puede ser aplicada al marxismo, para el cual, efectivamente, el orden social es el resultado de un proceso que se escapa al control colectivo.

Más acertada (pero, en realidad, parábola también), sin la posterior objeción, es que los comunistas quieren construir una sociedad donde se presupone un tipo de hombre que, según ellos mismos, estará formado sólo por el socialismo en marcha. Como sabemos, la dictadura del proletariado ha sido pensada justo para resolver estas dificultades. Sin embargo, no se equivoca Mosca al insistir sobre el hecho de que, según la experiencia, «es bastante difícil modificar sensiblemente el nivel moral de todo un pueblo que haya alcanzado un considerable alto grado de civilización», a la vez que observa que en la historia, cuando se producían tales modificaciones positivas, era cuando múltiples fuerzas «participaban» y se controlaban recíprocamente. Es decir, que la libertad, y no lo contrario, es el *humus* necesario de todo progreso real del hombre.

Mosca polemiza después con los anarquistas, que, secuaces verdaderos consecuentes de Rousseau, quieren deshacer la sociedad (con lo cual, según nuestro autor, se volvería sencillamente a los pequeños grupos originarios, con la supremacía del más fuerte y la anulación a que tiende la defensa jurídica). Y rápidamente vuelve a los comunistas, aludiendo esta vez directamente a Marx y la lucha de clases.

Niega que toda la historia sea la historia de la lucha de clases. Pero, por desgracia, su polémica pierde vigor cuando afirma que la teoría marxista intenta explicar toda la historia como una «conjura de unos pocos contra muchos, de las clases ricas contra los pobres».

Y juzga a Marx atormentado por manía persecutoria. Mosca se dispone a afrontar la tercera y última pregunta, y reconoce que, al estar las ideas revolucionarias muy difundidas, incluso entre los jóvenes de la burguesía, y probablemente en relación con éstos, propone ante todo una lucha contra las «falsas ideas» creadas por Rousseau.

Y Mosca enumera una serie de condiciones para la difusión victoriosa de estas ideas, entre las cuales salta a la vista la guerra temeraria al sentimiento religioso, las miserias y la corrupción del parlamentarismo. Igualmente, el pedestal creado desde el siglo xix al rebelde político es otra causa importante de adhesión a las ideas revolucionarias, concretamente de la juventud burguesa.

¿Triunfará, por tanto, la democracia social? Dadas las premisas teóricas, Mosca no lo puede creer. Pero hay que justificar aún bastante el viejo temor de anarquía y de la guerra civil. En relación con la conclusión eventual. Mosca debe temerse que, a continuación de «revolución e inevitable reacción», se constituya después un gobierno de tipo «bastante más autoritario». De nuevo se indica la dirección que los acontecimientos, en efecto, tomarán para desembocar en el entonces imprevisible fascismo.

Contra el éxito de la revolución eventual ve intervenir, en el caso de que fuese necesario, al ejército, la burocracia y un gran número de personas con interés en mantener el sistema existente. Por otro lado, una revolución podrá estallar sólo por los errores de los gobernantes y por sucesos catastróficos «inconscientemente» provocados, como la guerra.

Como más tarde Pareto, observa que entre los factores favorables a la revolución hay que contar también con la difusión de una actitud renunciadora que hace que muchos consideren la democracia social como inevitable. Un aflojamiento de la burguesía que, obviamente, va unido también a ese paso al socialismo de muchos jóvenes, como anteriormente se dijo. Si bien no le parece probable que una revolución estalle, y menos aún que tenga éxito, Mosca no ve muy claro cómo puede devolverse al orden una base sólida.

Como gran parte de los sociólogos que le han precedido, y en gran parte los positivistas franceses, desde Comte a Durkheim, también busca la forma de dar estabilidad al Estado burgués, y, al igual que ellos, valora siempre más los fenómenos de consenso.

El orden «... permanecerá siempre en un estado de equilibrio inestable y en gran parte no estará custodiado por la fuerza material». Faltará siempre «la unidad moral» y, por tanto, el «orden estable», considerado factible un tiempo. De este

hecho, Mosca extrae argumento para una consideración triste sobre la suerte de la civilización occidental, a la que vuelve su atención.

La civilización occidental (que quizá identifica demasiado con la civilización burguesa) está destinada, dice, a decaer tanto en el caso de que se continúe cediendo con las fuerzas de la democracia social como en el caso de que se recurra a la reacción, abandonando los «ideales» liberales que han traído el último y maravilloso florecimiento de nuestra civilización.

De cualquier modo, concluye Mosca, si algo puede contribuir a devolver la unidad a los Estados occidentales, no será el plano material. No serán ya las «reformas de estructura», como hoy diríamos, ni la organización asistencial pública, ni mucho menos la intervención del Estado en la economía, que el Mosca maduro rechaza, porque, sin eliminar las desigualdades, alteraría gravemente la economía burguesa, acelerando la llegada del colectivismo: «La democracia social [...] es principalmente una enfermedad intelectual.» La religión puede, en consecuencia, «dar aún grandes servicios a la sociedad europea».

Pero, sobre todo, puede servir la ciencia política, demostrando que la democracia social es irrealizable y que siempre una minoría gobernará y la mayoría será gobernada. Así, el porvenir de Europa está, ante todo, en manos de los científicos sociales: «Si la ciencia, finalmente, acabara triunfadora, será, hoy y siempre, debido a la conciencia de los estudiosos honestos, para los cuales, sobre cualquier otra consideración, está el deber de averiguar y exponer la verdad.»



Gaetano Mosca y el pensamiento liberal

Mario Luciolli

I

Gaetano Mosca, el hombre de cuyo nacimiento se conmemora el centenario este año, ocupa un lugar muy importante en la historia de las doctrinas políticas y, por lo tanto, es muy conocido por los que se dedican al estudio de esta materia. Sin embargo, su nombre es casi completamente ignorado por el gran público, incluido el público que tiene un alto nivel de cultura general, no solamente en el extranjero sino también en su propia patria, en Italia.

Quiero mencionar este hecho por que no es fruto de simple casualidad, sino síntoma de un fenómeno (del cual hablaremos más a propósito dentro de unos minutos y que Mosca mismo denunció, aunque en términos generales, sin referirse a sí mismo), fenómeno por el cual las ideas políticas corrientes, a pesar de su aparente variedad, pueden reconducirse todas a la misma raíz ideológica, se alimentan todas de una única fuente filosófica y convergen a una única corriente del pensamiento político moderno. Podemos identificar esta corriente con el ideal democrático, no en general, sino como se formó al final del siglo XVIII y volvió a florecer, y sobre todo a fructificar en el terreno práctico, al final del siglo XIX y en cl siglo XX. Por esto, al recordar la obra de Gaetano Mosca, queremos no solamente rendir un homenaje a un hombre de gran valor sino también llamar la atención sobre un sector del pensamiento político moderno semiolvidado por la mayoría de la gente.

Gaetano Mosca nació en Palermo en 1858 y murió en Roma en 1941. Sus obras principales son tres: la 'Teoría de los gobiernos y del gobierno parlamentario',

de 1884; los 'Elementos de ciencia Política', de 1896; ampliada en una segunda edición, del año 1923; y la 'Historia de las doctrinas políticas', que se publicó por primera vez en 1933; pero que es prácticamente una sistematización del curso universitario sobre el mismo objeto. Como se ve, Mosca elaboró el núcleo esencial de su teoría en edad muy joven: en gran parte, antes de llegar a los treinta años. Mosca no tomo parte muy activa en la vida política: Sin embargo, fue diputado dos veces, subsecretario en el Ministerio, de las Colonias durante un corto plazo, al principio de la primera guerra mundial y, desde el año 1919, senador (en Italia, en el tiempo de la monarquía, el cargo de senador era vitalicio. Los senadores eran nombrados por el rey, qué les escogía, como consejo del gobierno; dentro de ciertas categorías, definidas por la Constitución y que comprendían profesores universitarios, altos oficiales, magistrados, diplomáticos, funcionarios, ex-diputados, etc.). Durante casi medio siglo, es decir entre 1885 y 1933, Mosca fue profesor en varias Universidades, en Palermo, en Roma, en Turín, en Milán y nuevamente en Roma, dónde, entre los años 1923 y 1933 enseñó historia de las doctrinas políticas.

II

Gaetano Mosca fue un investigador de la ciencia política. ¿Qué entendió él al hablar de ciencia Política? entendió el descubrimiento y el estudio de las leyes constantes a las cuales los fenómenos políticos obedecen. Ciencia, en primer lugar, práctica; y ciencia práctica entre otras ciencias prácticas y no ciencia que quiera sobreponerse a las otras o resumirlas. Por eso, Mosca prefirió el término 'ciencia política' al término "sociología' que en el concepto de muchos, incluido el que se considera su fundador, Auguste Comte, se coloca a la cumbre jerárquica de las ciencias.

Por lo tanto, hablando en términos generales, nos encontramos en el mundo del positivismo. Sin embargo, tenemos que hacer dos observaciones para enfocar bien el concepto de ciencia política. Por un lado, no estamos en un contraste tan grande como se podría creer con el idealismo, a menos de entender el idealismo, en un sentido demasiado literal y perentorio cuando se niega la posibilidad de tratar el mundo de la historia con los criterios de las ciencias empíricas.

Por otro lado, estamos muy lejos del abstracto racionalismo del ideal matemático del siglo XVIII, en el cual se reconoce la soberbia de la gnoseología cartesiana y que permitía a Mme. de Stäel que, sin embargo, era una mujer inteligente, preguntarse por que no se podrían establecer tablas, semejantes a la tabla de multiplicación o a la tabla de logaritmos, para solucionar todos los problemas políticos, sobre la base de las estadísticas y de los hechos positivos averiguados por cada país.

La ciencia política no es ciencia de fines. No es arte político, ni en el significado maquiavélico de arte de conservar el poder y de mantenerlo, ni en el significado de que suministre preceptos morales o dicte normas de conducta, práctica. Nos encontramos, al contrario, frente a un esfuerzo para explicar los

hechos. La comparación que espontáneamente se nos presenta, y que el mismo Mosca hace al principio de su tratado de ciencia política, es la comparación con la economía política. También la economía política busca la explicación de los hechos reales, las leyes a las cuales los fenómenos económicos obedecen, sin dar de ellos una evaluación ética. Lo que no justifica las acusaciones de insensibilidad moral que a veces se dirigen contra la economía política, porque ésta no se identifica con la política económica, que precisamente busca el camino para llegar a ciertos resultados. Naturalmente, la economía política es el mejor auxilio de la política económica (y ojalá que los que tienen los planes más ambiciosos de política económica hubieran estudiado más profundamente la economía política!).

La semejanza entre la ciencia política y la economía política desaparece si nos fijamos sobre el respectivo estadio de desarrollo. En efecto, Mosca reconoce que el descubrimiento de las leyes que rigen los fenómenos políticos está todavía en una fase embrionaria, semejante a la fase en que la economía política se hallaba mucho tiempo atrás, a tal punto que Mosca llega a preguntarse si la ciencia política merezca ya, plenamente, el nombre de ciencia.

Hemos dibujado hasta aquí el campo de la actividad científica de Gaetano Mosca. Veamos ahora, antes de hablar de sus teorías propiamente dichas, las características generales con las cuales él nos aparece al leer sus obras. La primera impresión que el nos da es la de la enorme amplitud de sus conocimientos históricos, fruto de una vida entera dedicada al estudió de la historia. Nosotros estamos acostumbrados a movernos idealmente en el mundo de la civilización greco-romano-cristiana y sólo a veces, lanzamos unas miradas distraídas a las civilizaciones lejanas en el tiempo o en el espacio.

Gaetano Mosca no tiene esta limitación. La antigua Persia, la civilización incaica, las costumbres de los aborígenes de la Tasmania, las instituciones de la China imperial: todo le es igualmente familiar; así se le oye criticar una, opinión de Machiavello con las palabras pronunciadas sobre el mismo sujetó por un oficial de la corte de Gengis Kan o comparar la estructura de la burocracia de los Faraones con la de la Rusia zarista.

La segunda característica de la obró de Mosca, que, contrariamente a lo que ese podría creer, no contrastó con la primera, es la ausencia de cualquier intento de aplastar al lector bajó el peso de la ecudicción. El estilo es sencillo, casi de conversación, con poquísimas referencias biográficas, bibliográficas o cronológicas. Otra característica es el acento puesto sobre los factores psicológicos. En una época en que hay una tendencia tan fuerte a buscar el origen de los hechos políticos en la estructura económica de la sociedad o en los intentos racionales de algunos estadistas o en los planes criminales de otros, se siente uno llevado a un plan completamente distinto e infinitamente menos árido al oír hablar de las pasiones humanas, de las reacciones sentimentales, de los impulsos generosos o egoístas como de los principales elementos motores de la historia.

En este sentido, Mosca es verdaderamente la antítesis de Karl Marx, porque mientras de Karl Marx, Geórge Bernard Shaw podía decir que no había nada en su obra que él no hubiese sacado de los libros, bien podemos decir que en la obra de Mosca no hay nada que él haya sacado solamente de los libros, sino también y principalmente de un estudio profundo y directo de la psicología individual y colectiva.

¿Por qué colocamos a Gaetano Mosca entre los maestros del pensamiento liberal? El hecho de que él mismo se califique de liberal no es una razón válida, pues él nos enseña en varias oportunidades a sospechar de los calificativos que uno aplica a sí mismo, aunque lo haga con plena buena fe. La verdadera razón (aparte de las que resultan de la esencia misma de su obra) es que no hay página de sus libros en que él no nos aparezca libre, como solamente puede serlo quien haya asimilado el concepto de libertad, tal como se formó al principio del siglo XIX, al superarse las posiciones filosóficas que habían preparado la revolución francesa, al componerse el contraste entre razón e historia y al entenderse la historia entera como obra del espíritu y por eso de la libertad; y en que no se nos aparezca, por lo tanto, capaz de entender, es decir, de revivir en sí mismo, los aspectos más variados de este eterno proceso espiritual.

III

El elemento fundamental de la doctrina de Gaetano Mosca es la teoría de las élites o de la clase dirigente o, como él generalmente la llama, de la clase política, es decir, la comprobación de que en cada sociedad hay una minoría que gobierna y una mayoría que es gobernada, que es dirigida, que obedece. Naturalmente, con esto no se quiere decir que esta ley fue descubierta por Mosca solo ni por primera vez (en efecto, ninguna ley, de ninguna ciencia, tiene un padre solo, claramente identificable), sino que fue él quien la enunció científicamente e hizo de ella la columna principal de un sistema de ciencia política.

Mosca no se refiere al aspecto exterior y obvio del fenómeno por el cual en cada sociedad hay una jerarquía de funciones, sino investiga las leyes constantes según las cuales una élite dirigente o clase política se forma, conquista el poder y lo mantiene o lo pierde. En este estudio, protagonistas de la historia no son los grandes hombres (jefes de estado, generales, fundadores de religiones, etc.) ni tampoco las naciones enteras, sino los grupos sociales, las categorías, las clases que cada sociedad orgánicamente se compone. Y al hablarnos de esos grupos, Mosca los representa en su integridad; es decir, no sobre la base de una sola característica (por ejemplo el lugar que ocupan en la estructura económica), sino también por su mentalidad, inclinaciones, ambiciones, calidades y defectos morales.

El objetó principal da las investigaciones de Mosca es el elemento de cohesión que hay en cada sociedad y que él llama la fórmula política. Ninguna clase dirigente está satisfecha con justificar su poder con el hecho mismo de ejercerlo. Todas, al contrario, quieren dar a ese poder una base más firme, presentándolo

como la consecuencia necesaria de un sistema de principios religiosos, morales o racionales. Este sistema es, precisamente, la fórmula política. La fórmula política puede ser de los tipos más variados (en sociedades primitivas puede consistir hasta en un conjunto de supersticiones groseras); pero cuanto menos el poder de la clase dirigente está basado en la fuerza material, tanto más la fórmula política tiene que ser aceptada, entendida, considerada fundamentalmente justa por sectores bastante amplios de la mayoría gobernada; y, para ser aceptada por ellos, tiene que corresponder al nivel cultural de ellos. Por consiguiente, ninguna fórmula, nacida en cierto ambiente político, puede ser transplantada en otros, de distinto nivel cultural, sin ser irás o menos radicalmente defórmala.

Finalmente, la fórmula política actúa formando no solamente las instituciones políticas propiamente dichas, sino también lo que Mosca llama la defensa jurídica de la sociedad. La defensa jurídica es el conjunto de los mecanismos sociales (costumbres, hábitos, reglas de respetó recíproco, complejos psicológicos, ambiciones, temores, hasta supersticiones) gracias a los cuales el sentido moral de la mayoría de los individuos, siempre en equilibrio inestable entre el impulso del interés egoísta y la repugnancia a perjudicar a los demás, se encuentra colocado frente a la perspectiva de un premio o de una sanción legal o moral, fortificado, protegido contra las tentaciones, de modo que cl individuó no se convierte, sino por excepción, en un enemigo de la sociedad.

Alrededor de estos conceptos fundamentales (clase política, fórmula política, defensa jurídica); Mosca trabaja incansablemente analizando los factores religiosos, morales, políticos, psicológicos, culturales, económicos, etc., que pueden consolidar o debilitar el equilibrio político.

Mosca rechaza por completo las teorías que tratan de explicar la historia sobre la base de un solo elemento; por ejemplo, el clima o la raza o la selección y, por lo tanto, considera exacto sólo en mínima parte lo que escribieron en este sentido Montesquieu o Gobineau, o los que como Spencer intentaron aplicar a las sociedades humanas los principios evolucionistas darwinianos. Al contrario, Mosca acepta casi todas las clasificaciones tradicionales que se encuentran en la historia de las doctrinas políticas. (por ejemplo, la división de los sistemas de gobierno en monárquicos, aristocráticos y democráticos). Las acepta como clasificaciones abstractas, semejantes a las del economista, que cuando dice que el hombre en ciertas circunstancias se conduce en cierto modo, no lo dice porque haya hombres exactamente así ni circunstancias exactamente así, sino porque esa abstracción le permite enunciar una ley general.

Mosca mismo hace una de esas clasificaciones abstractas cuando divide los sistemas políticos en dos categorías: el sistema autocrático y el liberal. En el primero, el poder, cualquiera que sea su origen, religioso o racional, desciende desde lo alto, en una escala jerárquica. En el segundo sube desde abajo, aunque no necesariamente por medio de elecciones, ni desde la mayoría de los individuos que

componen la sociedad. Además de estas dos categorías, Mosca reconoce dos dinamismos dos tendencias opuestas, que llama aristocrática y democrática, que respectivamente influyen para estabilizar el poder en las manos de los que ya lo ejercen o para renovar más o menos drásticamente la clase dirigente. Finalmente, concluye que una sociedad está caracterizada mucho más por la preponderancia de una u otra de estas dos tendencias, que por el hecho de acercarse más a una que a otra de aquellas dos categorías abstractas.

Mosca estudia minuciosamente los factores equilibradores y desequilibradores de una sociedad, entendiendo por factores equilibradores no los que cristalizan una sociedad, sino los que le permiten desarrollarse y transformarse gradualmente, sin cambios violentos. Hay factores equilibradores de carácter político-jurídico. Hay, por ejemplo, la separación de los poderes, en un sentido más substancial que formal (No sirve para nada separar formalmente el poder ejecutivo del legislativo si de hecho el primero está sometido al segundo.

Tampoco sirve tener una monarquía constitucional si se quita al jefe de Estado todo prestigio tradicional, el apoyo de ciertos grupos sociales o, en general, lo que necesita para equilibrar el poder de la asamblea electiva). Hay también la separación de los poderes religioso y civil, que es importante porque sin ella el poder civil no tiene la elasticidad necesaria para adaptarse a nuevas circunstancias. Hay (y sonde más valor), factores equilibradores de carácter psicológico, moral y social; que la clase dirigente tenga conciencia de serlo, de sus responsabilidades, de sus deberes y derechos; que la clase dirigente, aunque renovándose constantemente, gracias a una continua selección de elementos procedentes de otros grupos, no sea, en su conjunto, de formación reciente. Mosca atribuye a este factor una gran importancia.

Él observa quede todos modos el principio hereditario juega un papel destacado, porque, a menos de suprimir enteramente la familia, los hijos de los que ocupan posiciones eminentes tienen una ventaja sobre los demás en educarse y prepararse para ejercer a su vez, una función importante. (Hasta lo que oyen de sus padres alrededor de la mesa a la hora de la comida es una lección insustituible). Y, agrega Mosca, es preciso que los que en su gran mayoría formarán parte de la clase dirigente futura no obsorban solamente las ideas iconoclastas, la escasa repugnancia hacia la violencia, el escaso respeto por la legalidad, que prevalen en las clases dirigentes de formación reciente, salidas de un proceso revolucionario o semi-revolucionario.

Entre los factores desequilibradores, uno de los más salientes es, según Mosca, la separación demasiado marcada entré los grupos sociales distintos; es decir, el hecho de que amplios sectores sociales vivan prácticamente fuera del sistema. 'Pero aquí tampoco Mosca se refiere solamente a un fenómeno económico. Él nota que cuando en una sociedad, a pesar de las más grandes diferencias en el goce de los bienes materiales, todos tienen la sensación, de

pertenecer a un mismo mundo, de ser elementos más o menos variados y más o menos afortunados pero complementarios de un mismo organismo, cuándo hay un patrimonio común de creencias, entonces hay una fuerza de cohesión muy grande y permite ver no solamente a los campesinos y a la nobleza de España luchar juntos contra los ejércitos franceses, sino también a los campesinos y a la nobleza de la Vandea luchar juntos contra la revolución. Al contrarió, lo que creó en un grupo social, a pesar de cualquier mejoramiento del nivel de vida, la hostilidad hacia otros grupos es la sensación de pertenecer a ambientes distintos, la conciencia que existe un mundo cuyo acceso (para usar las palabras de Mosca mismo) 'está obstruido por un hilo de seda sutilísimo, pero al cuál difícilmente se puede pasar por encima: es decir, la diferencia de cultura, de modos, de hábitos sociales'. Cuando este fenómeno se produce, la clase que se siente excluida tiende a crear dentro de su propio seno, como un embrión de clase dirigente suya, una especie de shadow ruling class, 'de sombra de clases dirigente'.

Y, si las, circunstancias lo permiten, esta clase dirigente embrionaria desencadena un proceso revolucionario, con sus varias fases: la elaboración de una nueva doctrina; el proselitismo; la fase durante la cual los innovadores, por razones de propaganda, recargan las tintas, ponen el acento exageradamente sobre ciertos aspectos de la sociedad que quieren destruir; sobre todo, disfrutan de la tendencia general por la cual se subrayan los defectos y las culpas de las clases y corrientes que han pasado de moda y no se ven o se excusan los daños, semejantes o más graves; que la corriente a la moda hace o amenaza hacer; finalmente, la fase que Mosca llama de la hipocresía, durante la cual los innovadores, en contacto con la realidad, empiezan a transigir con la pureza de sus ideales, bajo el pretexto de que el fin justifica los medios.

Pero, según Mosca, el mayor peligro consiste en que una sociedad se constituya sobre la base de la aplicación severamente lógica de un solo principio. 'Cualquier ordenamiento simplista', dice, 'fundado sobre un principio absoluto, que hace que toda la clase política sea organizada sobre un tipo único, hace difícil la participación de todas las influencias sociales en la vida política y aún más difícil el control que cada una puede ejercer sobre las demás'.

Esta coexistencia de concepciones, de creencias, de intereses distintos, este equilibrio y recíproca colisión de corrientes opuestas no pueden obtenerse si todos, bajó una superficial variedad de actitudes, empujan, aunque con varias intensidades, en la misma dirección. Pueden, al contrario, obtenerse solamente si hay quien trabaje para fortificar, Entre las tendencias opuestas, la que en un momento dado es la más débil. Mosca sintetiza muy eficazmente este concepto diciendo que 'en el fondo se trata de seguir la regla contraria a la que adoptan, consciente o inconscientemente, los oportunistas de todos los tiempos y de todos los países'.

IV

Estas son las conclusiones a las cuales Mosca llega con sus estudios. Veamos ahora en qué medida sirven para interpretar los problemas políticos contemporáneos. En suma (y no olvidemos nunca que lo que dijo empezó a decirlo hace sesenta o setenta años Mosca ve el estado liberal colocarse sobre un plano inclinado, que lo llevará hacia la democracia integral y al colectivismo, con la formación gradual de regímenes antiliberales, caracterizados por tres aspectos principales: el comunismo, el autoritarismo burocrático y el sindicalismo.

No olvidemos tampoco que estamos hablando en un plano de ciencia política y no de polémica política contemporánea, y que, por lo tanto, tenemos que emplear una terminología científica. Por ejemplo, si usamos la palabra 'democracia' en el significado que ha tomado corrientemente, de sinónimo de libertad, de igualdad delante de la ley, de antítesis única de la tiranía, no podemos entendernos (En el lenguaje corriente la filosofía es el arte de soportar las desgracias con serenidad, pero sobre esta base terminológica no se podría plantear ninguna discusión filosófica).

¿Cuáles eran, según Mosca, las causas del peligro que amenazaba a la libertad? en primer lugar, los defectos del sistema parlamentario, no en sí mismo, sino por el carácter que había tomado, de medio de aplicación de la democracia abstracta, more geométrico demonstrata. Aquí recordaremos que la doctrina ha percibido, claramente, la diferencia entre el ideal democrático y el ideal liberal. El ideal democrático procede del racionalismo, del jusnaturalimo, del iluminismo francés y en general del pensamiento del siglo XVIII. Interpretaba la sociedad más o menos contractualísticamente, como cosa externa. o posterior a los hombres y creada por ellos para fines libremente escogidos. Considera los hombres cómo entidades idénticas y mecánicamente acercadas la una a la otra.

El ideal liberal es el fruto de la superación de estas posiciones; de la superación del racionalismo por el criticismo y el idealismo; sobre todo, de un concepto enteramente distinto de la libertad, entendida no como dato natural sino como transformación y desarrollo de la personalidad de cada uno. De estos dos ideales surgen naturalmente distintas actitudes de carácter práctico. En el caso del ideal liberal: más variadas, más dúctiles, más tolerantes, más dispuestas a entender los infinitos matices y a aceptar la irreparable limitación de las cosas humanas. En el caso del ideal democrático: más intransigentes, más mecánicas, refractarias al compromiso.

No podemos sorprendernos que el ideal liberal, sobre todo después de la conquista del poder por parte de los que fueron sus campeones, lleve a posiciones conservadoras y favorezca la tendencia a erigir la libertad en monopolio o en privilegio. Pero tampoco podemos sorprendernos de que el ideal democrático cabe por prescribir la evasión mental de la realidad, fatalmente repugnante a la razón pura, y de construir, a la luz de la razón pura, un esquema político abstracto, para realizarlo en seguida, sobre la tabula rasa obtenida mediante la eliminación de

cualquiera herencia histórica o tradicional. Durante todo el siglo XIX los dos ideales actuaron con una relación recíproca de frères ennemis, de hermanos enemigos; y esta relación, al mismo tiempo de alianza y de antítesis, fue la que hizo posible la creación de un nuevo equilibrio en reemplazo de la sociedad del Setecientos y el espléndido desarrollo de la civilización occidental contemporánea.

En teoría, cualquiera alteración de este equilibrio habría sido peligrosa. Pero el peligro real y actual, que Mosca veía, estaba en el hecho que al final del siglo XIX todas las fuerzas políticas se iban concentrando detrás del ideal democrático y propugnando aquella organización de la sociedad sobré la base de un solo principio, que él consideraba dañosa en extremo. Sabemos que Mosca no está solo al denunciar los peligros de la democracia. Que, al contrario, se encuentra en buena compañía. En compañía de muchos de los hombres más destacados del siglo XIX, como Tocqueville, Pareto, Ortega y Gasset, etc. en compañía (diríamos, a título póstumo) de muchos contemporáneos nuestros: por ejemplo, de muchas figuras de la corriente del pensamiento político que en los Estados Unidos se llama neo-conservative (neo-conservadora), porque allí no se puede usaren este significado el término 'liberal', que significa ultra-radical.

El conjunto, en los últimos cien años fueron muchos los que analizaron el proceso por el cual la aspiración a la igualdad y a la uniformidad, que es propia del ideal democrático, acaba por sofocar el desarrollo de la libertad; conduce a otorgar derechos cuya gratuidad constituye, su desvalorización previa; actúa sobre la base no de la madurez efectiva de la colectividad, sino de una madurez solamente supuesta o racionalmente postulada; dibuja la trágica trayectorias por la cual se empieza predicando la religión de la libertad y se acaba celebrando sus misas negras. Mosca fija en particular su atención sobre dos factores: la debilidad de la clase dirigente y la degeneración del sistema representativo. Encuentra que la clase dirigente no ha entendido correctamente el proceso formativo del estado liberal.

Por un lado, ha sido egoísta o por lo menos poco hábil; por ejemplo, complaciéndose de la ostentación, exterior de su poder y prosperidad económica. Por otro lado, ha sido impregnada, sobre todo en los países latinos, del concepto abstracto de la democracia y de la filosofía correspondiente, a exclusión, de cualquiera otra; ha quedado convencida ella misma de que el ideal democrático es el único defendible en el mundo moderno y que la democracia es la desembocadura natural del liberalismo y no su antítesis, así que hasta los intereses más conservadores se amparan detrás de aquel ideal. En conjunto, no ha adquirido la conciencia de ser, una clase dirigente y ni siquiera de la necesidad que haya una clase dirigente; y hasta ha perdido el valor físico, sin el cual, también en una sociedad altamente civilizada, los que tienen las más altas responsabilidades no pueden defender los derechos que corresponden a esas responsabilidades.

En suma, Mosca encuentra la clase dirigente intelectual y moralmente desarmada, frente a los peligros que amenazan a la libertad. Mosca piensa que en

estas circunstancias el sistema representativo se transformará fatalmente en una fuerza disgregadora. Concentrando la aplicación del principio del auto?gobierno a la cumbre de las instituciones políticas, es decir, en la elección de una asamblea todopoderosa, y suprimiéndolo en todos los otros planos y sectores, se destruirá el equilibrio de los poderes y de las fuerzas políticas; y la mayoría de los intereses, de las aspiraciones, de las influencias, que todas, en su insuprimible variedad, tendrían que concurrir a alimentar, y a limitar el poder político, dejarán, de hecho, de estar representadas en la escena política. A medida que la aplicación del sistema representativo se haga más amplia, pero siempre con este carácter, se formará una clase política cada día irás estrecha, que ofrecerá al elector un derecho de opción siempre irás restringido. La necesidad en que se encontrarán las facciones de esta clase política, de conquistar el favor de las masas llevará a una continúa surenchére demagógica y la asamblea electiva tendrá una creciente inclinación a establecer una relación de complicidad con la burocracia, en vez de ejercer una función de control sobre ella.

Mosca considera el ideal socialista como un corolario natural del ideal democrático. Una vez que el fin de la sociedad se identifique con la realización de la perfecta igualdad, se tiene fatalmente que otorgar al Estado no solamente el poder de deducir al mínimo las diferencias iniciales entre los individuos de las nuevas generaciones sino también el poder de suprimir, a medida que surgen las nuevas diferencias, que fatalmente se forman entre ellos gracias a las distintas cantidades de inteligencia, de buena voluntad o de suerte que cada uno de ellos posee. Mosca no cree que con semejante política la libertad pueda sobrevivir ni que se pueda conseguir un mayor bienestar colectivo. Niega que los defectos y las injusticias que se encuentran en el sistema llamado capitalista estén relacionados con el régimen de la propiedad privada y que un cambio radical de la estructura económica pueda hacer operantes cualidades del hombre, ahora escondidas o neutralizadas. Al contrario, piensa que las peores características del hombre, y sobre todo la aspiración a gozar de una posición privilegiada, encontrarían un amplísimo campo para manifestarse en un sistema en que la producción y la distribución de la riqueza se encontraran bajo un control político y dependieran de una clase dirigente burocrática.

Dé un eventual experimento colectivista (o socialista o comunista: esos términos eran más o menos sinónimos al final del siglo pasado) piensa que 'pesará terriblemente sobre el destino de la generación sobre la cual se efectuará. Esta, combatida entre la revolución y la inevitable reacción, será de todos modos forzada a volver hacia un tipo de gobierno mucho más autoritario del cual estamos acostumbrados y tendrás qué sufrir necesariamente una decadencia de la defensa jurídica y un verdadero desastre moral y material, que en unos siglos más podrán ser estudiados con interés y quizás con cierto gusto, como un bonito caso de patología social, pero que entretanto, habrán causado sufrimientos, inenarrables a los que habrán sido sus espectadores y víctimas'.

Tampoco Mosca tiene confianza en los experimentos semi-socialistas, gracias a los cuales el Estado interviene usando los recursos fiscales para redistribuir la riqueza y dictando ciertas orientaciones a la producción. Mosca reconoce que 'este concepto encuentra la simpatía de muchos conservadores, porque parece satisfacer a los 'socialistoides', es decir, a la muchedumbre de los que, sin ser colectivistas, crean el ambiente de simpatía en el cual el partido colectivista prospera'. Con un experimento de este tipo 'no se realizaría el colectivismo integral, no desaparecerían las desigualdades sociales y, por lo tanto, los reformadores tendrían siempre algo substancial que pedir, pero se alteraría gravemente toda la economía de la sociedad llamada burguesa'. Y Mosca sigue sorprendiéndose de que los que no aceptan las teorías colectivistas 'esperen neutralizarlas y combatirlas operando en forma de empeorar, las condiciones económicas, generales'.

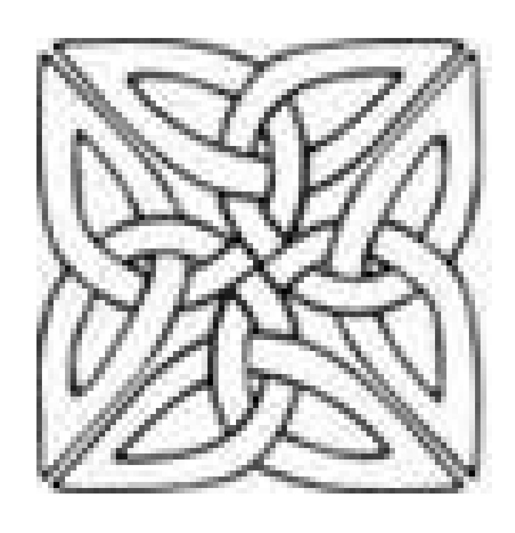
Finalmente, Mosca manifiesta sur desconfianza en el socialismo cristiano diciendo: 'Es vana la esperanza que el ramito cristiano, injertado en el tronco socialista, pueda modificar sus frutos, quitándoles todo sabor amargo, toda fuerza dañosa y convirtiéndoles en frutos dulces y saludables'.

Hemos dibujado (o mejor dicho Mosca ha dibujado para nosotros) un cuadro preocupante. Pero, ¿qué caminó nos indica Mosca, distinto del que, en su opinión, nos conduce al desastre? hay en sus obras muchas Sugestiones y consejos prácticos, como los que se refieren a ciertas reformas del sistema representativo, a la descentralización de los poderes públicos, al fortalecimiento de la clase media, etc. Sin embargo; no hay verdaderas recetas políticas. Ya hemos dicho que la suya es ciencia política y no un manual de arte político. Ciencia que estudia hechos y no que dicta normas. A pesar de eso, yo creo que su obra constituye un aporte positivo al estudio de los problemas políticos contemporáneos. Con esto no quiero decir que se tengan que aceptar necesariamente sus ideas, sino que hay una lección que todos podemos aprender de él: la necesidad de ampliar nuestro horizonte mental, de liberarnos de la que él llama la superstición del siglo, es decir, la creencia que la aplicación integral de una doctrina pueda llevar ala humanidad a una especie de arribó a la perfección; la necesidad de preguntarnos a cada momento si lo que nos aparece como un entero mundo ideológico no sea en realidad un valle angosto, tal que si supiéramos levantarnos al nivel de las montañas que lo rodean se nos presentarían panoramas insospechados; la necesidad de desarrollar el estudio de la ciencia política.

Desaprender (Mosca dijo en varias oportunidades) es siempre más difícil, pero a veces más necesario que aprender. En mi opinión, difícilmente podríamos rechazar esta lección en una época en que las buenas intenciones fracasan tan lamentablemente y en la cual es preciso preguntarse si la causa del fracaso está solamente en la fuerza de las intenciones opuestas y no también en algún error básico de los que tienen esas buenas intenciones.

En una época en que se ven movimientos, partidos y pueblos enteros intentar, con gran entusiasmo, subir por la cuesta que lleva a la conquista de la libertad y equivocarse de camino; se les ve así, después de tantos esfuerzos, llegar a la cumbre nada más que para reflejarse en la cabeza de Medusa de la tiranía. Y, como tengo la gran satisfacción de hablar a muchos jóvenes, estudiantes de ciencia política, quiero dirigirme por un momento a ellos en particular, para darles modestamente dos consejos. Se dice que la juventud, por su naturaleza, va en busca continua de novedades. Ojalá que así fuera siempre, porque sin este impulso renovador la humanidad se fosilizaría muy pronto. Pero hay en la juventud también una tendencia hacia el conformismo, más fuerte de lo que se cree generalmente.

Hay, en efecto, la tendencia a seguir la moda. Y seguir la moda es conformismo. Esta tendencia es particularmente peligrosa hoy día, mientras estamos metidos hasta el cuello en conformismos disfrazados de anti-conformismos y rodeados no de ideas modernas sino de letreros nuevos aplicados a supersticiones viejísimas. El primer consejo es, entonces, evitar seguir la moda, aunque sea la última moda y aún más, si fue la moda ya durante veinte o cincuenta, o cien años atrás. El segundo consejo es que cualquiera posición dialéctica que prefieran defender, en la teoría o en la práctica política; cualquier papel que quieran jugar en la concordia de una sociedad libre, siempre se acerquen a los problemas con mente abierta.



Robert Michels y las teorías elitista-competitivas de la democracia

Rafael Caparrós Valderrama

El importante sociólogo de la política alemán Robert Michels (1876-1936) nació en el seno de una familia de comerciantes católicos de Colonia. Estudió en diversas universidades europeas y pronto unió a su actividad política y sindical, como miembro del Partido Social-Demócrata alemán (SPD), una clara vocación por la docencia universitaria, que se vería frustrada precisamente a causa de su afiliación política, a pesar de su amistad personal con académicos a la sazón tan destacados e influyentes como Max Weber y Werner Sombart. De este modo, la juventud de Michels, al igual que la de Pareto, se verá marcada por el rechazo del rígido sistema académico alemán. No obstante, ya en su madurez, tras haberse nacionalizado italiano, conseguirá dar cumplimiento a su frustrada vocación y llegará a ser profesor primero en la Universidad suiza de Basilea y, más tarde, en las italianas de Turín y Perugia, de la que llegaría a ser Rector.

Por otro lado, su crítica exacerbada de la premoderna burguesía de la Alemania prusiana, le empuja a buscar nuevas ideas políticas y otros grupos sociales con los que identificarse. El proletariado, como clase social que en sí misma encarna todas las contradicciones de la sociedad burguesa, como señalara Marx, será el sujeto socio-político con el que se identifique el joven Michels moralista, marxista y revolucionario de los primeros años del nuevo siglo. Sin embargo, y pese a su activa participación en los debates y polémicas del SPD, con el paso del tiempo, la paulatina derechización de este partido –que, de ser originariamente marxista y revolucionario, evolucionará hacia el revisionismo socialdemócrata y, en definitiva, hacia un conservadurismo nacionalista que le llevará a votar en el Bundestag a favor de los créditos de la primera guerra mundial1 y que ya en 1959,

en el famoso Congreso de Bad Godesberg le hará renunciar explícitamente al marxismo, como fuente de inspiración teórico-política–, acabará produciéndole un agudo sentimiento de frustración, de desilusión y desencanto, que le conducirán a centrarse en el estudio científico de los problemas de la organización en el seno de los partidos políticos obreros, para pasar desde ahí a compartir las tesis del elitismo político clásico de Vilfredo Pareto y Gaetano Mosca respecto a la imposibilidad de la democracia, y a postular finalmente la existencia de una única ley de evolución de las sociedades contemporáneas, sustentada en una visión cíclica y pesimista del hombre y de la historia.

Su aguda crítica al funcionamiento antidemocrático de los partidos políticos, en general, y la pérdida de fe en el proletariado como clase revolucionaria, en concreto, le llevarán en definitiva a identificarse con el nacionalismo italiano y, por ende, con el fascismo de Benito Mussolini. Una transición ideológica radical, mucho más frecuente en tan convulsa coyuntura histórico-política de lo que, en principio, pudiera pensarse. En la última etapa de su vida, en efecto, Michels identificará al socialismo con la más abyecta inmoralidad y pasará a defender el nacionalismo italiano, proceso que él mismo denominará como la fusión de la búsqueda de la moralidad con la causa de la cultura latina. Se trata de una evolución intelectual ciertamente pendular, que presenta ciertos paralelismos no sólo con la de los elitistas clásicos, como Pareto o Mosca, sino también con la de otros sociólogos alemanes de la época, como W. Sombart o F. Tönnies, a los que Mitzman denominara *los sociólogos del extrañamiento.*

La obra principal de Robert Michels es *"Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna"*, publicada en 1911, que es un análisis sociológico de la dinámica evolutiva de la organización interna del Partido Social-Demócrata alemán (SPD), al que, como acabamos de ver, el autor estuvo intensamente vinculado durante varios años. La obra tiene por objeto *el estudio sociológico de la emergencia del liderazgo, la psicología del poder y las tendencias oligárquicas de la organización*, que es, precisamente, el subtítulo de la edición inglesa de esta obra. En ella se encuentra toda su argumentación sobre la imposibilidad de un funcionamiento auténticamente demócratico de los partidos políticos de masas en las sociedades contemporáneas, por la vigencia en ellos de lo que denomina la *ley de hierro de la oligarquía*, que se concreta en la siguiente afirmación:

"La ley sociólogica fundamental... puede formularse más o menos así: la organización es lo que da origen a la dominación de los elegidos sobre los electores, de los mandatarios sobre los mandantes, de los delegados sobre los delegantes. Quien dice organización dice oligarquía."

Por una parte, Michels mantiene que la organización es el único medio existente para poder llevar a cabo una voluntad colectiva en la sociedad de masas; sin ella no existe la posibilidad de que una acción común llegue a alcanzar fines concretos, a no ser que se elijan los métodos adecuados para ello:

"La democracia no se concibe sin una organización y toda organización requiere una especialización en las tareas, una distinción entre los dirigentes y los dirigidos..... El principio de la organización es condición absolutamente esencial para la lucha política de masas."

Michels recoge de Weber la idea de que la sociedad contemporánea es la sociedad de las organizaciones, por lo que los grandes conglomerados humanos necesitan de una determinada estructura organizativa para poder actuar en todas las esferas de la vida pública, política o social. Por consiguiente, la organización se convierte en el objeto de estudio central para comprender la naturaleza de estas sociedades. Si en ellas se encuentra como elemento necesario el surgimiento del liderazgo, es decir, de la dominación de la minoría, piensa Michels, se podrá demostrar definitivamente la imposibilidad de una forma de gobierno democrática dentro de tales organizaciones y, por extensión, en toda la sociedad. La elección del partido socialdemócrata alemán, que es el ejemplo que elige para probar su argumentación, obedece no sólo al profundo conocimiento que de él tiene el autor, sino también a su compleja evolución ideológica. Al mismo tiempo, Michels pretende negar la viabilidad del socialismo, puesto que en su obra, como en la corriente principal de la socialdemocracia, democracia y socialismo se encuentran indisolublemente unidos. El punto inicial de toda la argumentación se encuentra resumido en la siguiente afirmación:

"Toda representación partidaria representa un poder oligárquico fundado sobre una base democrática."

Las formas oligárquicas son consustanciales a toda organización, incluso a aquellas, como es el caso de los partidos socialistas democráticos, cuya sedicente razón de ser estriba precisamente en la superación de tales formas oligárquicas. Ello obedece, dice Michels, a dos tipos de causas: unas, psicológicas y otras, técnicas. Entre las causas psicológicas, apunta Michels que, en primer lugar, depende de la psicología de las masas, que son "constitucionalmente incapaces de gobernarse" y que adolecen de una inmadurez objetiva y de una incurable incompetencia. La masa necesita contar con líderes en los que apoyarse y anhela reconocer su superioridad. Por ello, la dominación de los líderes no es algo impuesto a las masas, sino que existe un alto grado de aceptación e incluso de necesidad por parte de éstas, lo que planteará considerables problemas para su recambio.

Como más adelante lo hará uno de los fundadores de la prestigiosa Escuela de Frankfurt, el importante sociólogo alemán T.W. Adorno, Michels parece compartir la contundente y pesimista tesis del fundador del psicoanálisis, Sigmung Freud, respecto al funcionamiento de la psicología grupal. Para Adorno:

“el grupo desea ser gobernado por una fuerza ilimitada, siente una pasión extrema por la autoridad; en expresión de Le Bon, tiene sed de obediencia. El padre primordial es el ideal del grupo y éste gobierna el ego en sustitución del ideal del ego.”

La masa es, además, esencialmente conservadora y por ello asegura más y más a la minoría dirigente en sus puestos directivos. De ahí que Mosca se plantee problemas similares a los de Pareto en relación con la circulación de las élites. En cuanto a la conformación de la minoría dirigente, señala Michels que:

"Con la institución del liderazgo comienza, como consecuencia de lo prolongado de la función, la transformación de los líderes en una casta cerrada."

No existe, pues, un acceso consciente y deliberado al poder por parte de un grupo minoritario, oligárquico, dentro de la organización. En el caso de los partidos políticos, los miembros de la minoría acceden a posiciones de preeminencia al ser elegidos *democráticamente* por la mayoría. Es posteriormente cuando sufren un proceso de transformación psicológica que da lugar a a que la representación se convierta en concentración permanente del poder en manos de esa minoría:

"Cuando en cualquier organización la oligarquía ha alcanzado un estado avanzado de desarrollo, los líderes comienzan a identificar consigo mismo, no sólo las instituciones partidarias, sino también la propiedad del partido. Este fenómeno es común tanto en el partido como en el Estado."

Las características psicológicas de los individuos que desempeñan puestos de liderazgo hacen que éstos tiendan a afianzarse en sus puestos, al tiempo que se produce una creciente confusión entre los fines de la organización y los de su propia supervivencia. Como dice Michels:

"El burócrata se identifica completamente con la organización, y confunde sus propios intereses con los de ella. Toma toda crítica objetiva como una afrenta personal. Esta es la causa de la incapacidad evidente de todos los líderes partidarios para prestar una atención serena y justa a las críticas."

La transformación psicológica del liderazgo -un concepto que en Michels incluye no sólo a los líderes, sino también al aparato burocrático del partido- supone el fin evidente de toda posibilidad democrática dentro de la organización. Dicha transformación implica tanto el aumento de distancia que separa a los líderes de la masa, como también impone un sello conservador a las actuaciones de los primeros, lo que supone un inevitable deslizamiento hacia el reformismo de los partidos socialistas. Se produce, pues, una moderación paulatina de los objetivos políticos del partido que supone el fin de la senda revolucionaria y, en consecuencia, el fin de toda posibilidad práctica de triunfo del socialismo.

Por otra parte, el hombre individual, según Michels, "...está abocado por naturaleza a ser guiado y a serlo tanto más cuanto que las funciones de la vida social se subdividen más y más." Además, los gobernados alimentan constantemente las tendencias autocráticas de los líderes, mediante el "culto a la veneración de los líderes" que practican y la gratitud política que manifiestan ante ellos. Por lo demás, la oligarquía es asimismo el resultado del "ansia de poder" que tienen los líderes. Michels parte del supuesto de que toda minoría actúa conforme a la lógica del auto-

interés. Así, el interés personal de los líderes en conservar una posición de poder y privilegio les lleva a identificar sus propios fines personales con los fines de la organización, lo que produce no sólo la citada tendencia al conservadurismo, sino también a la desmovilización social y a la instrumentalización de la ideología de la organización en su propio beneficio. Para Michels está claro que las masas no se rebelan sin líderes. Pero los líderes, una vez que han tomado el poder con el apoyo del pueblo y en nombre del pueblo, se separan de él, se convierten en una casta relativamente cerrada y más preocupada por su propio ascenso social que por una verdadera transformación social. La lucha entre élites, por lo demás, nunca termina con la total derrota de una de ellas. Como el propio Michels señala: "*el resultado del proceso no es tanto una circulación de las élites -como sostiene Pareto-, cuanto una reunión de las élites, una amalgama de élites.*" Resulta, por tanto, inútil aspirar, con Marx, a una eliminación de las desigualdades sociales, ya que en el mismo proceso revolucionario que supuestamente conduciría a su eliminación, se generan las causas de nuevas y trascendentes desigualdades, que impedirán realizar en la práctica tales cambios. Puesto que el surgimiento de nuevos líderes hace degenerar al movimiento socialista en un nuevo sistema de desigualdades, una vez que se ha accedido al poder y se ha instaurado la nueva casta de burócratas. Pocos años después de la publicación de esta obra, tenía lugar la Gran Revolución de Octubre de 1917. Su propia evolución iba a ser la mejor prueba de la validez de las afirmaciones de Michels. Como advierte el llamado "testamento político de Lenin", hecho público por Kruschov en su Informe al XX Congreso del PCUS en 1956, que es una extensa carta dictada por el máximo líder soviético a sus secretarias poco antes de su muerte, en 1922, y que consiguió eludir la férrea censura estalinista de la época, el PCUS estaba ya completamente burocratizado en esa fecha y en vías de imponerse férreamente a la sociedad con el estalinismo, en lugar de estar completamente a su servicio, como postulara Marx.

Junto a las causas psicológicas, hay otras causas técnicas para el surgimiento del liderazgo oligárquico. Toda organización requiere especialización de funciones y expertos. A los miembros de las bases de los partidos les resulta imposible supervisar o controlar las decisiones que incumben al partido y que son tomadas por los técnicos, por los expertos. Por otra parte, la propia dinámica de la vida intrapartidaria (elecciones a los cargos ejecutivos, enfrentamientos entre sectores internos, etc.), por una parte, y, por otra, de la vida extrapartidaria (necesidad de un líder conocido y estable para las confrontaciones electorales y los debates parlamentarios, así como para las elecciones generales, etc.), todo ello contribuye a reforzar el rol y el poder del liderazgo. Así, para Michels, el resultado de este doble proceso es la creciente separación social entre los dirigentes y las masas: "*Mientras que su dedicación a las necesidades de la vida diaria hace imposible que las masas alcancen un conocimiento profundo del entramado social, y, sobre todo, del funcionamiento de la máquina política, el dirigente de origen obrero puede, gracias a su nueva situación, familiarizarse*

inmediatamente con todos los detalles técnicos de la vida pública y aumentar así su superioridad sobre la base."

A partir, como hemos visto, de la constatación de la falta de democracia en el funcionamiento interno de las organizaciones que dominan la vida política de las sociedades contemporáneas, postula Michels la inevitabilidad de las minorías dirigentes. La organización pasa de ser un instrumento de adecuación de medios a fines, a convertirse en la esencia vital del grupo en cuestión. Lo que era accesorio se convierte así en fundamental y de este modo se trastocan las prioridades establecidas en el seno de la organización.En consecuencia, la organización se convierte en el fin principal a mantener y a fomentar, al mismo tiempo que los fines que habían dado origen a su surgimiento, pasan a un segundo plano. El relato pormenorizado e esta mutación inevitable es el hilo conductor del análisis del fenómeno de la oligárquización del partido que lleva a cabo Michels.

En el seno de *toda organización* surgen, según Michels, dos fenómenos íntimamente vinculados entre sí: la jerarquía y la burocracia, que son incompatibles, por naturaleza, con una toma de decisiones de carácter democrático. Al igual que para Weber, para Michels la organización supone la división jerárquica del trabajo, lo que implica, además, el sadvenimiento al primer plano de la escena política de un conjunto de individuos exclusivamente dedicados a resolver los problemas que se plantean en la organización –los tradicionales *apparatchiks* del comunismo soviético–; es decir, un aparato burocrático caracterizado por el relativamente elevado nivel de sus conocimientos técnicos. El liderazgo, término y/o concepto que en Michels engloba al de aparato burocrático, se define esencialmente por el hecho de monopolizar la circulación interna de la información y los conocimientos necesarios para el mantenimiento de la organización. Y al mismo tiempo que monopoliza la información y los conocimientos, este grupo se hace permanente, sin que parezca posible una renovación frecuente de sus miembros, lo que significa la profesionalización del liderazgo. Se va formando así un grupo cada vez más cerrado sobre sí mismo, que va generando sus propios intereses y que, al mismo tiempo, tiene los medios para llevarlos a cabo. En Michels, no se trata tanto de que los líderes utilicen a la organización para realizar sus propios intereses, sino más bien de que por el mero hecho de ser minoría, ésta transforma sus puntos de vista acerca de los fines de la organización y el modo de alcanzarlos, desviando a esta última de la senda que, en principio, justificaba su existencia: "La causa principal de la oligarquía en los partidos democráticos habrá de encontrarse en la responsabilidad técnica del liderazgo."

Y, sin embargo, el liderazgo es imprescindible para un eficiente funcionamiento en las sociedades de masas: "El liderazgo es un fenómemo necesario en toda forma de vida social. […] Pero tiene gran valor científico demostrar que todo sistema de liderazgo es incompatible con los postulados más esenciales de la democracia."

Dentro de la organización, la democracia se puede definir meramente como un método instrumental de elección del liderazgo, completamente ajeno a las connotaciones ideológicas o normativas de la concepción rousseauniana de la democracia: "Cuando los obreros eligen a sus propios líderes, están forjando con sus propias manos nuevos amos, cuyos medios principales de dominio están en las mentes mejor construidas."

Uno de los principales especialistas en el pensamiento político de Michels, el politólogo norteamericano de origen español Juan José Linz, propone el siguiente esquema de las características de la oligarquía y del proceso de transformación oligárquica de las organizaciones:

1. Aparición del liderazgo.

2. Aparición del liderazgo profesional estabilizado.

3. Formación de la burocracia.

4. Centralización de la autoridad.

5. Desplazamiento de objetivos, en particular desviación de fines últimos hacia objetivos instrumentales.

6. Creciente rigidez ideológica.

7. Incremento de la diferencia de puntos de vista entre los líderes y los miembros de la organización.

8. Disminución de las posibilidades de participación de los miembros de la organización.

9. Cooptación de los líderes de la oposición naciente por los conformados.

10. Viraje del llamamiento a los miembros hacia el llamamiento al electorado, primero de clase y después más amplio."

Así, la aporía de que adolecen los partidos socialistas democráticos consiste, para Michels, en que para alcanzar sus objetivos ideológicos precisan de una organización, pero es precisamente la organización la que conduce de manera inevitable a la aparición de una oligarquía y de nuevas desigualdades, para cuya superación habían surgido precisamente estos partidos: "La organización política conduce al poder. Pero el poder es siempre conservador."

Michels acabará por negar la esperanza compartida por buena parte de los políticos del siglo XX: la fe en que la democracia podría ser finalmente alcanzada en una sociedad que veía llegar, por primera vez, a las masas a la esfera pública. Pero el discurso de Michels adolece, a su vez, de una ambigüedad fundamental. Por un lado, define a la sociedad moderna como una sociedad de masas e insiste en la imposibilidad de retorno al pasado, hacia formas políticas aristocráticas. La tendencia natural de la evolución social parece apuntar, pues, hacia sistemas democráticos –de hecho, Michels reconoce que la concepción democrática está en la base de todas las ideologías progresistas y revolucionarias del mundo

contemporáneo-. No obstante, por otra parte, niega radicalmente la posibilidad de llevar a la práctica verdaderos sistemas políticos democráticos dentro de las sociedades de masas. La fórmula de la democracia representativa, además, no soluciona el problema, puesto que únicamente da lugar a que se afiance el dominio de los representantes sobre los representados, inaugurando el camino hacia regímenes políticos de tipo bonapartistas. Pero Michels en lugar de presentarse como continuador del optimismo ilustrado, que se traduce en la idea del progreso y en la visión de la historia como un proceso reformista, optará por afirmar, en la línea más pesimista del elitismo político clásico, que la oligarquía hunde sus raíces en lo más profundo de la sociedad, por responder a la propia naturaleza de la sociedad de masas.

No obstante, cuando Michels escribió *Los partidos políticos* todavía apoyaba, en 1910, la lucha en pro de más democracia, como medio de reducir las tendencias oligárquicas. Su mencionada obra acaba con estas palabras: "Cuanto más comprende la humanidad las ventajas que tiene la democracia, aunque imperfecta, sobre la mejor de las aristocracias, tanto menos probable es que el reconocimiento de los defectos de aquella provoque un retorno a la aristocracia.... La democracia es un tesoro que nadie descubrirá jamás por la búsqueda deliberada, pero si continuamos nuestra búsqueda, al trabajar infatigablemente para descubrir lo indescubrible, realizaremos una obra que tendrá fértiles resultados en el sentido democrático."

Años más tarde, sin embargo, encontrará "la salida" a esta ambivalencia en su ferviente adhesión al irracional y antidemocrático liderazgo político de Benito Mussolini. Para Michels, *Il Duce* traducía "en forma desnuda y brillante los deseos de la multitud". Los compromisos vulgares y el conservadurismo dictado por las limitaciones de la democracia burocrática y oligárquica, no eran para el carismático *Duce* del fascismo italiano: "En cambio, su perfecta fe en sí mismo, base esencial para esta forma de gobierno carismático, proporciona la tendencia dinámica característica. Y ésto por dos razones: un pasado de luchas, de luchas victoriosas, hay en el líder carismático; por esto tiene conciencia de sus aptitudes, que se han demostrado capaces de una aplicación valiosa.... Por otra parte, su futuro depende de las pruebas que pueda darnos de su buena estrella."

Y así, ese Robert Michels, que durante años había sido excluido en Alemania de la ocupación de cargo académico alguno por su militancia socialista, acabará abominando del socialismo, y abrazando fervorosamente la irracionalista causa del fascismo italiano. Y finalmente abandonará su puesto de profesor en la Universidad suiza de Basilea, alcanzado ya en su madurez, para aceptar el cargo de Rector de la Universidad de Perugia, que el propio Mussolini habría de ofrecerle personalmente en 1928.

El pensamiento de Robert Michels en la comprensión del fenómeno oligárquico de las sociedades postindustriales

---

Edgar Ortiz Arellano

El presente ensayo intenta esbozar líneas generales del pensamiento de Michels y su inserción explicativa en las sociedades del siglo XXI que se caracterizan por tener un amplio discurso democrático que pretende legitimar el poder político dominante, es cierto también que la ciudadanía global se distingue por un amplío descontento hacia lo político como resultado de la imposibilidad y apatía de las élites del poder para resolver los problemas sociales y económicos del mundo global.

Introducción

Con el fin de la Segunda Guerra Mundial y el posterior arribo de las tecnologías de la comunicación y de la información se desarrollo una sociedad de masas pero ya no sustentada en la producción Taylorista y Fordista que se caracterizo por la utilización de grandes contingentes de masas obreras que eran utilizadas para incrementar el proceso social productivo que el capitalismo necesitaba para ingresar a su fase imperialista y después global.

A principios del siglo XX aparece el pensamiento de Robert Michels con su obra más importante Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna, que pretendía llenar el vacío explicativo sobre el comportamiento de los líderes que se encumbraban en el poder

de sus respectivos partidos los cuales se caracterizaban por ser de masas y de izquierda, sin embargo el estudio sociológico que desarrollo supero por demás las expectativas y se convirtió en un referente obligado para comprender la etiología de las élites políticas y sus consecuencias para el desarrollo democrático de las sociedades.

En este sentido el presente ensayo intenta esbozar líneas generales del pensamiento de Michels y su inserción explicativa en las sociedades del siglo XXI que se caracterizan por tener un amplio discurso democrático que pretende legitimar el poder político dominante, es cierto también que la ciudadanía global se distingue por un amplío descontento hacia lo político como resultado de la imposibilidad y apatía de las élites del poder para resolver los problemas sociales y económicos del mundo global.

Ley de hierro de la oligarquía

Las sociedades de masas se caracterizan por una necesidad de generar organizaciones y estructuras que permitan la coordinación armónica de los múltiples agentes sociales para la convivencia pacifica y estable. De la necesidad de organización surgen individuos que se ponen al frente de los diferentes grupos sociales y estos comienzan a especializarse como un fenómeno indispensable de los que ejercen el liderazgo y poder.

Así la historia para Michel es una reiterada separación ineludible entre aquellos que mandan y por otra parte están las grandes masas que sólo obedecen, este acontecimiento es propio de las democracias, donde si bien los gobernantes son elegidos, estos por la especialización administrativa, técnica y de ejercicio propio del poder van separándose de los gobernados, un factor determinante para este fenómeno radica en que las sociedades de masas necesitan de la división funcional del trabajo, así bajo estas variantes Michels formula su ley de hierro de la oligarquía: “La organización es la que da origen al dominio de los elegidos sobre los electores, de los mandatarios sobre los mandantes de los delegados, sobre los delegadores. Quien dice organización dice oligarquía.”

Para Michels la organización es una estructura que genera la dominación oligárquica característica de nuestro tiempo. Las sociedades de mediados del siglo XX y principios del siglo XXI dejaron el proceso industrial a un lado y las grandes masas de individuos se distribuyeron en diferentes actividades económicas que hacen que la consciencia de clase se difumine en espacios que se caracterizan por crear condiciones que aumenten la apatía de los individuos y genera ambientes favorables para que las tendencias oligárquicas se acentúen mas, los puestos partidistas viven en la opacidad, los medios de comunicación saturan de información a las personas, las pirámides de mando y liderazgo se vuelven gigantescas, los sistemas electorales se diseñan de tal manera que ya no importa si

los partidos tienen seguidores o no, las burocracias partidarias construyen el aparato legal que garantice su permanencia en los escaños parlamentarios y burocráticos con ello aumentando su capacidad para consolidar su posición, así como el ejercicio del poder que les reditúa en más poder.

La masa se deja llevar por el mito de que los líderes son superiores y se sienten mejor cuando son gobernados por otros, pero en los tiempos actuales simplemente no hay interés por saber que hacen los políticos, lo cual les reditúa, ya que las élites se vuelven mas cerradas y mejor aun las decisiones escapan de todo escrutinio público.

La ley de hierro de la oligarquía traspasa todas las épocas, tal vez, sea la necesidad inherente de cualquier sociedad humana de requerir un orden mínimo de gobierno así como de tener prioridades básicas para la existencia de la comunidad. La organización democrática se encuentra sustentada en una organización biopolítica que no permite la verdadera representación del electorado ante los órganos de gobierno, dicha tendencia fue observada por Michels al referirse que las democracias necesariamente requieren de funcionarios altamente especializados, que los hace indispensables, de este modo no pueden ser removidos de sus puestos convirtiéndose en una élite que disfruta del poder a perpetuidad.

Lucha y reconfiguración oligárquica

En Michels los líderes sociales terminan convirtiéndose en un grupo dominante de sus propios seguidores, las luchas de emancipación social siempre terminan con el encumbramiento de los jefes del movimiento y estos repiten tarde que temprano los abusos cometidos por los viejos oligarcas derrocados.

Las estructuras actuales rebasan las fronteras nacionales, así que la luchas emancipadoras son también un movimiento global, pero estos grupos libertarios son dirigidos por un grupo pequeño de individuos que tienen como característica fundamental que cuentan con los recursos para operar a nivel mundial lo que los convierte en un grupo faccioso que tiende con el tiempo a representar sus intereses personales convirtiéndose en una élite intermedia que lucha por derrocar a los superacumuladores globales que busca también desequilibrar a las estructuras políticas que normalmente son quienes ponen las condiciones para que la oligarquía global opere cuando menos con mínimas garantías para la reproducción del sistema político y del capital.

La lucha contra las oligarquías en la teoría de Robert Michels que el único desenlace posible es un reacomodo de fuerzas que trae consigo otro nuevo grupo dirigente que se encarga en primer lugar de mantener su poder e influencia y en segunda instancia tratan de construir condiciones para perpetuarse en el poder, esperando que no surja un grupo opositor que pueda poner en riesgo su hegemonía.

En condiciones de pobreza extrema la lucha por el liderazgo político se vuelve aún mas polarizado y exacerbado porque los agentes que participan en ella saben de las ventajas y privilegios que disfrutarán una vez que lleguen al control de la organización social: dinero, recursos casi ilimitados, estatus social entre otras muchas cosas, así los grupos se atacan de manera beligerante, disminuyendo la capacidad de la organización social, ya que las acciones de gobierno son constantemente denostadas y atacadas por las estructuras que aspiran al poder.

Conclusiones

En esta primer entrega esbozamos las ideas generales de la "ley de hierro de la oligarquía" de Robert Michels con no otra pretensión más que la de señalar la vigencia del pensamiento de uno de los grandes teóricos del elitismo político.

La teoría elitista se inscribe en un pesimismo por las formas democráticas de gobierno las cuales son simples círculos donde los grupos de oprimidos logran ascender en los laberintos del poder y una vez alcanzado el mismo, de manera irremediable se especializan olvidando las causas por las que luchaban volviéndose contra sus compañeros de lucha.

Leer a Michels ayuda a explicar el por qué de la búsqueda del sentido en nuestras sociedades posmodernas que no tienen mas lógica que la predominancia económica y la lucha por el poder, ahora bien este fenómeno no es nuevo, el problema consiste hoy en que las grandes masas están individualizadas, segmentadas y focalizadas en estructuras básicas de convivencia, de este modo, el individuo se encuentra en una dicotomía permanente entre lo virtual y lo real, su lógica de comportamiento ya no es según su origen de clase, los conceptos de izquierda y derecha se van diluyendo en al vorágine de la subsistencia, las oligarquías nacionales son una sombra de los hombres que a nivel global detentan el poder económico que les da a su vez una preponderancia también en lo político. Quizás para entender el ascenso de las oligarquías globales el análisis de Michels sea insuficiente pero es sin lugar a dudas una excelente aproximación que nos puede dictar las posibles líneas de futuras investigaciones.

Teoría de las élites

Rocío Valdivieso del Real

Élite, -como todas las palabras- se ha transformado a través de la historia, adquiriendo diferentes acepciones. "El término francés élite es el sustantivo correspondiente al verbo elire (escoger) y hasta el siglo XVI, fue tan solo choix (elección, acción de escoger)" (Ferrando, 1976). En el siglo siguiente adquirió más que todo un sentido comercial, para designar a los bienes de calidad especial y fue en el siglo XVIII, cuando se empezó a determinar mediante esta palabra a algunos grupos sociales y, con tal sentido pasó al inglés. Elite empezó a constituirse en el significado que hoy es usual durante la Belle Epoque, y se difundió extraordinariamente al socaire de la boga de los autores "Maquiavelistas" en el primer tercio del siglo XX.

Así entonces, en el amplio sentido, se indicaba con esta palabra a quienes tenían las más altas aptitudes frente al promedio general y, en un sentido más restringido, se refería al grupo que G. Mosca denominó "clase política". Más tarde W. Pareto, hace una distinción entre "Elite no gobernante" y "Elite gobernante", que ejerce el control efectivo del poder. En este sentido se suele asimilar élite a la "clase dominante" o de oligarquías, como lo hizo R. Michels.

Los teóricos clásicos de las élites, Mosca, Pareto y Michels -éste último centrado en la organización de los partidos políticos- fueron calificados de "Maquiavelistas". La visión maquiavélica lleva implícita la trasposición de la conducta de un Príncipe a las acciones de las élites políticas decisoras. (Burnham, 1949). Estos autores son los que al principio del presente siglo, de manera secuencial por la misma época y respondiendo a situaciones concretas de las realidades por ellos vividas, cuestionaron el Estado democrático (y aún el socialista) como garantizador de las igualdades; en el cual siempre se observa que una minoría tiene la facultad o el poder de imponer sus decisiones minoritarias sobre la mayoría.

Sin embargo, la verdadera importancia del elitismo clásico estriba, a nuestro entender, en el empeño que pusieron sus principales representantes en sentar las bases de una nueva forma de entender las ciencias sociales en general y, muy en concreto, la ciencia de la política. Una nueva disciplina en la cual el concepto de élite política o de clase política (según el autor considerado variará la denominación) va a convertirse en el eje central de todo el razonamiento. Es preciso, por tanto, comenzar haciendo una referencia hacia el estudio de los fenómenos políticos, presente sobre todo en los estudios de Pareto y Mosca.

El origen de la teoría de las élites

La teoría de las élites tiene su punto de arranque en la constatación, fácilmente observable, de que en toda sociedad hay unos que mandan, gobiernan y dirigen (la minoría) y otros (los más) que obedecen y son gobernados. El fundamento de la teoría está, pues, en la oposición entre quienes detentan el poder, las élites, y los que no tienen poder, las masas, que son dirigidos por aquéllos.

La definición de Pareto

Vilfredo Pareto ha sido quien ha dado al término y a la noción de élite carta de ciudadanía en Sociología. En opinión de este autor, la élite está compuesta por todos aquellos que manifiestan unas cualidades excepcionales o dan pruebas de aptitudes eminentes en su dominio propio o en una actividad cualquiera. Como se habrá advertido, Pareto define la élite en términos muy parecidos a como la entiende el sentido corriente: le atribuye un valor cualitativo. La élite, a su juicio, esta integrada por miembros "superiores" de una sociedad, por aquellos a quienes sus cualidades eminentes deparan poder o prestigio.

Por lo demás, a la luz de esta noción de élite es preciso comprender la teoría de la "circulación de las élites" de Pareto. De acuerdo con esta teoría, la pertenencia a la élite no es necesariamente hereditaria: no todos los hijos tienen las cualidades eminentes de sus padres. Se produce pues una incesante sustitución de las élites antiguas por otras nuevas, salidas de las capas inferiores de la sociedad. Cuando tiene lugar esta constante circulación de las élites, se mantiene más firmemente el equilibrio del sistema social, en la medida en que esa circulación asegura la movilidad ascendente de los mejores espíritus. La circulación de las élites concurre al mismo tiempo que el cambio social, porque trae consigo a su vez la circulación de las ideas.

La definición de Mosca

Gaetano Mosca cree que la élite está compuesta por la minoría de personas que detentan el poder en una sociedad. Esta minoría es asimilable a una auténtica clase social, la clase dirigente o dominante, porque aquello que constituye su fuerza y le permite mantenerse en el poder es precisamente su organización, su estructuración. Existen, en efecto, diversos vínculos que unen entre sí a los miembros de una élite dominante, etc. Estos lazos o vínculos aseguran a la élite una

unidad suficiente de pensamiento y la cohesión propia de grupos característicos de una clase. Dotada ya de poderosos medios económicos, la élite se asegura, además, por su unidad, el poder político y la influencia cultural sobre la mayoría mal organizada. Esto explica el papel histórico de la élite.

Pero la élite no es totalmente homogénea. En realidad, está estratificada. Casi siempre cabe observar en ella un núcleo dirigente, integrado por un número reducido de personas o de familias que gozan de un poder muy superior al de las demás. Este núcleo rector desempeña las funciones de liderazgo en el seno de la élite: constituye una especie de superélite dentro de la élite. El liderazgo en cuestión presta a la élite una fuerza y eficacia mayores aún.

Mosca concluye finalmente en la posibilidad de elaborar una explicación completa de la historia a partir de un análisis de las élites rectoras. La historia se le antoja como animada por los intereses y las ideas de una élite establecida en el poder.

Por tanto, el hecho innovador de Mosca y Pareto fue incidir en que un grupo minoritario del sistema social se encargara de dirigirlo y que esta minoría se distanciara y escapara del control de la mayoría (Parry, 1980, p. 31). Por lo tanto, un primer y único acotamiento que introdujeron los clásicos fue el de contraponer la élite a la parte de la población excluida de la misma, la no-élite (élite vs masa).

Ambos autores identifican un grupo dirigente frente a otro que es dirigido, a un conjunto de personas que monopolizan el poder político frente al resto que se ve desposeído de él. A los clásicos sólo les interesa aquellas personas que dominan los accesos generales de las fuentes de poder; no contemplan la posibilidad de que este grupo, grande o pequeño, se encuentre subdividido en unidades más pequeñas que se correspondan con las divisiones del tejido social. No se puede hablar de varias élites sino de una única élite, la élite política. En el campo militar, en el religioso, en el económico se hallan personas con las categorías "residuales" superiores -según la terminología paretiana-; sin embargo, constituyen el centro de atención aquellas personas cuyas categorías "residuales" superiores les confieren las claves de acceso al poder.

En líneas generales, subyacen dos grandes diferencias entre los dos representantes de la "Escuela italiana de los elitistas". Por un lado, el concepto utilizado por ambos -dirigentes, élite (Pareto), clase política (Mosca)- varía. Según Rebenstorf, Pareto ve en el grupo dirigente, personas individuales que llegan a la cumbre por ser los mejores. Según él, aquéllos que tengan los residuos apropiados, serán capaces de ascender. No obstante, no presupone ninguna cohesión entre aquéllos miembros de la élite que tengan los mismos residuos, para él no tiene ningún sentido la formación de una esencia política común. Frente a este modelo individual, abierto, de elección de los mejores, se opone el modelo de Mosca, la clase política. Aunque Mosca acepta el fenómeno de la dominación de la minoría como universal, su existencia depende del grado de institucionalización logrado; no se entiende su posterior reproducción si no es a través de las organizaciones burocráticas. Los miembros de la clase política no son los mejores en el sentido paretiano, sino que su acceso al poder depende de la educación, que es mediatizada por el origen social. El éxito de la clase política está condicionado a su capacidad

para obtener una mayor integración social. Frente al individualismo de Pareto, el concepto de la clase política traduce mejor la cohesión entre los miembros de la misma y la conciencia de la propia posición del individuo en relación con el resto (Rebenstorf, 1993).

Por otro lado, se atisban ligeras disimilitudes en la interpretación de ambos autores de la obtención y el mantenimiento del poder por parte de las élites. Mientras que Pareto no presta atención al posible papel que puedan jugar las condiciones sociales ambientales en la transformación y la "circulación" de las élites; Mosca, sin embargo, señala que el cambio del equilibrio de poderes en las sociedades democráticas puede influir notablemente en su composición (Herzog, 1982).

Unidad o pluralidad de las élites

La dicotomía de la élite gobernante y la masa dirigida expuesta por primera vez por los autores clásicos no exterioriza la diferenciación de la sociedad en toda su dimensión. Sin embargo, estas connotaciones ideológicas que aparecen en las teorías elitistas de los clásicos, han seguido marcando también los estudios más recientes sobre las élites, aunque con distintos matices y diferenciaciones. En este sentido, ha existido toda una controversia, que data ya de varias décadas, sobre la configuración de la estructura de poder que caracteriza a las sociedades industriales modernas.

El punto central de esta controversia radica en saber si nuestras sociedades occidentales están regidas por una élite dominante que controla los principales mecanismos de poder, económico, político e ideológico, o si, por el contrario, ante una pluralidad de élites, cuyo poder e influencia se ven en la práctica contrastados y compensados entre sí, alcanzando de este modo algún tipo de equilibrio. Así, mientras unos hablan de "élite del poder" y de "establishment", otros insisten en la existencia de "pluralismo político" y de "equilibrio de poderes". El primer punto de vista responde a lo que se ha venido en llamar la "teoría elitista", el segundo viene siendo conocido como la concepción "pluralista-democrática". Veamos brevemente las argumentaciones de una y otra posición.

Entre los de la teoría "elitista", están sin duda los estudios aparecidos en los años 50 de dos sociólogos americanos: F. Hunter y C. Wright Mills. El libro de Hunter, Community Power Structure, se centra en la estructura de poder de las comunidades locales, consideradas como un laboratorio de lo que sucedería en el nivel nacional. La principal conclusión de Hunter es que en la ciudad estudiada, Atlanta concretamente, el poder estaba en manos de un reducido número de líderes que controlaban los principales resortes decisorios en la vida de la comunidad. En un trabajo posterior, Hunter concluiría diciendo que "los hombres más influyentes en la formación de la política nacional se encuentran en las grandes ciudades, manejando las grandes empresas corporativas y usando su influencia para conseguir que el gobierno se mueva de acuerdo con sus intereses" (Hunter, 1959). El tiempo ha demostrado que es difícil extrapolar al ámbito nacional los resultados obtenidos

en la esfera local, y que tampoco pueden ser comparables los estudios de las corporaciones locales encuadradas en sistemas políticos diferentes (Herzog, 1982).

Si los trabajos de Hunter levantaron fuertes reacciones en la comunidad académica americana, mayores fueron aún las que suscitaron con ocasión de la publicación por C. Wright Mills de su obra The Power Elite. En ella, Mills trata de demostrar que las grandes masas de la población americana están dominadas por un reducido número de gente que configuran la élite de poder en la sociedad americana: los propietarios y managers de las grandes corporaciones, los políticos, y los altos mandos militares; tres grupos que confluyen conjuntamente en las altas esferas de sus respectivas pirámides institucionales, formando una élite de poder con múltiples lazos e interconexiones entre sus miembros. Esta unidad de la élite de poder se apoya, según Mills, no sólo en las coincidencias estructurales de las posiciones de mando y de sus respectivos intereses objetivos, sino también en la acción directa que unos y otros llevan a cabo para coordinar sus actuaciones conjuntas, al igual que en toda la red de relaciones sociales que mantienen entre sí los miembros de cada uno de los sectores de la élite (idénticos orígenes sociales, relaciones familiares y personales, intercambio de individuos de las posiciones de un sector a otro, etc.) (Mills, 1956).

Con Mills, ya no se habla de una clase de los mejores, ni tampoco de los elegidos; el elemento determinante es la estructura donde las personas se encuentran incardinadas. Es importante hacer notar que sólo las personas que ejercen el poder durante cierto tiempo forman parte de la élite; se desprecia así a aquellos que desempeñan el poder puntualmente.

Como tesis, la élite del poder no era novedosa, pero los aportes de Mills están en caracterizar al poder como algo relacional dentro de una estructura social, a través de las altas posiciones y abandonar así la línea de las biografías como base para el estudio de las minorías.

Frente a estos planteamientos, los teóricos "democrático-pluralistas" han pretendido siempre que la realidad del poder en las sociedades occidentales no responde a un esquema unitario de una élite de poder que parece controlarlo todo. Según ellos, el poder no está de hecho tan concentrado como la teoría "elitista" parece indicar; existe una pluralidad de grupos influyentes y de élites sociales, cada uno de los cuales ejerce su influencia en determinados sectores específicos, lo que impide que exista en realidad una única élite del poder.

La respuesta contra esta concepción unitaria del poder se inició en los Estados Unidos con Dahl y su escuela. Su aproximación pluralista surgió como consecuencia del estudio de New Haven, ciudad norteamericana en la que analizó la composición de las élites locales. El examen histórico de los grupos dirigentes de la ciudad permitía aseverar el paso de una oligarquía patricia, que dominaba todos los recursos de forma acumulativa, al equilibrio de los diferentes grupos de líderes, cada grupo con un acceso a una combinación diferente de recursos políticos. En cualquier caso, ningún grupo tenía la capacidad de controlar totalmente la comunidad. (Dahl, 1979). Es lo que estos autores han llamado el "equilibrio de poderes" característico de la sociedad democrática. Para los teóricos pluralistas, el Estado, sujeto como está a una multitud de presiones diferentes, tiene como misión

precisamente la de reconciliar los distintos intereses de unos y otros, tratando de mantener una cierta neutralidad y buscando de ordinario la solución de compromiso; única manera de poder tener una política democrática, competitiva y pluralista en las modernas sociedades industriales.

La reacción a estas teorías "pluralistas", iniciada por Hunter y Mills según hemos visto, se ha visto prolongada posteriormente por nuevos estudios como el de G.W. Domhoff en Estados Unidos y los de S. Aaronovitch y R. Miliband en Gran Bretaña, aunque desde una perspectiva un tanto diferente ahora. Lo característico de estos estudios más recientes es que tratan de ligar la élite del poder a la clase dominante, a diferencia de los anteriores en los que el concepto de "élite" tendría a reemplazar al de "clase dominante" en el sentido marxista. Domhoff, por ejemplo, considera la élite del poder como "servidora de los intereses de la alta clase social; es su brazo ejecutor", en la medida en que son los miembros de esta clase alta quienes definen la mayoría de las cuestiones políticas, forman las propuestas de política general del país y, en definitiva, influyen y dominan completamente al gobierno (Domhoff).

En la misma linea, Aaronovitch, en su obra The ruling class, se centra fundamentalmente en ver cómo los capitalistas financieros, como clase económica, dominan políticamente. En sus propios términos, "los capitalistas de las finanzas pueden describirse verdaderamente como la clase dirigente si de hecho las decisiones políticas y económicas son tomadas por sus representantes y a favor de sus intereses". Lo que ciertamente ocurre en la sociedad inglesa, como trata de demostrar a lo largo de todo su estudio, ya que, debido al control que los capitalistas ejercen sobre el Estado, "las decisiones que afectan al bienestar y a las propias vidas de millones de gente se toman sin discusión pública o control popular efectivo" (Aaronovitch, 1961).

A idénticas conclusiones llega Miliband en The State in Capitalist Society, cuyo argumento central, apoyado en toda una serie de consideraciones teóricas y constataciones empíricas, es que en los regímenes de las democracias occidentales una clase económicamente dominante gobierna a través de instituciones democráticas. En este sentido, nos encontramos, pues, ante una clase dominante que, por su control sobre la vida económica de la sociedad, consigue también influenciar las decisiones políticas en defensa de sus intereses específicos de clase.

La importancia de estudios como el de Miliband, a pesar de ciertas ambigüedades y puntos discutibles en su argumentación, estriba fundamentalmente en que nos hacen ver la debilidad teórica del concepto de "élites" para explicar el funcionamiento de nuestras sociedades capitalistas actuales, apuntando consiguientemente a la necesidad de acudir para ello al análisis de las clases y de sus relaciones sociales.

Como ya apunto Mills y, posteriormente otros autores, en los últimos años los estudios sobre las élites han ido centrándose en el análisis de las formas de las redes de relaciones existentes entre las posiciones sociales ocupadas por los miembros de la élite, más que en el de las características individuales de los ocupantes. Por tanto, desde las estructuras se puede averiguar cómo se cumplen las

distintas funciones de la dominación, la integración y la representación de los intereses sociales (Highley y Moore, 1981).

En definitiva, a las élites les distingue su localización estratégica en las organizaciones o en la sociedad para la toma de decisiones. Los grupos dirigentes no ejercen el poder ni en el vacio ni desde la nada, se amparan en las organizaciones mediante las que el Estado y la Sociedad se articulan. Estos estudios conectan el concepto de élite al de estructura. Las élites serán denominadas normalmente aquéllas personas, cuyo poder está institucionalizado, esto es, como expresión de una estructura de poder con una mayor o menor duración determinada (Hoffman-Lange, 1992).

Ello significa, como han apuntado diversos autores con posterioridad, que en la consideración de la sociedad y sus fenómenos claves debe producirse un desplazamiento del interés en las personas físicas como sujetos de las relaciones sociales. En efecto, las personas son contingentes y por tanto cambian y se renuevan. Por el contrario la reiteración de relaciones a partir de las aptitudes diferenciales y los entrecruzamientos e interconexiones de estas relaciones, dan lugar a una serie de espacios abstractos a los que conviene la denominación de posición en sociedad (Pizarro, 1990 y Baena, 1992).

En consecuencia, desde esta perspectiva, no existe la posición aislada sino una serie de posiciones que constituyen conjuntos correspondientes a la intersección de relaciones. Ahora bien, las relaciones no se dán sólo en el interior de los conjuntos posicionales, sino también entre las posiciones de cada conjunto y de los demás, de ahí que exista a su vez una red de complejidad aún mayor entre los conjuntos posicionales.



Elitismo y Democracia: de Pareto a Schumpeter

Mercedes Carreras

I. La historia como cementerio de aristocracias

Aun cuando la vida y escritos de Vilfredo Pareto (1848-1923) dan testimonio global de una postura coherente en relación con la democracia, la gran variedad de connotaciones que rodean a este término precisan de un análisis más detallado, por otra parte inexistente en su obra. En 1882, a los treinta y cuatro años de edad, se presentó como candidato moderado en las elecciones por el colegio de Pistoia-Prato. De manera que su participación en el sistema ya supuso al menos cierta aceptación, pues esperaba hacer algo desde dentro. Sin embargo, la derrota electoral le dejó un recuerdo amargo, que le acompañó siempre y le predispuso a examinar más de cerca el verdadero alcance de la representación.

Ante la imposibilidad material de proceder a una democracia directa similar a la de los cantones suizos en comunidades más amplias, dotadas de otro tipo de organización, Pareto procederá al análisis de la democracia representativa, por ser ésta la más frecuente en las sociedades occidentales, si bien la mayoría de las veces se referirá a ella simplemente como democracia.La opinión de Pareto respecto a esta última es clara: por un lado, se enfrenta al hecho permanente del Gobierno de una élite que persigue sus propios intereses, aunque trata de convencer al pueblo para hacerlos coincidir con los suyos, mediante todo tipo de ideologías —derivaciones, en el lenguaje paretiano— acordes con los sentimientos presentes en la masa de electores; por otro, reconoce el peligro que entraña el desgobierno, y

tampoco está por la tiranía y el uso indiscriminado de la fuerza. Sin embargo, advierte que la democracia representativa *tout court* no existe, pues la soberanía del pueblo acaba al depositar su voto en la urna. Con todo, Pareto sigue pensando que la democracia basada en el equilibrio de poderes y en el pluralismo político sigue siendo un modelo válido a falta de otro mejor. Tampoco hay que olvidar que al final de sus días pondrá sus esperanzas en el fascismo como régimen alternativo, aunque es casi seguro, a la vista de su talante liberal, que se habría sentido profundamente desilusionado con su evolución.

Para Pareto, la fórmula «la historia es un cementerio de aristocracias» supone que la historia es una repetición indefinida del mismo fenómeno: una minoría arrebata el poder a la mayoría que domina y se erige en minoría dominante. La dominación de la mayoría por la élite es un fenómeno permanente. La idea de una sociedad sin clases, en la que no existan dominantes y dominados, es un sueño inalcanzable. Las élites no son permanentes: declinan, degeneran y mueren, unas veces con lentitud y otras con rapidez. No sólo disminuyen en cantidad, sino también en calidad, dejando lugar para la incorporación de nuevos elementos procedentes de otros estratos del agregado social y poniendo en movimiento la «circulación de las élites».

Pareto no defendía un elitismo aristocrático. Fue el estudio de la historia, de las características sociológicas del hombre y de la naturaleza de las sociedades humanas lo que le llevó al convencimiento de que la oligarquía era inevitable. Por otra parte, como las élites no son permanentes, las leyes que rigen su composición y determinan su caída le resultaban de gran interés. Cabe identificar la libre circulación de élites con una tendencia democrática en su seno; la tendencia aristocrática, por el contrario, denotaría el hermetismo de esas minorías selectas. A su vez, la tendencia democrática facilita el equilibrio social y la estabilidad en el poder de las élites de gobierno.

Pareto parte del reconocimiento de la heterogeneidad social. La sociedad humana es heterogénea; hay heterogeneidad en los sistemas de valores, hay distinción jerárquica entre los individuos... Esta heterogeneidad se concreta en la definición que Pareto propone de élite funcional. Pareto tenía una visión cíclica de la historia, según la cual las formas sociales pasan a través de una serie de etapas que se repiten, una y otra vez, aproximadamente en el mismo orden. Una vez más, Pareto se siente pionero y critica a los historiadores, pues la mayoría de ellos no llega a descubrir este proceso de circulación.

Su visión de la historia como alternancia indefinida de los poderes de las élites está marcada por la oscilación entre dos tipos en la Jefatura del Gobierno: los zorros y los leones. El pensamiento político tiende a creer que el mando es una tarea que requiere personas especialmente cualificadas, de una capacidad excepcional y dotadas tanto de virtud como de inteligencia. Esta inclinación es una versión concreta de la creencia en que la mayoría de los logros humanos son obra

de los grandes hombres. Tal teoría, exaltadora de las proezas de unos pocos selectos, ha ejercido una profunda influencia. En función del análisis procedente podemos afirmar que el problema estriba en determinar en qué medida las diferencias «constituyen una élite», que es algo más que una categoría en un sistema de clasificar a los hombres.

La exhibición de ejemplos históricos es un interminable despliegue de acontecimientos, cuya función es probar lo que para ellos es decisivo: que la naturaleza humana no cambia. Dado que es siempre la misma, se pueden localizar en cualquier momento hombres con capacidad para mandar y hombres que sólo quieren ser dominados. Hombres que aspiran a dominar y dominadores que los reprimen, intentan absorberlos o vacilan y terminan perdiéndose. Las claves del equilibrio social, de la estabilidad de la clase política y de la reproducción de la oligarquía burocrática se encuentran, en último término, en la estructura psicológica permanente de la naturaleza humana. La historia nos enseña, pues, que cualquier esfuerzo por cambiar la situación social es una pérdida de tiempo. En este clima de desencanto, capaz de dar al traste con cualquier ilusión de cambio cualitativo real, cabe concluir «plus ca change plus c'est la méme chose».

La caída de la vieja sociedad liberal y aristocrática de su juventud, el debilitamiento de la clase social a que pertenecía, el avance del socialismo... constituyen una serie de experiencias que Pareto trató en vano de racionalizar o de sublimar mediante una construcción intelectual. Tradujo, pues, sus conflictos y emociones en una formulación discursiva, con el fin de controlarlos. En el fondo, Pareto quiso comprender por qué la historia se desarrollaba de forma caótica y por qué la razón y el progreso eran simples ilusiones. El horror hacia esta situación, contra la que el hombre poco podía hacer, engendraba en él un cinismo que precisaba de la seguridad que otorga la violencia.

II. Heterogeneidad social y democracia representativa

La concepción paretiana de la historia como «cementerio de aristocracias» nos lleva a otra nueva afirmación: la democracia representativa es una «derivación» más. Pareto considera que esta expresión, además de ser indeterminada, encubre una serie de hechos que se propone estudiar. Por una parte, constata que «en los pueblos civilizados modernos hay una marcada tendencia a usar una forma de gobierno en la que el poder de hacer leyes corresponde en gran parte a una asamblea elegida por una parte al menos de los ciudadanos». Por otra, alega que el denominado Estado de Derecho es un mito porque carece de entidad: «... preferiría tener que describir la Quimera». Seguramente 'Pareto se sentía molesto por la vacuidad de la expresión y no acertaba a identificarla con la necesidad de someter el poder político a las normas jurídicas que orientan y limitan la acción de gobierno para promover y respetar los derechos y deberes de los ciudadanos, quienes se hallan a su vez obligados a cumplir dichas normas, que son sus protectoras.

Su punto de partida es, pues, la crítica del régimen parlamentario representativo y su empeño en afirmar que la soberanía pertenece al pueblo. Lejos de ser así, la soberanía está en manos de una pequeña minoría que apela a los principios democráticos sólo para dar una apariencia legítima a sus actuaciones.

Si se observa que, para mantenerse en el poder, las élites modernas utilizan menos la fuerza que la persuasión ideológica, empieza a aparecer clara una de las dimensiones del «otorgamiento del poder» al pueblo: no es otra cosa que una derivación más con fuerte carga ética y con ayuda de la cual es más eficaz la creación de consenso. La ideología democrática, la republicana, la oligárquica, la monárquica, el derecho divino de los príncipes, de la aristocracia o del pueblo no sólo no tienen el menor valor lógico-experimental, sino que son medios mediante los cuales se quiere cooperar en la producción de conformidad. Desde la perspectiva de Pareto: «Un régimen en el que el *pueblo* exprese su *voluntad* —suponiendo, no concediendo, que tenga una—. sin clientelas, intrigas ni camarillas, sólo existe como puro deseo de teóricos, pero no se observa en las realidades ni del pasado, ni del presente, ni en nuestras tierras ni en otras».

La corrupción electoral generalizada en Italia le llevó a cuestionar la limpieza y la efectividad práctica del sistema democrático participativo. La democracia no es posible porque siempre hay una élite gobernante: todo régimen social es siempre aristocrático. Para Pareto, las teorías democráticas son derivaciones que prueban la necesidad que tiene el hombre de mitos y el tipo de ideología que generan unas formaciones sociales.

La idea de una humanidad común, implícita en el concepto de igualdad de todos los hombres, es incompatible con su clasificación en órdenes superiores e inferiores. El ideal democrático fomenta la máxima utilización de las capacidades individuales en interés de la comunidad; pero, en oposición *a* la teoría de la élite, asigna igual peso a la opinión de cada individuo con respecto al rumbo general y a la índole de las medidas políticas. Incluso cuando el correcto equilibrio entre los derechos del sufragio universal y la realidad sociológica esté asegurado, nos encontramos con dos hechos importantes: por un lado, el poder pertenece en propiedad a una élite; por otro, el sistema representativo aparece como una mixtificación ante los imperativos de la razón de Estado y la realidad de la desigualdad social.

La diferencia fundamental entre elitistas y demócratas no se refleja únicamente en sus discrepancias sobre quién debe ser el responsable de determinar cuáles son los problemas básicos del cuerpo político, sino también, y en grado tal vez más significativo, en sus diversos enfoques de lo que constituye el interés público. Las teorías elitistas conciben esto último en términos unidimensionales: se alcanza el interés general cuando la política del Gobierno concuerda con la opinión de la élite. Clasificar las formas de gobierno con etiquetas tales como «democracias parlamentarias», «repúblicas democráticas », «democracias socialistas», «Monarquías

constitucionales» y demás variantes favorece las derivaciones, pero no nos ayuda a apreciar las variaciones sustanciales en la organización de la toma de decisiones políticas en las sociedades modernas. De ahí que Pareto ofrezca su propia clasificación de los tipos de gobierno que examinamos a continuación:

Tipo I. Gobiernos que usan principalmente la fuerza material y la de los sentimientos religiosos u otros similares: se advierte un predominio de los residuos de la clase 11 (persistencia de los agregados/leones) sobre los de clase 1 (instinto de las combinaciones/zorros) y, por tanto, expertos en mantener el orden, la estabilidad y la tradición. Sin embargo, no estimulan la iniciativa económica bien porque son dados a huir de las novedades o porque obstaculizan el ascenso de los que tienen nuevas ideas al respecto. Su enriquecimiento será precario y caerán en manos de una turba armada.

Tipo II. *a)* Gobiernos que usan principalmente la inteligencia y la astucia apelando a los sentimientos: se trata de Gobiernos teocráticos, como los de los antiguos reyes de Grecia, hoy desaparecidos en Occidente, por lo que Pareto no procede a su examen.

Tipo II. *b)* Gobiernos que usan principalmente del arte y la astucia, apelando a los intereses: es un Gobierno de «especuladores», donde prevalece la clase I de residuos y la circulación de las clases selectas es rápida, pero está determinada por la capacidad de producir innovaciones económicas de los aspirantes. Pueden degenerar en Gobiernos astutos, pero débiles, derribados por la violencia interna o externa.

Es evidente que la combinación de esas formas de gobierno varía considerablemente de una sociedad a otra y de una época a otra. La historia está marcada por una serie de oscilaciones periódicas en las que la clase gobernante va de la coerción a la astucia. Sin embargo, una confianza excesiva en la fuerza o en el ingenio no da buen resultado a la larga. Ambas estrategias son antagónicas, la represión engendra sentimientos de opresión y, finalmente, provoca la rebelión. Mientras que una ingenuidad excesiva mina el poder económico y el político, pues los regímenes invierten demasiada energía en la distribución de la riqueza y descuidan el aumento de la producción. Se multiplican los grupos de presión, que nunca se sienten satisfechos, y los esfuerzos para satisfacer su demanda eventualmente conducen a la bancarrota.

La democracia, por su condición mítica, es un vehículo eficaz para el Gobierno demagógico. En manos de una élite perseverante y astuta, el poder de una ficción puede ser letal. Pareto se detiene a considerar el tema del debilitamiento de la noción de Estado en la clase dirigente como causa del debilitamiento del equilibrio de los poderes del Estado representativo. Las decisiones políticas se toman teniendo en cuenta consideraciones que deberán estar de acuerdo con los sentimientos de una colectividad particular. La fuerza centrípeta que potenciaba la concentración del poder se encuentra ahora enfrentada con una fuerza centrífuga

muy poderosa. El poder central, ya sea monárquico, oligárquico o popular, como está sometido a tal fuerza, se disgrega lentamente, y la soberanía pierde poco a poco su atributo más importante: la eficacia. Y como el poder tiene horror al vacío, son los particulares y los grupos que ocupaban hasta entonces papeles secundarios los que intentan del modo más natural conquistar las plazas vacantes. En la mayor parte de los casos se conforman con ejercer un poder de hecho, real y efectivo, aunque todavía jurídicamente inexistente. De todas estas transformaciones surgirá una nueva élite que barrerá sin piedad a la antigua y se apropiará sin escrúpulos de los resortes del poder.

Pareto se opone a las convicciones de la generación de 1848. Después de comprobar en qué se ha convertido la democracia real y cómo funcionan las instituciones representativas, concluye que nada ha cambiado y que las minorías privilegiadas dirigen siempre el juego. Aunque la élite cambie de derivación o de teoría justificativa, la realidad será la misma. Ante la imposibilidad efectiva de la democracia directa, típica de los cantones suizos, que tanto admiraba, al final de sus días Pareto no duda en reiterar la importancia de las instituciones democráticas como foro de opinión, de pluralismo político y como garantía básica de libertad.

III. Elitismo y democracia

La filosofía política moderna comenzó por una reacción frente a una forma especial de elitismo: el elitismo del *status* y el privilegio hereditarios. Ni Maquiavelo ni Hobbes pueden considerarse demócratas, pero ambos criticaron con severidad la aristocracia hereditaria. La revolución industrial y la revolución tecnológica y científica de los siglos xix y xx transformaron las bases del poder económico y social. Henri de Saint-Simón (1760-1825) fue el primero en proclamar un nuevo elitismo y en declarar que las revoluciones democráticas del siglo xvm estaban anticuadas antes de haberse consumado. Hacía falta una nueva élite definida de acuerdo con las necesidades funcionales de la sociedad industrial. El nuevo mundo requería de las habilidades del ingeniero, el científico y el economista.

Así, la democracia, con su interés por la igualdad y la participación popular, resultaba anacrónica y peligrosa. Las decisiones y las medidas a tomar eran cuestiones a determinar por los expertos y no por los grupos parlamentarios o los cómputos electorales. Mientras la democracia se rige por la hipótesis que todos pueden decidir sobre todo, la tecnocracia pretende que los llamados a decidir sean los especialistas. Saint-Simón sueña más con una sociedad corporativizada y basada en el conocimiento científico y el control tecnológico que en una sociedad burocratizada. Para eludir este argumento, los partidarios de la democracia liberal dijeron que los asuntos económicos pertenecían al ámbito de la «sociedad» y, por tanto, estaban protegidos del control político gracias a las inmunidades que salvaguardan la vida «privada».

El auge de las organizaciones industriales a gran escala, promovido por el desarrollo de las sociedades anónimas a finales del siglo xix, puso de manifiesto la insuficiencia de la formulación democrática-liberal. Pero lo decisivo fue el descubrimiento de la burocracia, que, como respuesta a la «democracia de masas», penetraba en la estructura de la democracia y la transformaba. Autores como Michels y Weber hablaron de un sistema burocratizado regido fundamentalmente por élites. Sólo la organización podía hacer frente a la masa informe creada por la urbanización y el industrialismo. Esta línea desemboca necesariamente en el elitismo, pues equipara organización con estructura jerárquica. La consecuencia política de la visión pesimista y no igualitaria de la naturaleza humana es una aceptación de la necesidad de un gobierno autoritario o, cuando menos, de un liderazgo autoritario ejercido por una élite, a menudo sin la participación o el control de la masa.

La reacción de los teóricos demócratas fue débil, probablemente porque el descubrimiento de la «ley de hierro de la oligarquía» y sus variantes se hizo a nivel sociológico. La ley de Michels, formulada sobre la base de los hechos y de la experiencia, era inevitable por ser una característica esencial de todas las sociedades humanas. Esta ley trataba del funcionamiento de los partidos políticos, sin entrar a juzgar la moralidad ni la justicia de tales sistemas. Ya sabemos que es muy propio de los elitistas el negarse a emitir cualquier comentario ético sobre los fenómenos que describen. La mayoría admitió que la política democrática estaba dominada, en distinta medida, por las élites. Matizaban su postura al añadir que la condición suficiente de democracia se cumplía si el electorado podía elegir entre élites rivales; las élites evitaban que su poder fuera hereditario, admitían el acceso de nuevos grupos sociales y extraían su poder de coaliciones cambiantes.

En *La transformación de la democracia* (25) Pareto nos explica de nuevo que los hombres luchan por el poder y que para conservarlo inventan expresiones tales como «socialismo», «capitalismo» o «democracia»... Anuncia la llegada de «tiempos nuevos» en los que, sobre las ruinas de la democracia, se alzará la nueva estructura alimentada por una nueva fe. La nueva situación ofrecerá una nueva fisosofía: antidemocrática, antiprogresista... Se producirá una restauración del principio de la responsabilidad civil y de la libertad individual. La democracia queda como una meta irrealizable, como el mal menor. El dominio de una élite es inevitable: se trata, pues, de tener la mejor de las élites posibles: la antigua aristocracia liberal. Pareto no puede soportar el peso del aparato burocrático estatal e intenta conjugar una defensa exacerbada de la libertad con un ataque a la democracia.

¿Cuál sería entonces el régimen político preferido por Vilfredo Pareto? Respondería muy bien al régimen de «garantía o defensa jurídica» propugnado por Gaetano Mosca (1858-1941). El principio de la protección jurídica es un criterio para discernir las formas de gobierno buenas de las malas al examinar los «mecanismos sociales que regulan la disciplina del sentido moral». «Sentido moral»

se refiere al freno espontáneo o provocado de los sentimientos egoístas, pues ninguna sociedad puede sobrevivir sin preocuparse de formar, alimentar y conservar el sentido moral en la mayor parte de sus componentes.

Dado que no todas las formas de organización política consiguen instituir una eficaz protección jurídica, las formas mejores o menos malas son aquellas en las que el sistema de la defensa jurídica alcanza con mayor aproximación el propio fin, que consiste en proteger al grupo social de los efectos destructivos de los comportamientos extraviados.

El mejor sistema de protección jurídica es el que se funda sobre la presencia efectiva del mayor número de fuerzas sociales contrapuestas. Donde predomina una sola fuerza política las inclinaciones egoístas de la clase política terminan por predominar y dar origen a una de las tantas formas de regímenes despóticos. En él se ha conseguido la defensa de las libertades individuales gracias a un perfecto equilibrio político y social. Puede alcanzarse mientras se logre llevar al poder a una élite compuesta por individuos que no defiendan los intereses particulares de un grupo social concreto, sino que piensen en términos del bien común y que establezcan un gobierno basado en el respeto a la ley. Mosca empezó con duras críticas a los regímenes democráticos representativos, pero a lo largo de su vida llegó al convencimiento de que, a pesar de sus defectos, eran los mejores que la historia había conocido.

Este punto de vista es extrapolable a Pareto, quien, en el fondo, veía en la democracia la solución menos mala. Si todo régimen es oligárquico, la oligarquía «plutodemocrática» tiene la ventaja de estar dividida y, por tanto, limitada en sus posibilidades de acción. Las élites democráticas son las menos peligrosas porque respetan la libertad de los individuos.

Pareto creía que la iniciativa individual era el mecanismo económico más favorable para aumentar la riqueza. Se muestra liberal en economía, aunque aceptaba las intervenciones del Estado para agilizar el funcionamiento del mercado. En el plano político, su pensamiento se decanta por un régimen de carácter autoritario, pero moderado en su conducta, donde los gobernantes pueden adoptar decisiones pero no pretenden resolverlo todo ni imponer a los gobernados lo que deben pensar y creer. Seguramente Pareto habría apoyado un Gobierno liberal, desde el punto de vista económico y científico. Pretende reducir al mínimo el dominio inevitable del hombre sobre el hombre. A su juicio, lo mejor sería dejar actuar a los mecanismos del mercado en un Estado lo bastante fuerte para imponer respeto a las libertades.

Robert Michels (1876-1936) también participa de la valoración escéptica del fenómeno democrático en la misma línea que Pareto. El concepto de democracia sufrirá una sutil transformación: aparece la idea de democracia como mero «método político». Su limitación a un simple acto que legitima a un conjunto de

élites en competencia por ocupar los puestos más altos en la jerarquía del Estado conduce, en definitiva, a la «tecnificación» de la democracia.

En relación con este conjunto de ideas destacan las aportaciones de Joseph A. Schumpeter (1883-1950), quien desaconsejó la utilidad de estudiar el capitalismo en términos de equilibrio. El capitalismo se mantiene gracias a los desequilibrios, a las crisis cíclicas y a las concentraciones de monopolios. Ocurre, sin embargo, que la audacia y el espíritu competitivo ya no mueven a los capitalistas demasiado escépticos para ganar, ahorrar e invertir; en lo sucesivo buscarán la seguridad. De manera que el capitalismo hacía inevitable la llegada del socialismo. Así, distingue entre la democracia como «ideal absoluto o valor supremo» de la democracia como realidad histórica.

Según Schumpeter, la democracia como ideal constituye un símbolo de todo lo que un hombre se toma en serio, de todo cuanto ama en su patria, mientras que la democracia como realidad histórica consiste en un método político entendido como el «sistema institucional de gestación de las decisiones políticas que realiza el bien común, dejando al pueblo decidir por sí mismo las cuestiones en litigio mediante la elección de los individuos que han de congregarse para llevar a cabo su voluntad».

Esto es así porque, «salvo en el caso de una democracia directa, el pueblo como tal no puede nunca gobernar ni regir realmente». «Más allá de la democracia 'directa' hay una infinita riqueza de formas posibles en las que el 'pueblo' puede tomar parte de los negocios del Gobierno o influir o intervenir a los que efectivamente gobiernan», y, por tanto, sigue Schumpeter, aunque el pueblo no gobierna nunca *de fado,* podemos siempre hacerlo gobernar por definición. «Normalmente, las grandes cuestiones políticas comparten su lugar, en la economía espiritual del ciudadano típico, con aquellos intereses de las horas de asueto que no han alcanzado el rango de aficiones y con los temas de conversaciones irresponsables. Estas cosas parecen aquí fuera de lugar...; el ciudadano, en el fondo, tiene la impresión de moverse en un mundo imaginario... El ciudadano es miembro de una comisión incapaz de funcionar: la comisión constituida por toda la nación, y por ello es por lo que invierte menos esfuerzo disciplinado en dominar un problema político que en resolver una partida de *bridge*».

Así es como llega Schumpeter a una definición de democracia basada en el concepto de competencia por la dirección política: «El método democrático es aquel sistema institucional para llegar a las decisiones políticas, en el que los individuos adquieren el poder de decidir por medio de una lucha de competencia por el voto del pueblo». Por tanto, el principio democrático significa exclusivamente que el liderazgo, que la dirección, «las riendas del Gobierno deben ser entregadas a los individuos o equipos que disponen de un apoyo electoral más poderoso que los demás que entran en competencia». Dicho de otro modo: la democracia se caracteriza por un tipo de relación particular entre la élite y la masa.

Para Schumpeter, tanto la composición de la élite como su nivel de apertura constituyen cuestiones secundarias siempre que se de un grado mínimo de circulación posible. Hay democracia, pues, cuando las élites pueden entrar en competición para alcanzar el poder político y luchan entre ellas para alcanzarlo.

Democracia no significa gobierno efectivo del pueblo. «La democracia significa tan sólo que el pueblo está dispuesto a aceptar o a rechazar a los hombres que han de gobernarle. Pero como el pueblo puede decidir esto también por medios no democráticos en absoluto, hemos tenido que estrechar nuestra definición añadiendo otro criterio identificador del método democrático, a saber: la libre competencia entre los pretendientes al caudillaje por el voto del electorado».

La democracia queda así reducida a un pluralismo partidista, donde cada partido se procura sus élites, que aseguran la dirección de la sociedad a través de la competencia, con unas cualidades y una eficacia que la masa no posee. Procede, pues, una conciliación entre elitismo y democracia. Schumpeter sabe que hay una relación directa entre el crecimiento del capitalismo y el de la democracia. Ello le lleva a plantearse si la democracia está llamada a desaparecer junto con el orden capitalista donde se viene desarrollando. Es posible, pero Schumpeter está igualmente convencido que, «a primera vista, el socialismo no tiene una solución notoria que ofrecer para el problema resuelto en otras formas de sociedad por la existencia de una clase política nutrida de tradiciones estables. Ya he dicho anteriormente que en el socialismo existirá el político profesional. Puede desarrollarse una casta política acerca de cuya cualidad sería ocioso especular». Aunque Schumpeter sigue una línea de razonamiento distinta a la de Pareto, sus conclusiones no difieren sustancialmente.

En definitiva, capitalismo y socialismo pueden vivir con un sistema democrático, que no consiste en el gobierno del pueblo, sino más bien en el gobierno de las élites, en mutua competencia, para obtener la legitimidad de gobernar al pueblo en una dirección u otra. De manera que las elecciones competitivas producen democracia, toda vez que los políticos que pretenden ser elegidos están igualmente condicionados por la reacción del electorado ante sus decisiones.

Este método competitivo de búsqueda de líderes se inicia con la existencia de una pluralidad de élites en competencia en el mercado electoral, cuyo poder ostenta el pueblo, quien hará valer la responsabilidad de los futuros gobernantes. Surge, pues, un tipo de sociedad democrática donde las minorías selectas se forman con elementos que proceden de los diferentes estratos sociales sobre la base del mérito individual. La combinación entre la igualdad de oportunidades y la rivalidad política es la versión sociológica del liberalismo económico. Por esto se explica que Pareto fuera con coherencia un liberal en economía y un elitista en política.

Lo cierto es que la mayoría de los teóricos de la élite formularon sus teorías pensando en un ámbito democrático, pese a que sus orientaciones son muy

diversas: crítica general a la democracia representativa considerada como fraude (Pareto, Mosca, Michels); crítica de sus defectos o limitaciones en un país concreto (Wright Mills, en EE. UU.); apología de un sistema establecido como expresión de una democracia real, no utópica o rousseauniana (Robert Dahl); crítica por contraste de los regímenes comunistas (Raymond Aron)... Ello hace que a menudo muchos de los problemas que plantean estos autores carezcan una veces de vigencia y otras de relevancia en un sistema político no democrático. Por ejemplo, resultaría curioso discutir sobre la autenticidad del sufragio o sobre la formación de oligarquías en el seno de los partidos políticos en un país donde éstos estuvieran prohibidos y perseguidos y en el que no hubiera verdaderas elecciones. Así, la élite política se identifica en gran medida con la élite estatal: alta burocracia civil y militar, altos cargos del partido... Por tanto, el sistema de elección de las élites políticas es lo que viene a diferenciar los regímenes democráticos de los que no lo son. En este último caso, las élites son designadas desde la jerarquía, no elegidas.

Tanto las instituciones como la ideología, la conducta y el poder político encuentran un lugar en las controversias que giran en torno a las élites. Los elitistas han logrado que los filósofos políticos reconsideren el *status* de determinados valores comúnmente asociados a la democracia, tales como la igualdad y la libertad. Así han impulsado la revisión de la democracia misma, de manera que incluso los contrarios a la teoría del elitismo no han podido ignorarla.



